

FILIPINAS

INDEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN!

COLECCIÓN

de los principales artículos
de propaganda

DE

Isabelo de los Reyes

Consejero cronista del Comité filipino de independencia en España, individuo de varias sociedades académicas de París, Viena y Madrid, y de la junta de publicaciones del Ministerio de Ultramar.



E. AGUINALDO, *Presidente de la R. Filipina.*

Ilustrada con muchos fotograbados de los principales personajes
y episodios de la presente epopeya

SUMARIO

Atranquemos todas nuestras puertas a las ambiciones imperialistas, sin cederles ningún empleo.—Queremos á Norte-América como aliada, pero no como soberana.—Malas intenciones de los invasores, manifestadas en sus decretos, declaraciones y hechos.—Negro porvenir de los filipinos bajo su dominación.—Demostración matemática de que la independencia es muy posible aun sólo por nuestros propios esfuerzos, sin dejar de atraernos las simpatías de los extranje-

ros.—Capacidad de los filipinos en todos los ramos.—¡La guerra con la guerra!—El desarme, ¡jamás!—Fe, mucha fe y dignidad.—¡Malditos sean los pasteleros!—Popularicemos el Arte militar.—Ventajas de la guerra; brillante perspectiva que compensará con creces nuestros presentes sacrificios.—*Aurora Nueva* ó Revolución en la enseñanza, en las costumbres, en las leyes, en la religión y en lo demás, para mejorarlo todo conforme á la vida moderna. Carta resumen á Mc-Kinley

IMP. Y LIT. DE J. CORRALES. MONSERRAT, 10
MADRID.—1900

FABRICA DE CERVEZA DE S. MIGUEL

¿Queréis gozar de completa salud y no padecer de dispepsia? Tomad cerveza de dicha Fábrica

DOBLE BOCK

¿Quereis desterrar la anemia y el catarro intestinal tan frecuentes en Filipinas? Pues tomad de dicha Fábrica la rica

CERVEZA NEGRA

Precios: Cajas de seis docenas, medias botellas, Doble Bock, 14,00 pesos; cajas de tres docenas, medias botellas, Doble Bock, 7,00 id. — Cajas de seis docenas, medias botellas, Negra, 18,00 pesos; cajas de tres docenas, medias botellas, Negra, 9,00 id.

Pedidos al Excmo Sr. D. Pedro P. Roxas

General Solano, 22, (MANILA).

París, 44 Trevisé.

DESTILERIA DE TANDUAY

(INCHAUSTI Y C.^a)

Venta al por mayor y menor de los productos siguientes:

Alcohol de 41.^o rectificado.

Id. de 40.^o id.

id. de 36.^o id.

Id. de 36.^o para que
mar.

Carabanchel.

Mallorca.

Ginebra por arrobas

Id. en caja.

Anisado de 18.^o

Id. de 17.^o

Id. de 16.^o

Id. de 15.^o

Ron de color.

INCHAUSTI Y C.^a (MANILA)

J. F. RAMIREZ

47, RUE DE MAUBEUGE
PARIS

Perfumería internacional. Importación directa de Esencia de Ilang-ilang.

Gran almacén de sombreros de alta novedad.

CASA DE COMISIÓN

Se encarga de toda clase de encargos en París y Filipinas.

CARRIAGE

MANUFACTORI

OF

JOSÉ DEGARCHITORENA

Established 1866

Buggies, Carriages, Phaetons, Surreys, Park wagons, Carts.

Escolta, número 26

CARBON Cardiff.

CARBON Australia.

CARBON del Japón.

CARBON Coke.

CHAMPAGNE

V. Clicquot Ponsardin,
Moet et Chandón, Sport,
Espuma de oro, Jeréz.

PAPEL CATALÁN, marca Roca y Coli, de primera se-
gunda, tercera, cuarta superior y cuarta corriente.

VINO S. Julién en cajas de 24 $\frac{1}{2}$ botellas. VINO Margaux
en cajas de 24 $\frac{1}{2}$ botellas. Sauternes en cajas de 12 bote-
llas. Medoc español en cajas de 12 y 24 $\frac{1}{2}$. VINO Oporto
«Victoria» en id. de 12 id., vende

Francisco Reyes

Plaza del P. Moraga, 4.-MANILA

EL DENTISTA

BONIFACIO AREVALO

*Elizondo 4, esquina á la de Crespo, Kiapo, antes de subir
el puente de San Sebastián.*

Todos los adelantos científicos de este ramo, los reúne
en su ya famoso Gabinete dental. Dentaduras de todas
clases y precios. Específicos de su invención para el do-
lor de muelas, etc

Módicos honorarios.

LITOGRAFÍA

DE CARMELO Y BAUERMANN

CALLE DE CARRIEDO, 10

Excusamos recomendar al público este establecimiento
por el esmero con que ejecuta sus trabajos y por la bara-
tura de sus precios.

Especialidad en obras de lujo y cajetillas de cigarrillos.

“ EL 82 , ,

TIENDA DE PINTURAS DE DON ROMÁN ONG-PING

Calle de San Jacinto, número 28.

Vendemos toda clase de pinturas y barnices garantizando que no tie-
nen mezcla alguna; instrumentos de pintor, escultor, carpintero, y ca-
rrocero; redes metálicas, faroles y otros mil artículos. Precio fijo para
mayor seguridad de los compradores.

FILIPINAS

¡INDEPENDENCIA

Y

REVOLUCIÓN!

Colección de los principales artículos de propaganda

DE

ISABELO DE LOS REYES Y FLORENTINO

CONSEJERO CRONISTA DEL COMITÉ FILIPINO
DE INDEPENDENCIA EN ESPAÑA, INDIVIDUO DE VARIAS
SOCIEDADES ACADÉMICAS DE PARÍS, VIENA Y MADRID, Y DE LA
JUNTA DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO
DE ULTRAMAR

Ilustrada con muchos fotograbados de los principales personajes
y episodios de la presente epopeya

SUMARIO

Atranquemos todas nuestras
puertas a las ambiciones imperia-
listas, sin cederles ningún empleo.
—Queremos á Norte-América como
aliada, pero no como soberana.—
Malas intenciones de los invasores,
manifestadas en sus decretos, de-
claraciones y hechos.—Negro por-
venir de los filipinos bajo su domi-
nación.—Demostración matemáti-
ca de que la independencia es muy
posible aun sólo por nuestros pro-
pios esfuerzos, sin dejar de atraer-
nos las simpatías de los extranje-

ros.—Capacidad de los filipinos en
todos los ramos.—¡La guerra con la
guerra!—El desarme, ¡jamás!—Fe,
mucho fe y dignidad.—¡Malditos
sean los pasteleros!—Popularice-
mos el Arte militar.—Ventajas de
la guerra; brillante perspectiva que
compensará con creces nuestros
presentes sacrificios.—*Aurora Nue-
va* ó Revolución en la enseñanza, en
las costumbres, en las leyes, en la
religión y en lo demás, para mejo-
rarlo todo conforme á la vida mo-
derna.

MADRID

IMP. Y LIT. DE J. CORRALES. MONTSERRAT, 10

1900



Isabelo de los Reyes

¡QUIÁ!

Madrid 27 de Junio de 1900.

Al empezar este folleto, el telégrafo nos trae la noticia de que una junta de doscientos *filipinos* (??), de acuerdo con la Comisión norteamericana, ha formulado unas condiciones de paz que van á poner, ó según otros, han puesto ya fin á la guerra en Filipinas.

Dichas condiciones carecen de toda garantía y en ellas no se menciona siquiera nuestra independencia.

Por lo tanto, creemos que sería una insigne vergüenza confeccionar de esa manera un *pastel* con las ruinas de nuestros pueblos, con las lágrimas de pobres viudas, madres y huérfanos, con la sangre y con los miembros destrozados de nuestros hermanos.

Y con un olímpico *¡quiá!*, proseguimos imperturbables nuestra tarea.

I

¡Independencia y Revolución!

Hé aquí las aspiraciones de toda nuestra vida: dos palabras mágicas que sintetizan todas nuestras campañas y todas nuestras modestas opiniones respecto á la adorable Filipinas.

Por los fueros de la justicia y de la libertad, por el honor de nuestro pueblo, por el porvenir de nuestros hijos y por nuestro propio decoro, necesitamos conquistar nuestra independencia, AUNQUE COSTASE TODAS LAS VIDAS Y TODOS LOS BIENES DE TODOS LOS FILIPINOS.

Mientras el invasor no nos considere como prójimos y nos trate con el respeto que se debe á todo pueblo honrado y digno; mientras venga con proposiciones vagas, sospechosísimas, humillantes y sin la garantía de las armas en nuestras manos; mientras nos deprima como á un pueblo esclavo exigiéndonos el desarme y una rendición incondicional, á nosotros que somos infinitamente más civilizados, más poderosos y valientes que el Sultán de Joló, á quien ha reconocido capacidad para pactar, nosotros predicaremos la guerra santa, una guerra de guerrillas tenaz, activísima, enérgica, noble y sin críme-

nes, pero sin debilidades contraproducentes y suicidas, vigilando cuidadosamente la conducta de los nuestros para entregar, sin consideraciones de ningún género, á la execración pública á los traidores que, no pudiendo contener sus criminales apetitos, se apresuren á entrar en vergonzosas componendas con el enemigo, antes que éste, convencido ya de que, en nuestra casa, somos muchísimo más fuertes de lo que él se cree ahora, y de su absoluta impotencia para aplastarnos, aunque no tuviéramos más que machetes, nos haga proposiciones dignas de nuestro decoro, ó sean las que se basan en la condición **INDISPENSABLE** de nuestra sagrada independencia.

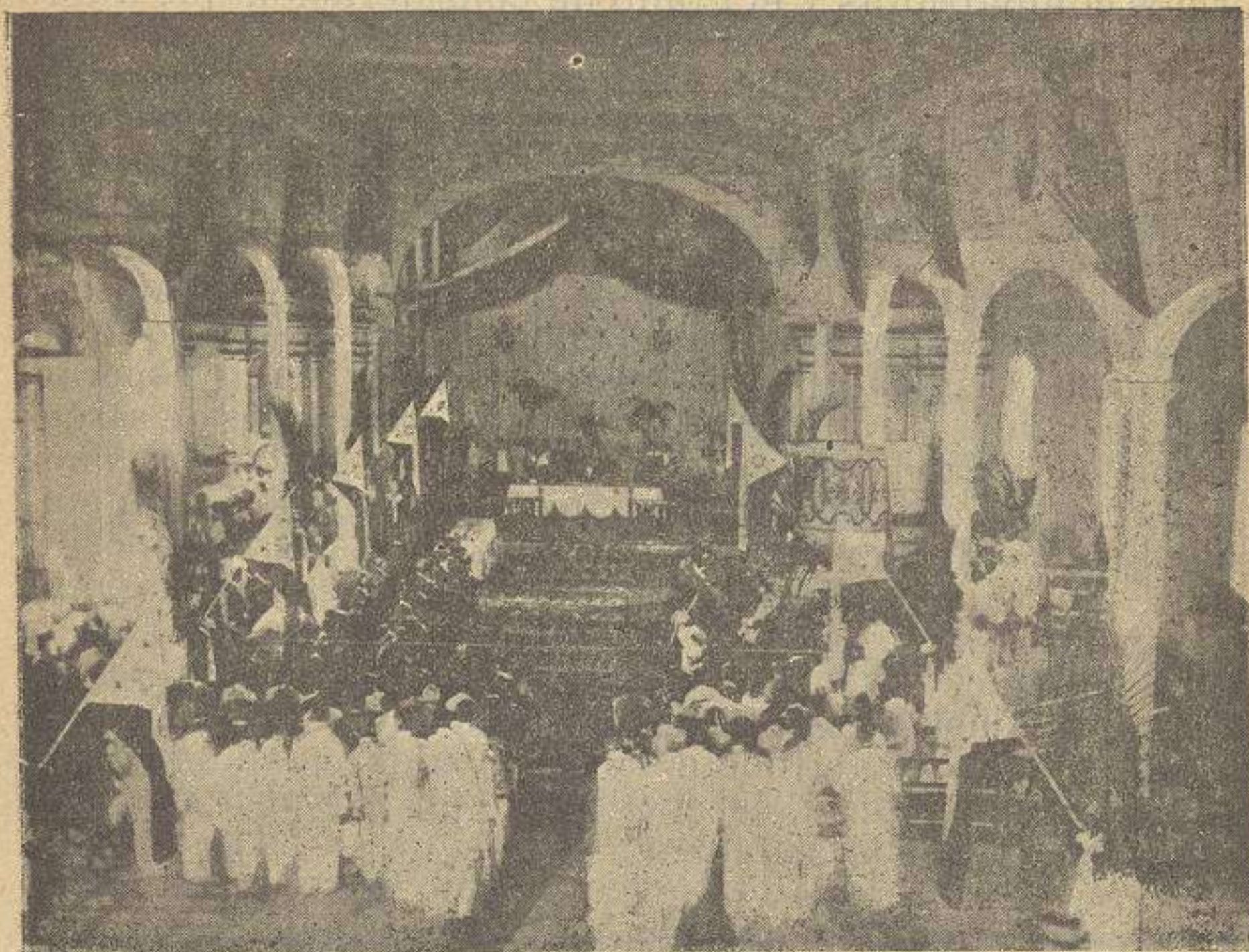
Como nos hemos educado los filipinos en una esclavitud de largos siglos, no pocos de nuestros compatriotas creen la inverosímil leyenda de que somos, en efecto, inferiores como raza á los europeos y americanos; pero no hay tal cosa, y todos nuestros esfuerzos los dedicaremos á demostrar nuestra verdadera fuerza y nuestro efectivo valer levantando el espíritu de los que se sientan agobiados todavía por los restos de absurdas preocupaciones.

Seremos intransigentes en defender nuestra independencia; exigiremos á nuestros compatriotas que cierren herméticamente desde ahora (más tarde ya no será tiempo), todas las puertas por las cuales esperan colarse los ambiciosos imperialistas, ó sean esos holgazanes empleomanos, los chanchulleros y toda la gente que sobra en los Estados Unidos, y así reclamaremos todos los empleos en Filipinas, tanto administrativos, judiciales, gubernativos, de enseñanza y beneficencia oficiales, etc., como los militares y aun los eclesiásticos (aunque somos partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado); todos los reclamaremos exclusivamente para los filipinos, porque, por una parte, sin esos poderosos atractivos no tendría razón de ser el imperialismo anexionista, y por otra, nuestros gobernantes serian muy criminales si por debilidades cediesen á los invasores un ápice de los derechos de nuestros compatriotas y de nuestros hijos.

También seremos intransigentes en rechazar el desarme, porque sería la única garantía de que el enemigo no vuelva á burlarse de nuestra credulidad. Y hablamos así tan altaneramente, porque tenemos elevadísimo concepto de nuestro **PROPIO** poder, y no creemos imprescindible la ayuda de las naciones extranjeras, si bien la procuraremos, porque nos sería muy conveniente.

En cambio, proclamaremos con gusto el derecho de la noble República norteamericana á nuestra leal gratitud, si ella contribuyera (sería deprimente á nuestro honor decir: *concediera*) á la consecución de nuestra independencia,

la cual sólo esperamos de nuestros PROPIOS esfuerzos. En efecto, queremos á esa nación como amiga y aliada, militar y comercial, admirándola como sabia maestra, y si creyera ella que es indispensable para nuestro enaltecimiento la adopción de su sistema gubernamental, legal y de



El Congreso de Malolos

en la sesión en que se acordó por unanimidad rechazar la dominación norteamericana.

enseñanza, no tendremos inconveniente en ello, porque nosotros, al igual que nuestro hermano de origen, el Japón, somos ávidos de progreso y entusiastas por la civilización europeo-americana, pero implantado todo bajo la independencia, porque *jamás* podremos aceptar la soberanía de Norte-América. por la sencilla razón de que donde hay una soberana, hay otra esclava, y nosotros no tenemos en nuestras venas ni una gota de sangre de esclavo, como lo estamos demostrando en la actual guerra con nuestra cultura, con nuestro heroísmo y con la nobleza con que tratamos al enemigo.

Pero á la vez que predicamos la guerra demostrando sus ventajas, estimamos muy necesaria una Revolución en todos los ramos, no solo para conseguir nuestra an-

helada independencia, sino para consolidarla y hacerla fructífera en el probabilísimo caso de que la consigamos.

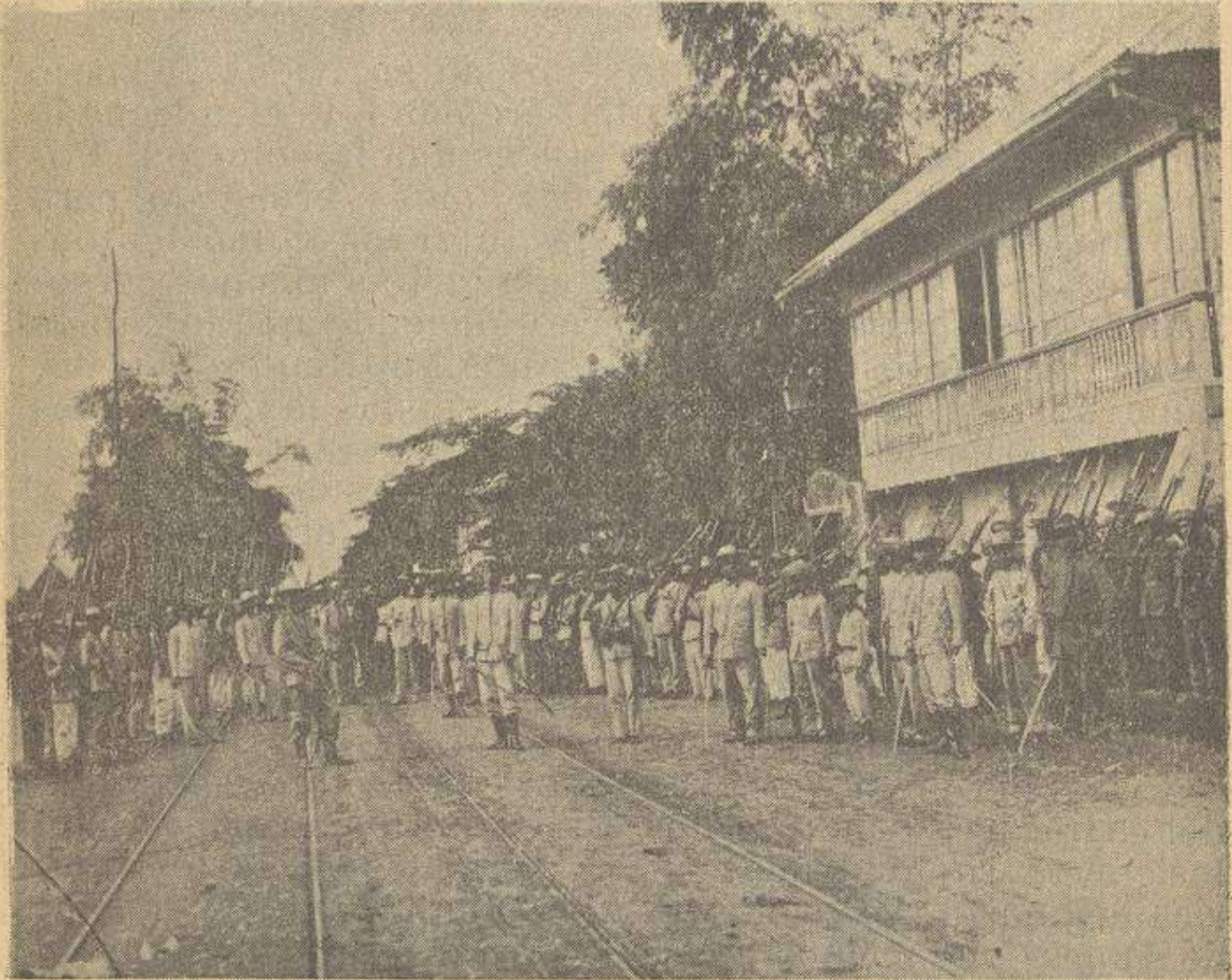
Predicaremos pues, resueltamente, una santa y enérgica Revolución en todo: en las costumbres, para que, europeizándolas, levantemos el carácter de nuestros queridos compatriotas y el grado de consideración que ahora nos regatean aún los extranjeros; en las leyes, para humanizarlas, abreviarlas y hacer de ellas una verdadera garantía de la justicia; en la táctica, para que, evitando toda servil imitación, no quememos nuestras propias casas y no expongamos inútilmente las vidas de nuestros soldados en batallas campales, popularizando, en cambio, entre ellos, las más necesarias nociones de Arte militar, para que podamos sacar todo el provecho posible que de una bien dirigida guerra de guerrillas es dado esperar; en la religión, para redimir á nuestros sacerdotes de afrentosas esclavitudes, inauditos atropellos y obscurantismos embrutecedores; y en la enseñanza, para simplificarla muchísimo, modernizarla y sacar de ella resultados positivos, suprimiendo de una plumada todos los obstáculos amontonados por la mala fé y el egoísmo de los frailes para que nuestros hijos no lograsen terminar sus carreras y no consiguiesen títulos académicos.

Reuniendo en un folleto los principales artículos que en la prensa de Madrid, especialmente en *Filipinas ante Europa*, hemos venido publicando estos meses, completaremos nuestra propaganda, pues no sólo porque por la activa persecución de que es objeto el periódico, muchos ejemplares no han llegado á sus destinatarios, sino también porque, coleccionándolos, se podrá formar cabal idea de su síntesis y así comprenderán mejor los compatriotas que tienen excesiva indulgencia para leernos, que todas nuestras ideas nada tienen de utópicas, sino que por el contrario, tanto en nuestra honrada vida de comerciante como en la de periodista, hemos demostrado siempre ser muy prácticos, y todas las veces que hemos predicado una idea, al propio tiempo indicamos los medios para conseguirla; y nada queremos demoler sin proponer antes otra cosa mejor.

En realidad, nuestro plan, tanto para la consecución de la Independencia, como para promover una bienhechora Revolución social en Filipinas, es tan vasto y radical, que desde luego sería una verdadera utopía si nuestros compatriotas no pusiesen de su parte buena voluntad y decisión, así como por la nuestra venimos á ofrecer nuestros estudios y nuestra buena fé, transigiendo hasta el extremo de sacrificar algunas ideas personales con tal de allanar

nuestro camino y no espantar á los espíritus apocados con el radicalismo de nuestro modo de pensar.

De ilusos nos tacharan seguramente aquellos á quienes siempre asusta toda novedad y aquellos que no nos conocen privadamente; pero ahí está nuestra modesta Memoria sobre la Revolución filipina de 1896-97, que cuando hemos presentado al General Primo de Rivera, pareció entonces como un delirio de un desesperado, ¡y quién dijera



Avanzadas filipinas en Tondo (arrabal de Manila)

que se batieron contra los norteamericanos el 4 de Febrero de 1899, fecha en que se rompieron las hostilidades.

que cuando apenas había transcurrido un año, se habían de cumplir todas, pero absolutamente todas nuestras predicciones, incluso aquellas amenazas veladas que nosotros mismos no creíamos y que sólo hemos escrito para decidir al gobierno español á concedernos reformas políticas!

También cuando en Diciembre de 1899 se recibió en Manila el primer número de nuestro periódico *Filipinas ante Europa*, coincidió esto con las derrotas de nuestros

ejércitos en Luzón, derrotas que permitieron á los norte-americanos apoderarse de casi todo aquel inmenso Archipiélago; y, naturalmente, nuestras altiveces de expresión, el furor y la intransigencia con que predicábamos la guerra, parecieron entonces como un escarnio sangriento á nuestro pueblo, y al efecto recibimos de nuestros mejores amigos de aquella ciudad (eran neutrales), cartas en que unánimemente censuraban y hasta condenaban como un *crimen* nuestra empezada campaña en pró de la guerra.

Nosotros estábamos segurísimos de su buena fé, pero no de que tuviesen bastante serenidad y el adecuado ambiente para comprender lo que es una Revolución. Por lo tanto, no les hicimos caso y seguimos escribiendo, pero con mayor energía aún, para levantar los ánimos entonces decaídos; y á los seis meses, aquellas mismas personas se apresuraron á escribirnos diciendo que teníamos razón, siendo los norte-americanos impotentes para dominarnos, y se convirtieron en entusiastas favorecedores de nuestro modesto periódico (1).

Si; las utopías de hoy son las realidades de mañana; y sin los ilusos, se estancaría la humanidad en una monotonía mortal.

Tenemos la debilidad de creer que este modestísimo folleto no es solo para el momento presente, sino también para el porvenir y para que entonces nos juzguen filipinos y norte-americanos, si la buena fé y la razón habrán estado con los que hoy rechazamos noblemente la soberanía del extranjero y predicamos la guerra á toda costa, ó con los que ahora, fingiéndose más americanistas que los americanos, quizá ya estén meditando en las tenebrosidades de su negra conciencia, perfidias á sus amos, cuando éstos sostengan la primera guerra con una nación poderosa. Ya han declarado en sus periódicos que sólo *temporalmente* admiten la autonomía.

Ante la desconsoladora noticia de imposibles pasteles, es preciso demostrar que todavía quedan filipinos honrados que protestan virilmente contra semejante vileza.

Todos vosotros, pues, que tengais pundonor, confundid á los traidores gritando con noble indignación:

¡Mueran los que ponen por escabel de sus asquerosos apetitos las ruinas de nuestro pueblo, las lágrimas de pobres madres, viudas y huérfanos; la sangre y los miembros destrozados de nuestros compatriotas!

Y ¡viva la Independencia de Filipinas!

ISABELO DE LOS REYES.

(1) El autor guarda estas cartas, todas de personas muy conocidas.

El Arbol de la Libertad filipina.



López Jaena.
Pañganiban.

Dr. Rizal.
E. Aguinaldo.

M. H. del Pilar.
Dr. Burgos.

II

PREDICCIONES.—DUELO Á MUERTE.—CONTRA NORTE-AMÉRICA, NO; CONTRA EL ANEXIONISMO, SÍ; ¡HASTA LA MUERTE!—LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA EL IMPERIALISMO.—EL PROBLEMA FILIPINO.—EL PROTECTORADO.—EL DESARME, ¡JAMÁS!

Predicciones.—*La Correspondencia de España*, periódico de los de más circulación en Madrid, con fecha 20 de Diciembre de 1898, publicó lo siguiente:

UNA INTERVIEW INTERESANTE.—«Interrogado por nosotros el periodista filipino D. Isabelo de los Reyes, que había sido llamado á Madrid por el Sr. Moret y por éste

colocado en la Junta de publicaciones del ministerio de Ultramar para representar las aspiraciones de los filipinos en las reformas que entonces se proyectaban, ha hecho las siguientes declaraciones acerca del porvenir del Archipiélago magallánico.

»Los norteamericanos—nos dijo,—jamás habían pensado apoderarse de Filipinas, y prueba de ello es que hasta el mismo momento de firmarse el protocolo, los Estados Unidos dijeron que ocuparían á Manila y el puerto de Cavite, interin no se definiera el futuro régimen de Filipinas por el tratado de París.

»Fueron á aquellas islas solamente para destruir la escuadra de Montojo, como declaró Dewey, y con objeto de distraer parte de las fuerzas españolas hacia aquellas regiones; pero bien comprendian que Dewey no llevaba fuerzas suficientes de desembarco (menosde 2.000 hombres eran los que tenia).

»Para que pudiera este comodoro bloquear tranquilamente á Manila, creyó necesario sublevar á los filipinos á fin de que por tierra distrajeran la atención de los españoles; y para conseguir la ayuda de los isleños, les había prometido libertarles del yugo español.

«Los filipinos se sublevaron, apoderándose de casi todas las provincias del Archipiélago y durante tres meses y medio tuvieron sitiada á la ciudad de Manila.

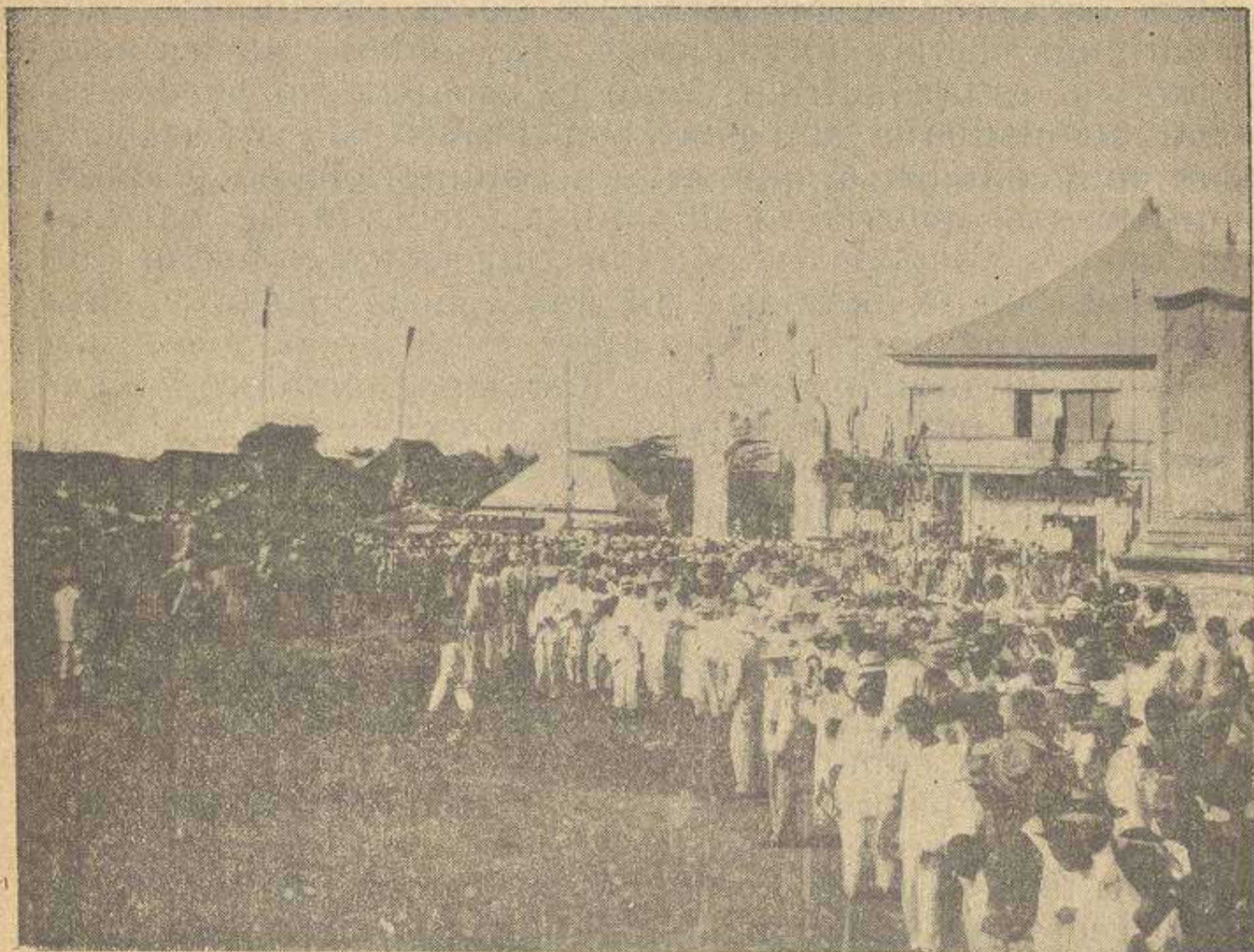
»Sólo así pudo Dewey disfrutar de absoluta tranquilidad en el puerto de Cavite, cosa que jamás hubiera logrado sin el apoyo de los filipinos; pues ya es sabido de todos que después del combate con la escuadra de Montojo, se vió sin municiones y con pocos víveres, y si se hubiera abandonado á sus solas fuerzas, los españoles, unidos con los filipinos, habrían podido ahuyentarle de la bahía de Manila y jamás hubiese podido desembarcar en Luzón, como me manifestó el general Augustín, el cual á su vuelta de Filipinas estuvo en casa á honrarme con su visita.

»Ahora si en pago del eficaz y leal auxilio de los filipinos, los norteamericanos trataran de imponernos su dominio, faltando ellos á lo pactado, todo el país en masa se sublevaría contra ellos.

»El pueblo filipino, convencido de la justicia de su causa y de su poder, jamás toleraría á otro amo; y los insurrectos de ayer, que tantas pruebas de su pericia habían dado en una campaña de guerrillas: á pesar de faltarles armas de fuego, guiados ahora por los elementos ilustrados y ricos del país, y bastante armados, se aprestan á luchar por nuestra *independencia* según comunicaciones del gobierno filipino que he leído

»El pueblo filipino es capaz de gobernarse por sí mis-

mo, como ya lo estamos viendo; pero aún en tiempo de los españoles, gran parte de la administración local estaba realmente encomendada á los hijos del país, como que hijos del país eran los alcaldes (capitanes municipales), los jueces locales, los oficiales de las Audiencias, juzgados de primera instancia, de los centros administrativos



Entrada triunfal de Aguinaldo

en el pueblo de San Fernando (Pampanga) durante la manifestación anti-anexionista (1899):

y gubernativos, los profesores, la guardia civil, y hasta el peso de los trabajos parroquiales lo llevaban los coadjutores indígenas.

»Ultimamente Aguinaldo ha establecido en Malolos una Asamblea ó Congreso, compuesto de abogados, médicos y otros que habían conseguido sus títulos académicos en París, Londres, Madrid, Berlín y otras capitales de Europa, con un gobierno en que aparecen como ministros las personas más inteligentes y prestigiosas del país como el conocido magistrado D. Cayetano Arellano. cuya fama de hombre probo y de ex-

traordinario talento se ha podido apreciar por cuantos españoles han gobernado en Filipinas.

»Los Estados Unidos no nos podrán vencer con facilidad; les presentaremos guerra de guerrillas y de emboscadas, porque será la única manera de contrarrestar su innegable poder.

»En Filipinas no hay carreteras por donde puedan ellos arrastrar su artillería, siendo el piso fangoso por continuas lluvias torrenciales. El soldado norteamericano no es tan sufrido como el español; no puede entrar en campaña sin estar bien provisto de víveres y de las comodidades á que está acostumbrado en su país, mientras el guerrillero filipino no necesita de calzado ni buenos vestidos, y con los tubérculos y frutas que abundan en la manigua filipina, puede pasar buena-mente largos meses y hasta años.

»Todo el mundo reconoce que los guerrilleros filipinos tienen muy buena puntería y excelente disciplina, y nadie probablemente me desmentirá si aseguro que veinte insurrectos filipinos pondrán en movimiento á quinientos yankees, pues por cada soldado de éstos se necesitarán otros cinco que lleven las municiones, víveres, artillería, etc.

»Los filipinos habían previsto desde un principio la posibilidad de una larga campaña con España ó con los Estados Unidos como consecuencia de la guerra hispano-americana; y para esto han venido constantemente y sin descanso alguno armándose en toda la medida de sus recursos: todos los fondos de que se habían apoderado los insurrectos se habían girado al extranjero para la adquisición de cañones, fusiles y municiones; y de los puertos del Japón, China, y Hong Kong se han importado más de 10.000 fusiles y bastante artillería, cautelosamente desembarcados en las costas de Luzón.

»Dícese que Aguinaldo hubo de renunciar para este fin á los 25.000 pesos de sueldo y 50.000 de representación que la asamblea de Malolos le había asignado.

»Están, pues, completamente equivocados los yankees si se creen cogernos desprevenidos.

»¿Consentirá el pueblo de los Estados Unidos en sostener la ambición de sus gobernantes á tan alto precio como el que suponen los gastos de un ejército de 100.000 hombres á 14 000 millas de América?

»Y conste que no bastaría este contingente sólo para Luzón, donde hay unas 30 provincias. ¿Y para las 1.400 islas restantes?

»Pero, en fin, yo creo que Mac-Kinley no insistirá en retener como colonia á Filipinas, si vamos á creer su solem

ne declaración de que los territorios abandonados por España han de llamar á la república norte-americana *no solo nación noble, sino bendita*, porque ni es *noble* ni puede ser *bendita* una nación que habiendo declarado á España la guerra invocando intereses de humanidad, se anexionase después por la fuerza territorios que deben vivir libres, de seguir las mismas tradiciones de aquella república.

»También creo que al fin los Estados Unidos se convencerán de que les traería más cuenta el reconocernos nuestra independencia, asegurándose como recompensa la explotación de nuestro feracísimo suelo con capitales norteamericanos, que verdaderamente necesita Filipinas para el desarrollo de sus incalculables riquezas naturales.

«Y espero también que los españoles apoyarán nuestra independencia, para de esta manera borrar las antiguas animosidades, sin olvidar que en Filipinas quedarán muchos intereses españoles de carácter privado »

También nos dijo que seguirán todos los filipinos á Aguinaldo mientras éste sostenga la independencia de Filipinas. (1)»

Duelo á muerte.—Ríos de sangre y de lágrimas nos separan ya de Mr. Mac-Kinley, y desgraciadamente no cabe hacerse ilusiones de que algún día podamos llegar á un arreglo con él, y por consiguiente son enteramente fantásticas y carecen de todo fundamento las noticias de su misión, y mucho menos de dispersión, que los imperialistas propalan estos días (2).

Cuando menos lo pensábamos, cuando aquella misma tarde del 4 de Febrero (1899), para demostrarles nuestra amistad, libertábamos á dos espías norteamericanos; cuando confiados en la hidalguía de los imperialistas, los jefes del cuerpo de ejército que guarnecía las posiciones filipinas en la provincia de Manila, estaban en los teatros de la ciudad que estaba bajo la salvaguardia de los norteamericanos, de improviso éstos atacaron dichas posiciones después de haber hecho en silencio todos sus preparativos para esta innoble acción, como lo prueba el que no hubo movimientos de tropa por parte de los agresores, pues cada uno estaba en su puesto y encendida la caldera

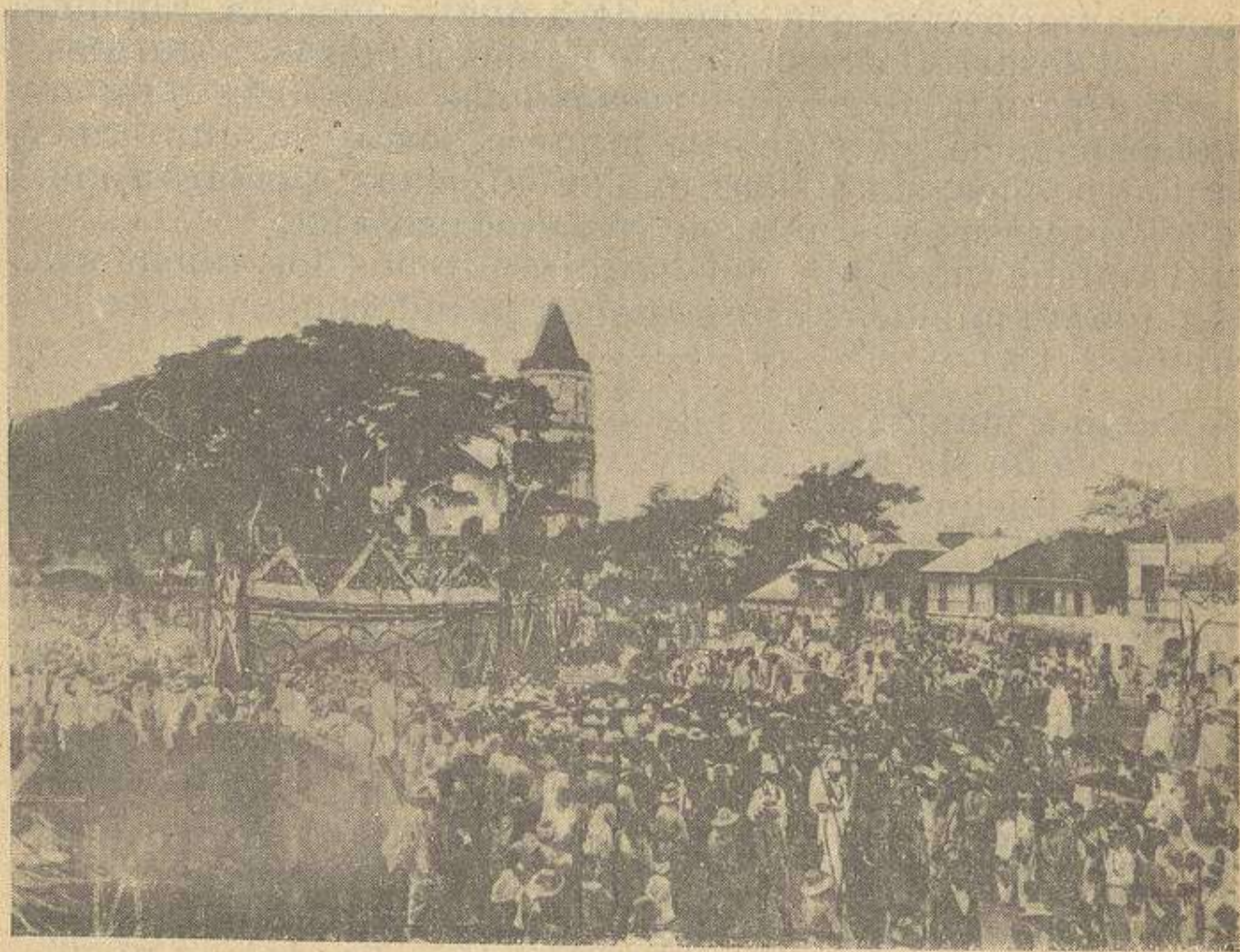
(1) La anterior *interview* fué teleografiada por los corresponsales europeos y americanos á sus periódicos y según el profesor Blumentritt fué reproducida en Austria y Alemania hasta en la prensa de las pequeñas ciudades.

El Comité filipino de Madrid hizo constar en su libro de actas que la había leído con agrado.

(2) *Filipinas ante Europa*, 10 de Diciembre de 1899.

del cañonero yankee *Laguna de Bay*, por lo cual, desde los primeros momentos pudiera entrar en acción.

Y toda esta maniobra de Mr. Mac-Kinley, fué para que el Senado norte-americano se decidiera á ratificar el tratado de París, como en efecto, lo ratificó, creyendo equivocadamente que la agresión había partido de los filipinos. Pero ahora que las cosas se han puesto en claro, ahora que ya pueden palpar la absoluta imposibilidad de subyugar á un pueblo que lucha por su independencia, ¿seguirán



La proclamación de la República filipina.

Malolos 28 Septiembre 1898.

rán las Cámaras norte-americanas aprobando la desatentada, inhumanitaria y anticristiana conducta del actual Presidente de su República?

Mr. Mac-Kinley debe dejar su puesto, siquiera por patriotismo, porque sólo así podrá haber cordial reconciliación entre norte-americanos y filipinos. Según testimonio de los corresponsales de *Le Temps*, *Le Figaro*, *The Globe*, el cónsul francés en Manila, y si no fuese recusable, el del mismo Aguinaldo, á estas fechas deben ascender á cerca

de 15.000 las bajas del ejército invasor entre muertos de guerra y enfermedad (1).

Y las sumas gastadas en esta infructuosa campaña ascienden también á la fabulosa cifra de más de cien millones de dollars, y total para que ni en el propio Manila estén seguros los imperialistas, como se puede ver en la sección de *Noticias de la guerra*.

Pero por lo mismo que Mr. Mac Kinley ha impuesto yá á los Estados Unidos tan extraordinarios sacrificios, decorosamente ya no puede retroceder, porque aún á costa de las ruinas de la nación que administran ciertos malhadados gobernantes, éstos no suelen seguir aquel sabio axioma de Cicerón: «Es de cualquiera el errar, pero sólo el estúpido permanece en el error después de haberlo conocido».

Por análogos motivos Aguinaldo tampoco puede ya ceder, so pena de responder de los ríos de sangre filipina derramada, porque si fuera ahora á aceptar un *pastel*, ¿por qué no lo ha aceptado antes sin sacrificar inútilmente innumerables vidas y haciendas?

Aún Mac-Kinley puede retroceder, porque al fin defiende una causa injusta, contraria al espíritu de la Constitución de su noble pueblo; pero Aguinaldo nó, porque defiende la independencia de su patria, que Dios, la Asamblea Nacional y su mismo honor le han confiado sostener hasta derramar la última gota de su propia sangre.

El ilustre Presidente de la República Filipina en su último manifiesto, asevera que no va contra Norte-América, sino que sólo se defiende de los imperialistas, y para demostrarlo, dió libertad á los prisioneros norte americanos; pero que *es difícil ya engañar á los que están despiertos* y que su ejército está dispuesto á sostener la lucha contra el invasor *mientras le quede un soplo de vida*.

Hé aquí, pues, entablado un duelo á muerte, que sólo se resolvería amistosamente, reemplazando Mr. Bryan á Mr. Mac-Kinley; pero no ocurriría lo mismo si desapareciera Aguinaldo, porque la bandera de éste es la de todo el pueblo filipino, y que por consiguiente todo hombre nacido en aquella bendita tierra tiene obligación ineludible de defender con su vida (2).

Nosotros deseamos vivamente la paz, porque la guerra

(1) Según un estado auténtico que los lectores encontrarán más adelante en la parte de estadística, dichas bajas ascendían nada menos que á 29.150.

(2) «Es un error crasísimo el creer que muerto yo, el pueblo filipino se sometería tranquilamente, porque hubiera seguido con mayor calor la revolución y surgirían otros hombres como yo que vengarán mi muerte.» E. AGUINALDO. Lo mismo dijo después Mabini.

nos perjudica mucho. ¡Qué más pudiéramos ambicionar que poder volver á nuestras casas y trabajar tranquilamente para ganar el sustento de nuestros hijos!

Pero que esa paz sea sólida y duradera, y para que lo



Los generales filipinos.

D. Pantaleón García.
D. Isidoro Torres

D. Gregorio del Pilar.
D. Tomás Mascardo

sea, es preciso que se cimente en la buena fé y verdadera amistad, empezando los imperialistas por reconocernos la independencia que nos han prometido á cambio de nuestra alianza armada y económica. que con gusto se la ofreceremos, sin regatear nuestro agradecimiento á la poderosa República, á quien entonces se podría decir, que en parte debemos nuestra libertad y nuestro bienestar.

Contra Norte-América, nó; contra el imperialismo, si, ¡hasta la muerte!. — ¿Cómo podemos ir contra la gran República Norte-americana, modelo de naciones liberales, y en cuya Constitución está escrito que todos los pueblos y todos los hombres tienen derecho á vivir libres?

Los grandes hombres que fundaron la independencia norte americana inscribieron en su bandara estas memorables palabras: *Millones para la defensa; ni un céntimo para tributo (de colono.)* ¿Y cómo, pues, quiere Mac Kinley esclavizarnos?

Seguramente los manes de los Washington, Patrick Henry, Jefferson, Lincoln y otros grandes hombres de los Estados Unidos que fueron sostenedores *del gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo*, mirarán con dolor la desconsiderada y violenta opresión que el actual Presidente de los Estados Unidos ejerce sobre un pueblo que lucha virilmente por su libertad.

«El pueblo americano—dice con razón Mr. Bryan—no puede aplicar el principio europeo y monárquico de la fuerza a la subyugación y gobierno de las razas extranjeras y figurar al mismo tiempo como defensor de los principios que en nuestra Constitución y Declaración de Independencia se hallan entrañados »

Un millonario respetable, Mr. Andrés Carnegie, demuestra con la incontrastable lógica de los números que es contraria á los intereses de los Estados Unidos la anexión forzosa de Filipinas, y pregunta: «¿Con qué derecho vamos á fusilar á masas de hombres que no han cometido otro crimen que el de haber luchado por la independencia de su patria cuando nosotros los americanos, creemos que la independencia de los pueblos es digna de todo género de sacrificios?»

El ya citado Mr. Bryan dice con razón: «Si los filipinos no hubiesen protestado contra la anexión de su pueblo, habrían merecido y sufrido el general desprecio.»

La ola anti-imperialista crece cada día en la República norte-americana, celebrándose frecuentes *meetings* de protesta contra el expansionismo y amenazando derribar á Mac-Kinley en la próxima elección de Presidente.

Y todas las logias masónicas de los Estados Unidos apoyan la causa de nuestra independencia.

Esperemos, pues, que al fin el espíritu de justicia triunfe en aquella gran República que hasta ahora venía siendo el admirable modelo de los pueblos libres.

Repetimos que los filipinos no luchamos contra Norte-América sino contra el inhumano imperialismo (25 de Noviembre de 1899.)

Norte-America contra el imperialismo.—Telegrafian

de los Estados Unidos, con fecha 4 del actual, (Marzo 1900) á la prensa europea, que Mr. Mac Kinley acaba de reconocer y declarar en un banquete, que «*el país norteamericano es contrario al imperialismo y que los Estados Unidos no se convertirán nunca en opresores.*»

Y confesión de parte, relevo de pruebas.

Pero es preciso demostrar á nuestros lectores. las razones que los norteamericanos imparciales tienen para abominar del imperialismo, porque no faltará quien crea lo contrario, á pesar de las terminantes declaraciones del mismo *emperador de los chanchulleros*.

El imperialismo en nada favorecerá los intereses de aquella gran República, y si sólo los intereses bastardos y nada limpios de unos cuantos sindicatos y jefes militares y civiles *chanchulleros*. Y en cambio, puede acarrear muchas desgracias á los Estados Unidos como vamos á ver.

No ha de ser la menor el peligro que, andando el tiempo, podrá ofrecer el fomento ó endiosamiento del *militarismo* (1). No están aún apagados los rescoldos de la guerra civil en los Estados Unidos, y no conviene fomentar el militarismo, que es contrario al carácter y tranquilidad de los norteamericanos. Pero sosteniendo por las armas una colonia tan lejana como Filipinas. forzosamente habría que fomentar el militarismo con todas sus odiosas consecuencias de despilfarros, desfalcos, dictaduras, tiranías y atropellos, que harán odioso el nombre de la Metrópoli.

Otro peligro: Dominada Filipinas por la fuerza, sus habitantes, en vez de ayudar á los norteamericanos en caso de guerra internacional, aprovecharán la ocasión para sacudir su ominoso yugo.

De modo que, cuando la Metrópoli no se habrá reembolsado todavía los gastos de la guerra, podrá perder dicha colonia con la humillación consiguiente; y de todas maneras, vendrá á ser la colonia, con sus insurrecciones intermitentes, una arteria abierta por donde la Metrópoli sufrirá incalculables pérdidas, sin beneficios suficientes á compensarlas.

Compárense ahora estas peligrosas contingencias de la dominación con las siguientes ventajas de la alianza cordial entre Norte-América y Filipinas. garantizada con la independencia de ésta bajo la protección de aquélla:

1.^a Con esta base, forzosamente tendremos que abrazar como muy propia la causa de los Estados Unidos en caso de guerra internacional, y los ayudaremos con todas

(1) Lo prueba la osadía del almirante Dewey á aspirar á la Presidencia de la República, á pesar de su nulidad política.

nuestras fuerzas hasta morir, por la sencilla razón de que la derrota de nuestra aliada y protectora, podría costarnos la pérdida de nuestra independencia.

2.^a Se pagaría una razonable indemnización de guerra.

3.^a Se garantizaría, por vía de gratitud y por interés propio, la supremacía del comercio norteamericano en Filipinas á cambio de franquicias equivalentes para los productos filipinos que se introduzcan en aquella gran República. Y Filipinas productora y Norte-América industrial se completarian, al paso que con el imperialismo esclavizando á los filipinos, no habría ninguna seguridad para una estable prosperidad de cualquier industria ó comercio norteamericano en aquellas islas.

Y más que nosotros, lo saben todo esto los inteligentes estadistas de los Estados Unidos, así es que, aun personas muy importantes del partido de Mac Kinley, como el ex-presidente Cleveland, el exministro Sherman y Mr. Cockran á quien aquél debió su elevación á la presidencia, condenan el imperialismo, y Mr. Bryan ha escogido el antiexpansionismo como arma más segura para escalar la Presidencia de la República.

Perseveren, pues, los filipinos, que el triunfo será suyo, porque sólo unos cuantos que se enriquecen con los chanchullos de la guerra, sostienen el imperialismo en la noble República norteamericana.

El problema filipino. — *Infructuosa campaña.* — ¡A la manigua antes que á la autonomía! — *Los verdaderos obstáculos para llegar á la paz (1).*

¿Qué han conseguido los americanos en medio año de activa campaña, con una escuadra formidable de grandes acorazados, una escuadrilla de cañoneras para los ríos, un ejército de 42.000 hombres, 20 baterías y otras tantas de ametralladoras?

Al Este habían avanzado y tomado algunos pueblos de la Laguna, que luego han abandonado.

(1) Aunque algo extensa, tenemos mucho gusto en publicar hoy una crónica del problema filipino que por sus conceptos y la imparcialidad que refleja, aun escrita por un Consejero del Comité filipino de Madrid, merece ciertamente el aprecio de los españoles, que no podemos menos de ver con gusto que no han perdido todas las enseñanzas que han podido recibir de la dominación de España, y hoy se manifiestan dignos herederos del carácter español. Felicitamos á Isabelo de los Reyes por el notable trabajo que nos dedica y que insertamos á continuación. (*De la «Correspondencia de España» de 15 de Agosto de 1898*).

Este artículo fué traducido íntegro al alemán y publicado por la importante revista japonesa *Ost Asien*. Agradecemos las inmerecidas frases que nos dedica.

Al Norte avanzaron hasta San Fernando de la Pampanga y San Isidro de Nueva Ecija, y ahora todo lo han abandonado y solo conservan la línea férrea.

Al Sur invadieron algunos pueblos de Cavite, pero pronto se supo que á su retaguardia aparecieron los filipinos por Parañaque. Y ahora parece que han vuelto á atacar la provincia de la Laguna.

¿Pero han conseguido algo práctico?

El último correo de Manila trae la noticia de que por los mismos alrededores de aquella ciudad corren compañías volantes de tiradores filipinos, las cuales han capturado hace poco por Kalookan á un cantinero yankee llamado George Wolney.

Y conste que, según testimonio de los corresponsales franceses, ingleses y de los mismos yankees, éstos han tenido *doce mil* bajas de guerra, aparte los innumerables enfermos.

Tenemos á la vista una carta en tagalog del Presidente Aguinaldo, en la que dice á sus comités en Europa: «Estén ustedes seguros de que hemos de volver á los montes antes que aceptar la autonomía.»

Hasta el mismo Paterno, que entró á sustituir al radical gabinete Mabini, para concertar la paz, ha publicado últimamente un manifiesto predicando la continuación de la guerra, porque dice que habia agotado en vano todos los medios de entenderse diplomáticamente con los americanos; pero que no lo consiguió dada la doblez que se nota en todos sus ofrecimientos, exigiendo como indispensable condición el desarme, sin duda, para una vez logrado esto, hacer de los filipinos lo que quisieren.

En vista del nulo resultado de la campaña obtenido por los yankees en estos seis meses últimos, los filipinos están ciegamente convencidos de que por medio de las armas, América jamás podrá aplastarles.

¿Por qué fracasaron las tentativas de inteligencia?

Este es el secreto que ahora vamos á investigar.

La primera dificultad consiste en el desarme que exigen los americanos y que jamás aceptarán los filipinos, porque además de suprimir los intereses creados de los militares, éstos no tienen ninguna confianza en las promesas de los yankees sin la garantía de las armas, porque ellos empezaron faltando cínicamente al tratado de Singapoore; siguieron después engañando á los filipinos adulándoles como aliados cuando necesitaban su ayuda para desembarcar en Cavite y sitiar á Manila; para terminar en una inicua traición apresando la escuadrilla de Aguinaldo y rompiendo inopinadamente las hostilidades, disparando contra las masas, sin distinguir niños, mujeres, ni an-

cianos, todo ello acompañado de incendios, violación de mujeres, saqueos y otros inauditos atropellos. Y ahora los filipinos dicen con razón: *El que hace un cesto, hace ciento.*

Esta dificultad del desarme la tratan de remediar los pocos filipinos americanistas, proponiendo una autonomía con milicia filipina; esto es, reconociendo los grados de los que ahora están luchando por la independencia. ¿Concede esto Mr. Mac-Kinley?

Pero hay otra dificultad, y es la que consiste en los frailes, que no pueden tragar los filipinos, como se puede ver en sus periódicos, incluso los de los americanistas. Recuérdese que la insurrección contra España surgió del descontento de los filipinos contra los frailes y de la cuestión de las fincas rústicas de éstos, que según los tagalos, se las habían usurpado aquéllos.

La Asamblea de Representantes de todas las provincias filipinas decretó en Enero último la expulsión de los frailes y la reversión al Estado de todas sus propiedades, fundándose en que estaban mal adquiridas y en que los frailes se habían llevado los fondos de las iglesias parroquiales que son propiedad de los municipios y que ascienden á muchos millones de pesos.

Pero por el tratado de París, los Estados Unidos garantizaron las propiedades de los particulares y de las corporaciones, y entre éstas deben estar las de los frailes.

Los filipinos odian tanto á éstos, que les atribuyen las intransigencias de Mac-Kinley. El Comité Central Filipino de Hong Kong escribe que la guerra actual entre yankees y filipinos es obra exclusiva de los frailes, á los cuales atribuyen también los numerosos asesinatos é incendios cometidos por los americanos.

Y como para desagraviar á los filipinos, aquellos han establecido en Manila una Corte Suprema de Justicia, á cuyo frente han colocado á los abogados filipinos, que fácilmente habían abandonado á Aguinaldo en momentos críticos y que se habían distinguido como partidarios de los frailes ó de los poderosos, prueba evidente de que la famosa autonomía que ofrecen los yankees, será basada sobre los frailes, sobre los enemigos de los independientes y sobre todos los que están dispuestos á servir á los nuevos amos en la administración y en los monopolios comercial é industrial.

Luego, en último resultado, los filipinos vendremos á estar tan oprimidos como en épocas pasadas y á merced de frailes y de empleados que en colonias no suelen dar pruebas de moralidad y de benevolencia. Y á este caciquismo político habrá que añadir ahora el imperio aplastante de

los sindicatos comerciales é industriales de los Estados Unidos.

Y para eso no valía la pena de separarnos de España y de haber sacrificado miles de vidas y cuantiosas propiedades á nuestra libertad.

Y conste que, según dice el corresponsal yankee M. A. H. Myers, el nombre americano es mucho más odiado ahora en Filipinas, que antes el español.

Esos pocos filipinos americanistas de Manila, son buenos amigos míos, bellas personas, muy honradas é ilustradas; pero no podrán negarme que su facilidad en aceptar cargos de los yankees, sin haber esperado el término de la guerra y abandonando, cuando eran más necesarios, la santa causa que habían jurado en Malolos; esa facilidad—repito—alentará más á los americanos á proseguir la guerra y á negarnos el cumplimiento de sus promesas.

Desde luego, en vez de contribuir á abreviar la guerra, ellos servirán de gran estorbo á su pronta terminación, pues los independientes les odian y les horroriza la idea de que la autonomía venga á ser la recompensa de la inconsecuencia de los que en estos días de profunda amargura para la patria, alientan con su conducta y ayudan á sus enemigos.

Pero yo les disculpo, considerando que están como rehenes dentro de las murallas de Manila, bajo las bayonetas del general Otis.

La tercera dificultad consiste en los chinos, que los mismos yankees tuvieron que expulsar de su república, y que ahora creen indispensables en Filipinas, según la Memoria del cónsul norteamericano en Hong-Kong, Mr. R. Wildman.

Los chinos, que viven sin grandes necesidades, casi desnudos, sobrios en la comida y sin dignidad ni escrúpulo alguno aventajan en toda competencia á los filipinos por la baratura de su trabajo mal hecho y de sus artículos falsificados.

Los españoles pusieron grandes trabas á la inmigración china, por ser perjudicial á Filipinas, cuyos productos se desacreditaban con sus infames mixtificaciones.

Cuarta dificultad: ¿Aceptarán los Estados Unidos pagar las deudas contraídas en el país por el gobierno de Aguinaldo, el cual ha hecho emisión de billetes de uno y cinco pesos fuertes hasta completar las 125.000 obligaciones del Tesoro filipino creadas en virtud del decreto de 30 Noviembre de 1898? Si no las aceptan, los tenedores, que son los modestos capitalistas filipinos, serán otros tantos enemigos de ellos que se opondrán á toda costa á la paz;

pero si los aceptasen, este sacrificio se aumentaría á los enormes causados por la guerra.

Si en tiempo de paz y sin salir de su territorio, para sostener un ejército de 20 000 hombres, los gastos del departamento de Guerra de los Estados Unidos ascendían á mucho más de 356 millones al año, según la Memoria del ministro de la Guerra del año 1894, ¿cuánto se emplearía ahora en sostener un ejército que pronto se elevará á 60.000 hombres, según los últimos telegramas, á 14.000 millas de San Francisco de California? ¿Y las pensiones que se han de crear con la guerra?

Con la autonomía sólo saldrán ganando algunos comerciantes yankees; pero el Tesoro público de Norte América jamás podrá recuperar los gastos ocasionados por la guerra, al paso que con la independencia de Filipinas bajo su protectorado se podría concertar el pago paulatino de una equitativa indemnización, aparte franquicias comerciales é industriales de positiva utilidad para los yankees.

Así sería permanente y cordial la amistad de Filipinas y Norte América. Pero si por la guerra los Estados Unidos lograsen imponer su soberanía, esa soberanía durará sólo hasta la primera guerra que tengan los americanos con una nación poderosa, pues los filipinos aprovecharán la primera ocasión para sublevarse contra ellos.

Y no es tan fácil como se cree, y como ya se está viendo, aplastar á Aguinaldo, que desaparece como por ensalmo cuando se le persigue, y cuando menos se piensa causa un desastre á los americanos. ¿No tenía España 200.000 soldados en Cuba para copar á 30.000 guerrilleros? Pues bien; los filipinos somos diez millones bien contados y Norte-América, para poder desterrar á los montes á Aguinaldo, tendrá que llevar tropa suficiente para ocupar á unos mil pueblos.

Los filipinos, por su parte procurarán prolongar la lucha hasta conseguir la independencia, siquiera bajo el protectorado de los americanos ó hasta que éstos se enzarcen en una guerra con una nación poderosa, acaso pronto, en el pavoroso problema del reparto de China.

Tampoco es fácil la compra de los honrados generales filipinos, que insinúan algunos. Habría que comprar á todos los soldados, y los paisanos no tendrían menos exigencias. Este arreglo estimulará á nuevas insurrecciones, como se patentizó después del pacto de Biyak-na-Bató.

Sólo por medio de la justicia y de la buena fé; abriendo los ojos á la realidad de la absoluta imposibilidad de aniquilar á los guerrilleros filipinos, y cerrando los oídos al imperialismo, que es opuesto á la política de Washington

y Lincoln, lograrán los Estados Unidos una paz duradera y verdaderamente útil á sus intereses en Filipinas.

El protectorado.—Los Estados Unidos ya empiezan á ceder, convencidos de que en el terreno de las armas nada positivo han de conseguir.

En *La Correspondencia de España* publiqué en 15 de Agosto un artículo, en el que demostré que entre los principales obstáculos para llegar á un acuerdo, están el desarme exigido por los Estados Unidos; la protección de ellos á los frailes, odiados y expulsados por los filipinos, y á la inmigración china, que es perjudicial al Archipiélago, y el propósito de los americanos de no pagar las deudas contraídas por el Gobierno de Aguinaldo.

Al cabo de diez días escasos, la prensa publicaba un telegrama anunciando que el general Otis puso término á la inmigración china, y también una nota oficiosa de que el Gobierno de Washington respetaría los billetes emitidos por Aguinaldo, aceptando su pago.

En el primer número de *Filipinas ante Europa* nos quejábamos de que los Estados Unidos no nos reconozcan como ciudadanos norte-americanos; y de que los frailes iban á ocupar las parroquias que debieran administrar exclusivamente los sacerdotes filipinos.

Y á los pocos días también la prensa publicaba un telegrama de Washington, anunciando que el general Otis ofreció á Aguinaldo que todos los filipinos serían considerados como ciudadanos norte-americanos y el reconocimiento de los grados de él y de los cabecillas que él designase en el ejército de la Unión; y que los frailes jamás volverían á ocupar parroquias ni diócesis en Filipinas (1).

Seríamos insensatos, si en vez de agradecer estos buenos propósitos de inteligencia por parte de los Estados Unidos, lo interpretáramos desdeñosamente por debilidad. Esto jamás.

Pero cumple á nuestra sinceridad manifestar á la gran Nación norte-americana que todo arreglo basado en contentar sólo á ciertos jefes, será contraproducente, pues en vez de poner término á la guerra, haría surgir multiplicadamente á nuevos cabecillas y se eternizaría aquella, como ocurrió con el pacto de Biyak-na-Bató, que no quisieron reconocer los generales filipinos Malvar, Makabulos, el cura Dandan y otros muchos.

(1) Todo esto, en efecto, lo había publicado la prensa de España con referencia á telegramas de los Estados Unidos, más ó menos oficiales; pero ahora nada ya de esto se dice y eso es una prueba más de la inseguridad que nos deben inspirar todas las promesas halagadoras de los imperialistas.

Aguinaldo que había jurado defender nuestra independencia, rechazó dignamente la proposición, pues el arreglo ha de ser sincero, *honrado* y de carácter general, para que todo el mundo tenga el deber *moral* y material de cumplir. Pero como se haga un *pastel*, surgirá una tremenda

Los Jefes filipinos del pacto de Biyak-na-Bató

con los tres comisionados españoles que les cendujeron á Hong-Kong



Llanera, Francisco, P. Paterno, Viola, X. G. Pilar, P. Artacho, M. Paterno, Belarmino, Espinosa, Primo de Rivera, Aguinaldo, Comisario, Kabigting, Mascardo Tiño, Viniegra, Montenegro (el del bastón), Natividad, X.

guerra civil. Entonces hasta las piedras se levantarán para degollar á todo *pastelero* viviente, porque no para eso hemos derramado ríos de sangre.

Ya he demostrado en mi citado artículo publicado por *La Correspondencia* que con la autonomía sólo saldrán ganando algunos comerciantes y chanchulleros yankees; pero el Tesoro público de Norte-América jamás podrá reembolsarse los gastos ocasionados por la guerra, al paso que con la independencia de Filipinas, bajo su protectorado, se podría concertar el pago paulatino de una equitativa indemnización, aparte franquicias comerciales é industriales de positiva utilidad para los yankees.

Pero entiéndase bien que nuestra independencia ha de

ser real y efectiva con personalidad y representación propias en el extranjero, y que el protectorado no sea una autonomía disfrazada, y que tenga plazo fijo.

Nosotros nos gobernaremos independientemente en nuestra casa según nuestro leal saber y entender, y sólo tendrán intervención los Estados Unidos en lo que sea puramente preciso para garantizar el orden interior, *cuando su auxilio sea reclamado*, y para cumplir los compromisos que con ellos contraigamos.

Para que se vea que lealmente deseo la amistad de los norte-americanos, propongo la más amplia intervención posible en lo que afecte á garantizar los capitales norte-americanos que se dediquen á fomentar las obras públicas, construcción de ferrocarriles, puentes, buques de guerra, armamentos, y una alianza ofensiva y defensiva contra el extranjero; y además, que los filipinos se comprometan á introducir en sus leyes el espíritu de la legislación norte-americana.

Pero cuidense mucho nuestros compatriotas de que el protectorado no resulte peor que la anexión: y será peor si nuestra independencia no fuese efectiva y en cambio perdiésemos las ventajas de la ciudadanía norte-americana, como ocurre con Cuba, que es independiente sólo de nombre y cuyos productos no gozan de franquicias en los Estados Unidos por esta independencia nominal (1).

No desespero de que Norte-América, al fin, nos hará justicia. No podemos esperar otra cosa de una República que tiene una gloriosa tradición de liberal.

¡Conque, filipinos! un poco más de perseverancia y habremos arribado al puerto de nuestro bienestar permanente. (10 Noviembre 1899.)

El desarme, jamás! — El desarme es absolutamente inaceptable; es la única garantía eficaz que podemos tener de que los Estados Unidos cumplan los compromisos que contraigan con nosotros.

Ya estamos cansados de ver la perfidia, no sólo de los imperialistas, sino de todos los políticos del mundo, habidos y por haber.

En el mismo partido demócrata norte-americano, que acaudilla Mr. Bryan que sostiene nuestra independencia, figura un Mr. Walterson, cuya palabra ha impuesto siempre respeto á sus correligionarios y según el cual, el partido demócrata sostendrá unánimemente la candidatura de Mr. Bryan, pero sobre *la base del expansionismo*, porque

(1) ¡Ca! Ni ciudadanía ni autonomía nos dan ya.

anti-expansión es anti-democrática, según él, y pide un soldado en Filipinas que ponga fin á las contemporalizaciones de Mr. Mac-Kinley.

¡De modo que para este caballero demócrata, todavía Mac Kinley es un padre amoroso para los filipinos!

Aparte, que una cosa es prometer y otra cosa es cumplir lo prometido.

Nó; no nos dejemos ya engañar, una vez que la garantía eficaz que nos dan las armas, la tenemos en nuestras manos. Nos miman, nos ofrecen dinero y altos destinos, porque saben que nada pueden con nosotros, mientras no nos dejemos comprar á menos precio que un rebaño de cerdos, como dicen ellos mismos.

En el siglo pasado, los españoles reconocieron el grado de general al jefe de los insurrectos pampangos, Manyago; y una vez que se había entregado, con el pretexto de que intentaba sublevarse, fué fusilado en Manila, muy pocos días despues, y esto mismo ocurrió con los tratados de Navotas, Malakañang y Biyak-na-Bató en 1836, 1868 y 1897, en que después de reconocidos los grados de los jefes insurrectos, fueron fusilados poco tiempo después. Y si Aguinaldo y sus generales no lo fueron en 1897, fué porque tuvieron la precaución de emigrar á tiempo á Hong-Kong; pero en lugar de cumplir el general Primo de Rivera las reformas que verbal y vagamente les había prometido, fusiló á diestro y siniestro en Marzo de 1898, en la fuerza de Santiago, á los que habían quedado en Manila.

Y lo que hicieron los españoles en Filipinas y América, lo habían hecho los ingleses, los franceses, los holandeses, los portugueses y otros en sus colonias de Africa, América y Asia. Y los yankees no han sido excepción de esta regla, sino muy al contrario, como ya es famoso el exterminio de los pieles rojas por ellos.

No será justo que el ilustre Aguinaldo y esa brillante juventud que le secunda en esta grandiosa epopeya de nuestra independencia, como recompensa de su heroísmo que es ahora objeto de la admiración de todo el mundo, tengan después que andar vagando por el extranjero, como unos judíos errantes. Porque no cabe duda alguna, que, de quedar ellos en Filipinas después de una paz que no esté basada sobre nuestra independencia, garantizada con las armas, serán todos fusilados con cualquier pretexto.

Repetimos que ya estamos hartos de ver la perfidia de los políticos y ya no cabe otro engaño.

Filipinos: en vuestras manos están el porvenir de vuestros hijos y la seguridad de vuestras propias vidas.

¡Animo, pues, que el triunfo será vuestro! (25 Nbre. 1899)

III

MALAS INTENCIONES DE LOS NORTE-AMERICANOS MANIFESTADAS EN SUS DECLARACIONES, DECRETOS Y HECHOS:—DISCURSO DE MC-KINLEY EN BOSTON (1899).—EL DICTAMEN DE LA COMISIÓN PARLAMENTARIA DE LOS ESTADOS UNIDOS—¡VALIENTE AUTONOMÍA!—EL MENSAJE PRESIDENCIAL.—CONTES-TACIÓN Á LA PRIMERA COMISIÓN AMERICANA EN FILIPINAS.—UN PLEBISCITO HARÍA AIROSA LA RETIRADA DEL PARTIDO IMPERIALISTA DE AQUEL ARCHIPIÉLAGO.—YA NO NOS DAN LA AUTONOMÍA OFRECIDA!—¿MC KINLEY, EMBUSTERO Y CRIMINAL?—¡ALERTA REVOLUCIONARIOS! (LA NUEVA LEY MUNICIPAL.)

A Mr. Mc Kinley.—Muy honorable Presidente:

Hemos tenido el honor de leer vuestro discurso pronunciado en Boston, modo de habilidad sofisticada, sobre cuyas contradicciones nos permitimos haceros estas respetuosas observaciones

Dice Balmes que cuando los sabios incurren en un error, éste suele tomar brillantes apariencias de verdad por el mismo poder de su privilegiada imaginación y esto es lo que os ha ocurrido, porque de ningún modo podemos suponer mala fe en vos.

Empezáis invocando la guerra, la Providencia de Dios y el nombre del progreso y la civilización de la humanidad, como fuentes de vuestro derecho á anexionaros á Filipinas; pero ¿cómo es posible que Dios que ha creado iguales á los hombres, sancione que unos hijos esclavicen á otros, también hijos suyos, sólo por la brutal imposición de la fuerza? ¿Es esto progreso ó civilización? ¿Y os atrevéis aún á decir que vuestra bandera es símbolo y garantía de la libertad y de la justicia?

Decís que no nos habéis dejado en manos de España, porque ésta nos tiranizaba, pero ahora tratáis por la fuerza de ocupar el puesto de ella.

¡Cuánto error, ya que no es hipocresía!

Aseveráis también que sin vuestro protectorado, hubiéramos caído en una anarquía fratricida, lo cual es inexacto, porque el orden interior nunca se ha alterado hasta ahora en todo el territorio gobernado por el ilustre Aguinaldo, cuyos prestigios de honradez, inteligencia, desinterés y rectitud nadie ha desconocido ni por un momento.

¿Pero queréis decir con esto que estáis dispuestos á concedernos nuestra independencia bajo vuestro protectorado? Hablad (1).

(1) Más tarde declaró que no es serio siquiera hablar de esto.

Si es cierto, como lo afirmáis, que vuestra intervención en Filipinas obedece sólo á la necesidad de asegurar el orden, la justicia y la verdadera libertad, ¿por qué no declarais claro nuestra independencia bajo vuestro protectorado? Bajo esta base sería fácil entendernos, evitando tanta efusión de sangre sacrificada sólo á vuestro empeño en dominar á un pueblo, que, según vos, queréis prohiar.

«No cifrábamos nuestra mira en el territorio, ni en el comercio, ni en la perspectiva de un Imperio; sino en el bienestar, la felicidad y los derechos de un pueblo, cuyos intereses y destinos, á despecho de nuestra voluntad (?) se habían encomendado á nuestra custodia».

No queremos comentar estas vuestras palabras, temerosos de perder el respeto que queremos guardaros.

Vuestros ejércitos ametrallan con bombas de dinamita á nuestros pueblos indefensos; en la misma Manila que estaba bajo vuestra salvaguardia, vuestros soldados incendiaron los populosos barrios de Tondo, Binondo, Santa Cruz, Paco y otros, cazando como á fieras á sus pobres habitantes que huían despavoridos, y saqueando sus casas abandonadas.

Y de esto no se puede echar la culpa únicamente á la soldadesca, porque los objetos saqueados llenan los grandes almacenes del Preboste norteamericano en Manila. Citaremos un solo caso de los muchos: y es el saqueo de la casa que ocupaba en Tondo, calle del P. Rada número 4, un vecino pacífico D. Mena Crisólogo, á quien le confiscaron las autoridades americanas objetos por valor de cincuenta mil dollars, por creer que de su casa salieron tiros en la revuelta de 22 de Febrero, siendo así que, requisada dicha casa, no se encontró ni una sola arma de fuego. Ya está en libertad dicho señor, después de haber estado preso dos meses, porque se ha probado plenamente su inocencia; pero las cajas de índigo, sus alhajas, la imprenta, la biblioteca y sus muebles (1), no han sido devueltos por las autoridades norteamericanas de Manila, sino que los vendieron después en pública subasta.

Y casos como estos se citan muchos. ¿No podríais ordenar la devolución siquiera del importe de esos bienes?

Y oficialmente el gobierno filipino nos participa que el día 16 de Julio (1899) los soldados norteamericanos come-

(1) Perteneían á Isabelo de los Reyes, la casa, la imprenta que era la mejor que había en el arrabal de San Nicolás, la biblioteca que contenía muchas obras filipinas raras, los muebles y la ropa, teniendo pendiente por esto una reclamación de 50.000 pesetas, aparte las pérdidas del Sr. Crisólogo.

tieron «*innumerables atropellos*, al apoderarse de Morong, donde no han respetado *ni aún á las mujeres*».

Preguntáis, Sr. Presidente: «¿Necesitamos el consentimiento del pueblo filipino para hacerle un gran acto humanitario?»

Y nosotros contestamos: Luego á vuestros ojos no somos más que esclavos, cuando prescindis de nuestro permiso para colaros en nuestra casa, para gobernarla á vuestro antojo.

¿Y son las bombas de dinamita, los saqueos, los incendios, la violación de mujeres y otros atropellos, un gran acto humanitario?

Si nosotros fuésemos un pueblo más fuerte que el vuestro y por la violencia usupáramos el gobierno de vuestra República, con el pretexto de haceros un bien, poniendo fin á esta guerra, que os está costando grandes sacrificios en sangre y dinero, ¿nosotros realizaríamos con eso un acto de justicia?

Vos nos consolais diciendo que no sois nuestros *amos*, sino nuestros *libertadores*; pero á continuación nos obligáis á *acatar incuestignablemente vuestra autoridad*.

Si; creemos vuestra honrada palabra, Sr. Presidente: no sois nuestros *amos*; únicamente que nosotros somos vuestros *esclavos*.

Y la prueba incuestionable es que á raíz de haber ratificado vuestro Senado el tratado de paz con España, os apresurásteis á enviar á dicha Cámara una Comunicación en que declarásteis oficialmente que aunque os anexionábais á Filipinas, sus habitantes no serían considerados como ciudadanos de la República Norte-americana.

Dios os ilumine, honorable Presidente, para que reconozcáis que sin querer, estáis cometiendo una gran injusticia con un pueblo pequeño, pero de alma suficiente para defender hasta la muerte su sagrada libertad. (25 Octubre 1899.)

El dictamen de la Comisión parlamentaria de los Estados Unidos. — Cuando el presente número (1) estaba ya casi hecho, tenemos que tomar la pluma llenos de indignación por un cablegrama que recibimos de Washington y que da cuenta del dictamen de la Comisión parlamentaria, el cual se ha hecho público.

Dicho documento empieza haciendo una historia cuajada de falsedades sobre la guerra actual, y sobre nuestra pretendida incapacidad para gobernarnos por nosotros

(1) El número 2 de *Filipinas ante Europa*, correspondiente á 1.º de Noviembre de 1899.

mismos, insertando el informe de Dewey sobre sus relaciones con Aguinaldo.

¿Pero no ha dicho Dewey que los filipinos son mucho más capaces que los cubanos para gobernarse?

Sí; lo ha dicho y sigue sosteniéndolo; pero añade *ahora* que hoy por hoy todavía no son capaces de la independencia.

¡Siempre la mentira, el engaño y la traición!

No podemos esperar otra cosa de los nada escrupulosos imperialistas. Y nada ya queremos con Mr. Mac-Kinley, ni con los suyos, porque está visto que no son capaces de enmendarse y de seguir una política de concordia y de buena fé.

¡Filipinos! sabedlo, nada esperéis de los imperialistas, sólo esperéis en Dios y en vuestros propios brazos. Los pueblos valientes y honrados nunca mueren, siempre triunfan, porque la justicia de Dios existe, y su escudo es inquebrantable.

El dictamen es tan odioso por sus descaradas mentiras y argumentos de mala ley, que indudablemente provocará general indignación en Filipinas.

Ahora recurren también los yankees al ya gastado argumento de que los filipinos son incapaces para la independencia por la diversidad de razas que existe en Filipinas, y preguntamos nosotros: ¿Los Estados Unidos no son acaso un pueblo heterogéneo por excelencia? ¿Y son incapaces por eso? Aparte que es muy inexacto que en Filipinas existan muchas razas. Allí no hay más que sino-malayos y negritos, pero éstos apenas pasan de cinco mil. Todos son hermanos: el tagalog, el ilocano, el bicol, el visayo, el moro de Mindanao y Joló, y el igorrote de los montes; lo patentizan de consuno sus rasgos fisonómicos, sus tradiciones y sus costumbres. Las diferencias de dialectos, según la Antropología, no dicen más que la escasez de comunicaciones en los pasados siglos, así como en Europa misma hay naciones con 20 ó más dialectos.

El dictamen contiene otra falsedad inaudita, y es la de afirmar que Aguinaldo no ha conseguido formar un gobierno pacífico. ¿Y quién ha perturbado el orden en el país dominado por él? ¿Quién se atrevió por un momento á disputarle la presidencia?

En términos muy vagos, que revelan á las claras mala fé, se propone una autonomía «*que sería imposible implantar ni aún con el carácter local en ciertas regiones.*»

De modo que, una vez desarmados los filipinos, si estos fueran tan candorosos que lo aceptasen, con establecer un Ayuntamiento pseudo autónomo en Manila, los imperialistas habrán cumplido con sus promesas, y al que alze la voz, una bala explosiva y se acabó todo.

Por último, propone un régimen militar enérgico que ponga fin á la actual *anarquía* en Filipinas.

¿Y dónde está ese estado anárquico á no ser en Manila, donde la soldadesca imperialista impunemente comete toda clase de repugnantes atropellos?

¡Imperialistas de Mr. Mac-Kinley! ya podéis decretar mil



D. Martin Teófilo Delgado

General en Jefe de las guerrillas filipinas
en Panay.

veces la anexión de Filipinas; pero no basta ambicionar aquella bendita tierra; es preciso conquistarla palmo á palmo, y hasta ahora el ejército imperialista todavía no ha adelantado nada. Por lo cual, al mismo tiempo el telégrafo anuncia ofertas de dinero y de reconocimiento de grado á los generales filipinos, para luego, con cualquier pretexto, fusilarles sin escrúpulo de ninguna clase, como ahora rematan á nuestros heridos, que caen prisioneros.

Mientras respire un sólo filipino

honrado, no estaréis seguros ni aún sobre el pedazo de tierra filipina que pisáis.

Os lo juramos por nuestro honor ante Dios y ante los cadáveres mil de filipinos destrozados por vuestras balas explosivas ¡sobre las cabezas de nuestros hijos!

Todavía esperamos que el pueblo norte-americano nos hará justicia; pero tampoco mendigamos como limosna la concesión de nuestros derechos políticos. Seríamos muy pobres de espíritu é indignos de la admiración de todo el mundo, si después de haber luchado como héroes durante nueve meses, viniéramos ahora á esperar nuestra independencia de nuestros enemigos y no de nuestro valor.

¡Valiente autonomía!—Atención, que esto es bueno, buenísimo.

Se ha establecido en Manila un Tribunal correccional, llamado Corte Superior del Preboste, con atribuciones para confinar á Honolulu durante dos años, con ó sin trabajos forzados, y para imponer multa hasta cinco mil duros en oro. Y esta cantidad, que es el máximun, es la que suele imponer el Preboste, si se trata de personas pudientes, como que casi por nada acaba de imponer esta exorbitante multa á una conocida casa de comercio en Manila, como se puede comprobar con los periódicos recientemente recibidos (1). El cargo de Preboste lo desempeña un militar norte-americano, que hace y deshace arbitrariamente por encima de la Corte Suprema de Justicia, que componen magistrados filipinos en su mayoría; y resulta que, no sólo hace ilusoria la cacareada autonomía, sino que es una permanente y tremenda amenaza contra la seguridad de los filipinos y la de sus haciendas.

El tal Prebostazgo, viene á ser más funesto que los gobernadores españoles, que, sin obligación de dar cuenta á nadie de sus actos, gubernativamente enviaban á la deportación como anti-españoles, á cuantas personas quisiesen reventar por meras venganzas personales. Y se recordará que estas deportaciones arbitrarias, fueron la principal causa de la insurrección contra España.

Las exorbitantes multas que suele imponer el Preboste, vienen á disimular escandalosos despojos ó confiscaciones de bienes, que ninguna Constitución de nación civilizada aprueba, porque al declararse insolvente el multado, se venden en pública subasta sus bienes, como ya está haciendo el tirano de Manila, según decimos en nuestro artículo *Atrocidades*.

El Preboste de Manila suele encarcelar gubernativamente, esto es, sin dar razón alguna, á los periodistas filipinos, siendo así, que dicho Preboste, es el censor de la Prensa de Manila, no habiendo querido impedir las proceres provocaciones de los americanizantes, cosa que la censura española prohibía á los escritores fraileros. Está todavía en Manila el Sr. D. Antonio de Santisteban, que fué censor de imprenta bajo la dominación española, el cual prohibió á los fraileros injuriarnos cuando sostuvimos durante los años 1884 á 93, en la misma Prensa de Manila, una campaña para conseguir los derechos políticos de los filipinos.

También los yankis están haciendo elecciones de gober-

(1) 10 de Diciembre de 1899.

nadores y Juntas provinciales en Visayas, al parecer con los votos de los pueblos; pero hemos estudiado bien las atribuciones de esos gobernadores y juntas, á ver si son autónomos, y resulta que son en verdad, no autónomos, sino *autómatas* juguetes de los gobernadores militares yanquis, pues todas sus atribuciones se reducen á las de los antiguos gobernadorcillos y cabezas de barangay, esto es, son los intermediarios entre el pueblo y el invasor para cobrar los impuestos, proveer á los enemigos de cuanto necesiten del pueblo, responder con sus vidas de que los vecinos les guarden fidelidad y obediencia etc.; y todas las atribuciones de verdadero gobernador, incluso los nombramientos, se las reserva el gobernador militar norte-americano, además de las extraordinarias, que le dan carácter de *petit* dictador.

¡Y qué sería de nosotros cuando cometamos la torpeza ó el crimen de entregarles nuestras armas!

Esto será peor que la dominación anterior, y si la aceptásemos, inmensa, eterna, sería nuestra responsabilidad por haber derramado tanta sangre para tan contraproducente resultado.

Tengamos fe en Dios y en nuestras propias fuerzas. Imposible es que la injusticia triunfe, porque entonces no habría Dios.

El Mensaje presidencial.

I.—Muy honorable Mr. Mac Kinley:

Decís vos que ningún oficial de los Estados Unidos ha prometido al Sr. Aguinaldo la independendia, y que el solo objeto de éste era expulsar á los españoles de Filipinas.

¿Y vos creís que esto es serio y digno de crédito? ¿Creeís que el Sr. Aguinaldo ha expuesto y está exponiendo todavía su preciosa vida sólo por cambiar de amo?

Como todo el mundo sabe, los españoles no solo estaban dispuestos á concedernos la autonomía cuando se patentizó su impotencia para dominarnos, sino que en realidad nos han concedido un ejército propio, reconociendo sus grados á los jefes insurrectos y entregándoles, no solo el mando de las milicias filipinas, sino que les armaron además.

Esto fué dos meses antes de llegar Aguinaldo á Cavite. Y si entonces los filipinos nos hubiésemos aliado con España, vuestras fuerzas de mar en Filipinas no hubieran intentado siquiera desembarcar en aquel Archipiélago, por ser imposible, y prueba de ello es que las instrucciones de Dewey se reducían á destruir la escuadra española para que no pudiera acudir á Cuba, y aquél no llevaba ninguna fuerza de desembarco.

Y ahora seríamos un pueblo autónomo con ejército pro-

pio, ó mejor dicho, independiente bajo el protectorado de España. Y en estas condiciones, si esta nación no hubiese cumplido con sus compromisos con nosotros, hubiera sido fácil hacerla entrar en razón, desangrada como estaría después de tres guerras importantes.

Y sin embargo. Aguinaldo y todos los jefes filipinos prefirieron vuestra alianza, porque Dewey y vuestros cónsules en Singapore y Hong-kong les habían prometido la independencia y creyeron sus palabras al decir que los Estados Unidos sólo deseaban libertar á los pueblos oprimidos, como que no tenía otro objeto, según vos mismo, la guerra ocasionada con motivo de Cuba, y les creyeron porque, en efecto, vuestra Constitución proclama el derecho de todos los pueblos á gobernarse por sí mismos y hasta entonces nunca había surgido el imperialismo en los Estados Unidos.

¿Vos creéis que ignorábamos el inmenso poder de vuestro pueblo y que al cambiar de amo, nos sería más difícil sacudir vuestro yugo, ó al menos por mucho más tiempo que lo que hubiéramos necesitado para deshacernos de los españoles?

Otra prueba de vuestras promesas es que tardásteis mucho en dar á conocer vuestras miras de anexión; permitisteis que nuestros buques llevasen bandera filipina y aun vuestros soldados rindieron honores á la misma.

Y ahora venís diciendo que solo Aguinaldo pensó en la independencia, cuando una vez triunfante y dueño de todo el Archipiélago por inesperadas victorias, *de todas partes* le metieron en la cabeza dicha idea.

¿«*De todas partes*»?

Sí, señor; y esto debe inspiraros un poco de cuidado. Nuestro hábil plenipotenciario, Sr. Agoncillo, ha conseguido inspirar respeto por su reserva, por su prudencia y por la extremada corrección de su conducta diplomática, y, por consiguiente, excusamos advertir que él no nos inspira ni mucho menos nos encarga revelar secretos de Estado.

Pero á fuer de periodistas que en nuestra buena voluntad de informar de todo á nuestros apreciables lectores, nada podemos ocultarles, os diremos, respetable Presidente, que nos parece que decís la verdad al asegurar que todas las grandes potencias de Europa y aun de América y Asia, nos animan á sostener la lucha, *metiéndonos en la cabeza* la convicción de que por nuestras *propias* fuerzas conseguiremos obligaros á modificar vuestra política armonizándola con el espíritu de vuestra inmortal Constitución y los nobles sentimientos de la parte imparcial del pueblo norteamericano, si se prolonga un poco la lucha.

Ahí van cabos sueltos, que ataréis como queráis.

Rusia en Port Arthur, Japón en Formosa, Inglaterra en Borneo y Hong Kong, Alemania en las Carolinas y Palaos, España con los restos de su comercio y de sus propiedades en Filipinas, Holanda en Java, Francia en el Tonkin, Italia acechando poner el pie en algún puerto de China, Portugal en Macao, etc ..

¿Vos creis que hay alguna de estas potencias que pueda simpatizar con vuestra soberanía en nuestro Archipiélago? Al paso que siendo independiente Filipinas, sería un mercado para los productos de aquellas naciones, una especie de prolongación de sus posesiones, y en todo caso, un país vecino pacífico

De aquí que la prensa alemana siempre está al lado de los filipinos y su apoyo dejará de ser platónico, cuando llegue la ocasión.

De donde los cónsules alemanes de Manila y Hon Kong, han publicado comunicados diciendo que no contrarían los planes de los filipinos y que desean conservar su amistad.

Por eso también el cónsul francés de Manila en todas sus comunicaciones á su gobierno, es favorable á los filipinos, y lo mismo los corresponsales de periódicos tan importantes como *Le Figaro*, *Le Temps*, *Le Matin*, *La Patrie*, *L'Intransigeant*, etc.

Y del Japón no decimos nada, pues los mismos yankees dicen que de aquel país hermano, proceden las armas de los filipinos.

En España se presentan á los filipinos para ir a pelear á su lado, no sólo muchos jefes y oficiales, sino hasta generales de prestigio. Y lo mismo ocurre en París y Alemania.

¿Y de Inglaterra, que consideran como aliada los Estados Unidos? Pero basta de indiscreciones.

Cuando el duque de Tetuán, que es veraz y una autoridad indiscutible, vino de la Conferencia internacional del Haya, dijo á los periodistas de Madrid, que todas las potencias simpatizaban con la independencia de Filipinas y que los diplomáticos consideraban impotentes á los imperialistas para oponerse á ella.

Sí, Mr. Mc Kinley, bueno es que sepais que de todas partes nos meten en la cabeza nuestra independencia. (10 Enero 1900.)

II.—En el número 6 de *Filipinas ante Europa*, ya hemos contestado debidamente lo poco que de dicho Mensaje nos trajera el telégrafo; pero ahora que lo conocemos íntegro, vamos á dedicar dos palabras más para refutarlo, insertando los epígrafes de sus distintas partes.

Adquisición de las Islas Filipinas.—Dice Mr. Mac-Kinley

que nos compró por veinte millones á España. Muchas gracias. ¿Y para eso, señor Presidente, llevó usted á Aguinaldo á Filipinas, para después de armarle y de hacerle perder muchas vidas de filipinos en la guerra contra España, comprarles como un rebaño de cerdos al enemigo, que ambos habíais combatido? ¿Es aceptable y decorosa una amistad como ésta vuestra? ¿Puede inspirar todavía confianza persona que de esta manera se conduce con sus aliados?

Esfuerzos para evitar el conflicto.—Claro está que los hizo, mandando apresar sin motivo ni explicación alguna, la escuadrilla de Aguinaldo y provocando á diario á los filipinos. Léase la reseña verídica del ilustre Presidente de la República filipina que estamos publicando.

Trabajos de la Comisión Schurman filipina.—Ignoramos por qué ha puesto este epígrafe, porque se limita á decir que esta Comisión se encontró con el rompimiento de las hostilidades, «ataque evidentemente premeditado, según él, el cual dió por resultado la TERRIBLE DESTRUCCIÓN Y SANGUINARIA LUCHA, en que se rechazó á los revolucionarios.»

Con esto, el señor emperador de los chanchulleros confiesa paladinamente la bárbara hecatombe que hicieron sus esbirros en Pako Pandakan y otros arrabales de Manila, donde fusilaron á centenares, sin perdonar mujeres, niños, ancianos ni enfermos.

El principio de la rebelión en las islas.—Ya hemos dicho que Mr. Mac-Kinley no es muy escrupuloso y así no ha tenido reparo alguno en insertar en su mensaje la *paparrucha* de que el gobierno revolucionario publicó una orden de reunión en la calle de San Pedro (Kiapo), para el 14 de Febrero de 1899 «con el fin de *exterminar sin compasión alguna* á todo el que no fuese filipino, fueran de la raza que fuesen.»

Esto es plagio de los criminales embustes del fraile Mariano Gil.

Para desmentir este estupendo *canard* presidencial, ahí están los muchos prisioneros yankees, que fueron espontáneamente puestos en libertad por Aguinaldo, mientras que Otis ponía á precio la cabeza del general filipino.

Los progresos de la campaña en Filipinas.—Naturalmente consideraba Mc-Kinley ya casi terminada la campaña; pero esto no impidió que pocos días después los filipinos derrotaran y mataran al mismo general yankee en jefe Mr. Lawton, á las puertas de la propia capital del Archipiélago.

Gobierno de la isla de Negros.—Dice el señor emperador que «es digno de *especial atención*, porque habiendo sus naturales adoptado una constitución encaminada al estableci-

miento de un gobierno popular, ha resultado *contraproducente á ellos mismos* y en su consecuencia se puso en vigor otro nuevo sistema por orden del comandante norteamericano.»

Ya ven los *ameri... kánins* de la isla de Negros qué mal, su amigo el emperador, les ha pagado su servilismo, considerándoles nada menos que ineptos. Pero gracias á Dios que se han desengañado á tiempo y se sublevaron contra las tomaduras de pelo de los imperialistas. Léanse las cartas que publicamos en este mismo número (el 11 de *Filipinas ante Europa*.)

Debajo (¡qué gráfica es la preposición!) del gobernador militar americano, habría un gobernador civil con un consejo de gobierno elegido por el pueblo; pero el gobernador militar tendría autoridad para mandar á dicho consejo de gobierno, como *petit empereur*; ejercerá el supremo poder ejecutivo (¿y entonces para qué sirven el gobernador civil y compañía, sino de *bugao* (terceros) salva la vulgaridad de la palabra? Vendrían á ser lo que ahora ya lo son los jueces de paz de Manila, según la carta publicada en nuestro número anterior; esto es, editores responsables de todas las arbitrariedades de cualquier imperialista oculto. Y luego dirán que somos ineptos.) Y nombrará los empleados hasta los jueces, indudablemente para que todos los filipinos se vean obligados á adular á los americanos, y se presten á encubrir y ayudarles en todos sus atropellos y arbitrariedades. En esto precisamente estaba el secreto de la incomprensible y absurda omnipotencia de los párrocos frailes y la consiguiente y vergonzosa esclavitud nuestra entonces.

Tendrán los yankees la fuerza armada, tendrán el poder ejecutivo, legislativo y judicial; las aduanas, las comunicaciones, y amén de todo esto, los nombramientos, sin decir siquiera si estos se proveerán exclusivamente entre los filipinos; y ¿qué nos quedará entonces á los naturales del país?

Si esto no es esclavitud, venga Dios y véalo.

III. — *Tratado con Joló.* — A cambio del reconocimiento de la soberanía norteamericana, dice mister MacKinley:

«Todo el comercio de productos del archipiélago de Joló conducido á otras partes de las Filipinas bajo la bandera americana, será libre, ilimitado y sin derechos. Los Estados Unidos no venderán el archipiélago de Joló ni isla alguna del mismo á ninguna nación extranjera sin el consentimiento del Sultán. El sueldo para el Sultán y sus auxiliares en la administración de la isla ha sido en la cantidad de pfs. 760 al mes». Y Mr. Mac Kinley que tiene

La pretensión de civilizarnos, ha reconocido implícitamente ¡hasta la esclavitud en aquella isla!

Quiere decir que los americanos que conocen la tenacidad fanática de los filipinos mahometanos, han reconocido en el Sultán de Joló personalidad capaz para pactar con los Estados Unidos; pero no á los filipinos de Luzón y Visayas, á quienes exige una rendición *incondicional* (!!!) sin embargo de que éstos valen infinitamente más que los joloanos, sin duda porque él nos mide según nuestra mayor ó menor tenacidad en la guerra.

Es el colmo de la injusticia poner á los civilizados filipinos de Visayas y Luzón, por debajo del Sultán joloano.

Ya ven los americanistas que con sus impaciencias é injustificadas cobardías, si no egoísmos, han perjudicado mucho el país y hasta se han perjudicado á sí mismos, porque si bien ahora disfrutan de buenos sueldos, cuando termine la guerra, es posible que sus amos coloquen en su lugar á empleados yankis. ¿Y quién les impedirá á favorecer así á los suyos si no existe ningún tratado que evite semejantes injusticias? Por eso, no deben olvidar jamás que con la tenacidad é intransigencia de los que sostenemos la política de la guerra á toda costa, más bien hacemos el juego de ellos que otra cosa, por lo cual deberían favorecer, siquiera disimuladamente, á los nacionalistas, en vez de injuriarles, provocando una división de que nadie se aprovechará más que nuestro común enemigo.

¡Oh! ¡si nos uniéramos nacionalistas y americanistas! Entonces no tendría ningún pretexto Mr. Mc-Kinley para arrebatarnos nuestra independencia.

Retendrán las islas Filipinas.—Porque según Mr. Mc-Kinley, nos entregaríamos á la anarquía. Pero esto es absolutamente falso, pues antes de romperse las hostilidades contra los norte-americanos, reinaba perfecto orden en el Archipiélago. Mientras con la guerra provocada por los imperialistas, los bandidos y rateros, como ocurre en todos los pueblos del mundo, aprovechan la ocasión para cometer sus desmanes, y ni los yankees ni Aguinaldo pueden dedicarse á perseguir á aquellos.

Haga una prueba Mr. Mc Kinley, si es que hay sinceridad en sus palabras, reconociendo á quien han elegido por jefe los filipinos, y si éste no puede restablecer el orden en el Archipiélago, entonces tendrá derecho á gobernarlos.

Pero Mr. Mc-Kinley no quiere la independencia bajo su protectorado, porque dice:

«Esto no complacería á la mayoría pacífica y leal del pueblo que desea más el someterse á nuestra autoridad que estar bajo el poder de los filipinos en armas. Esto nos

haría responsables de los actos de los jefes filipinos, sobre los cuales no podríamos ejercer nuestro poder. Se nos acusaría de protegerlos no sólo en sus injusticias contra los suyos, sino contra el ataque de una nación extranjera. En resumen, sería tomar del Congreso de los Estados Unidos el poder de declarar la paz y la guerra invistiendo con tan tremenda prerrogativa al jefe tagalog que ahora les manda».

Mirad, Mr. Mc-Kinley, que aunque estamos muy indignados contra los americanistas, no podemos hacerles la injusticia de suponerles tan ambiciosos que hayan llegado á concebir la idea de disputar la jefatura á Aguinaldo. Es más, sabemos que no podrá llegar ese caso, porque aunque han sido poco consecuentes con nosotros, como no pueden dejar de ser nuestros hermanos, olvidaremos fácilmente sus faltas, como Aguinaldo las olvidó en 1898 colocando en los primeros puestos á los que en calidad de voluntarios habían luchado contra él al lado de los españoles.

Bien saben los jefes de los americanistas que á pesar del encono con que al parecer les atacamos en el periódico, en cartas particulares no nos cansamos de recomendar á nuestros amigos en el campo, que procuren no derramar ni una gota de sangre de esos filipinos que se fingen americanistas, no por maldad, sino porque necesitan el oro yankee para sostener á sus pobres familias en esta época de espantosa miseria general.

¿No lo creéis aún? Pues entonces formad un plebiscito, y si una inmensa mayoría no confirma lo que decimos, nos someteremos gustosos, bajo nuestra sagrada palabra de honor, á vuestra soberanía.

Y existiendo vuestro protectorado sobre Filipinas, ninguna otra nación se atreverá con nosotros, ni nuestro jefe podrá declarar guerra alguna sin el permiso de los Estados Unidos.

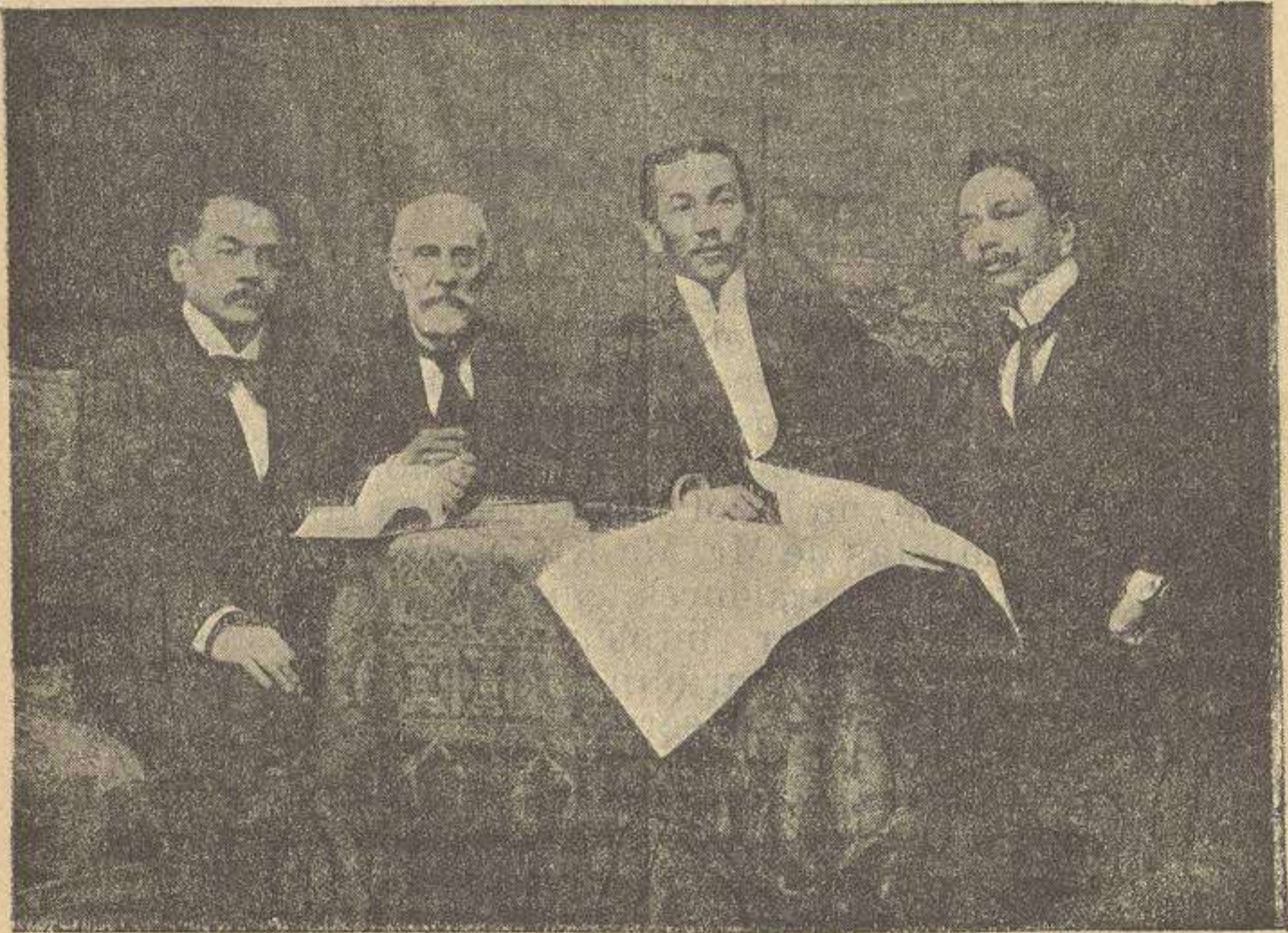
Tenemos en nuestro poder pruebas fehacientes que ponemos á disposición del Sr. Embajador norteamericano en Madrid, de que nuestros queridos amigos particulares señores Arellano, Pardo de Tavera, Xerez y otros supuestos americanistas preferirían la independencia de Filipinas, y que el único objeto de los «muy contados americanistas» es reconciliar á Filipinas con Norte-América. Y nadie sin cometer una verdadera injusticia, puede pensar de ellos otra cosa, porque son honrados, y hasta se creen ofendidos con el dictado de *americanistas* y titulan su pequeño partido «autonomista-demócrata».

El Gobierno de los Estados Unidos.—«No creo oportuno el declarar al presente una forma específica determinada

para esas islas. Cuando la paz se restablezca, el Congreso asumirá el deber de establecer y determinar una forma de gobierno que asegure la paz, el orden y la libertad en las Filipinas. La insurrección existe todavía y para cuando se termine, serán necesarios ulteriores informes sobre el estado de los asuntos antes de inaugurar una forma permanente de gobierno civil».

Así dice Mr. Mc-Kinley.

La Delegación filipina en París.



DR. A. VERGEL
Vocal del Comité de
París.

D. RAMÓN ABARCA
Presidenta de
dicho Comité.

SR. AGONCILLO
Plenipotenciario
del
Gobierno filipino.

D. J. LUNA
de la 2.^a Comisión
filipina enviada á
los Estados Unidos.

Esto es, que cuando estemos ya desarmados, nos darán lo que arbitrariamente quieran. Repetimos que nos tratan peor que al Sultán de Joló, porque nos creen más cobardes que aquel. ¿Y lo consentiréis, valientes soldados filipinos, que estáis siendo la admiración de todo el universo por vuestras inesperadas proezas?

Por lo visto, no piensan daros más que un gobierno civil; decimos mal, á vosotros, nada, porque vosotros no sabéis más que manejar las armas; los destinos concedidos á los filipinos serán para los americanistas sobre cu-

yas inconsecuencias se apoya ahora Mr. Mc-Kinley para esclavizar á los filipinos.

¡Peor aún! Por inconvenientes ó peligrosos, con cualquier pretexto seréis desterrados á Honolulu ó encerrados de por vida en la fuerza de Santiago como los militares filipinos que han tenido la desgracia de rendirse á ellos confiados en sus falsas promesas.

¡Nada! No cabe otra solución que la independencia de Filipinas con razonables concesiones á los Estados Unidos, que al fin y al cabo, serán de más positiva utilidad que una soberanía prendida con alfileres.

I.—Contestación al informe de la Comisión civil americana.—El Sr. Aguinaldo, en su Reseña verídica sobre la Revolución filipina, se lamenta de que el general Otis haya roto las hostilidades antes de haber llegado la Comisión presidida por Mr. Schurman, para que ésta hubiese podido apreciar en tiempo de paz el estado verdadero de Filipinas y la unánime aspiración á la independencia que dominaba y domina en ellas. Hasta supone que Mr. Mac-Kinley mandó precipitar el rompimiento, para que dicha Comisión se viese imposibilitada de conocer la verdad.

Así es que, encerrada dicha Comisión dentro de los muros de Manila, no ha oído más que los falsos informes de los imperialistas de Mr. Mc-Kinley y las serviles lisonjas de los aturdidos traidores, que, justamente perseguidos por el furor popular, hubieron de buscar su sustento en el bolsillo de Mr. Schurman y refugio en las bayonetas del general Otis, para no ser *lynchados*, como se lo merecían.

«Un terror indescriptible—dice la Comisión—habíase apoderado de los filipinos que habían favorecido á los americanos, temerosos de ser asesinados, siendo MUY CONTADOS los que habían tenido el valor de declararse abiertamente nuestros partidarios.»

Pero señores, en todas partes se castiga con la última pena la traición á la patria, excepto en las contadas naciones donde está abolida la pena de muerte, y en Filipinas así estaba y está establecido por el Código penal español, mandado guardar provisionalmente por la Constitución de Malolos.

Sin embargo, esos *muy contados* malos filipinos, deben dar las gracias por que tanto á Aguinaldo, como á todos los que le seguimos, nos repugna derramar la sangre de nuestros hermanos, por malvados que sean; pero ya nuestra demasiada benevolencia con ellos, les va permitiendo mostrarse con una impudencia que antes no tenían, y tememos mucho que, de seguir ellos en su mal camino, tengamos después que pedir medidas enérgicas contra ellos,

por aquello del Evangelio de que la mala hierba ahoga á la buena, si no se la arranca de raiz.

Vamos á ser concisos por falta de espacio.

La Comisión dice que nunca hemos intentado conseguir la independendencia durante la dominación española.

Eso no es ninguna razón para negarnos nuestra independendencia. Y aunque fuese verdad lo que dice, no sería por falta de deseo, sinó porque carecíamos en absoluto de elementos para ello y estábamos embrutecidos por los frailes; pero ahora que ya hemos abierto los ojos y conocido nuestro poder, no cabe pretexto ninguno para esclavizarnos.

Hablando del Pacto de Biyak-na-Bató, dice la Comisión que Primo Rivera jamás cumplió sus promesas de concedernos representación en Cortes y la expulsión de los frailes; que los abusos empezaron de nuevo y que sólo en Manila fueron ejecutados 200 filipinos. Eso es cierto.

Dicen que no nos prometieron la independendencia, y nosotros preguntamos:—¿Y entonces por qué Aguinaldo y los suyos expusieron sus vidas en sublevarse y en ayudar á los americanos?

La Comisión nada dice sobre este particular.

¿Y por qué no protestó Dewey cuando Aguinaldo publicó una proclama ofreciendo al pueblo filipino la independendencia nacional en nombre de los Estados Unidos, como dice la misma Comisión?

«Jamás hubo movimiento combinado entre americanos y filipinos contra los españoles, ni tampoco existió cooperación de ninguna clase», según el informe. Qué lo digan los españoles, los cuales han visto y relatado como los yankees corrían á retaguardia de los filipinos para resguardarse de los tiros de aquellos. También los filipinos rescataron los cañones y fusiles que el general Anderson había perdido en Maytubig.

«Fuimos atacados por un ejército valiente, aventurero y entusiasta. No nos quedaba otra alternativa, á no ser una retirada ignominiosa».

Es inexacto, inexactísimo que fuéramos atacado á los norteamericanos. Nosotros bastante conocíamos el inmenso poder de los Estados Unidos, siquiera por la rápida destrucción de la escuadra española en la bahía de Manila. Sólo la idea de tener que luchar con este coloso nos horrorizaba, por lo cual, antes del rompimiento de las hostilidades, los comisionados filipinos han llegado á un extremo inverosímil en sus concesiones; y rotas ya, todavía Aguinaldo pidió varias veces á Otis un armisticio para arreglar amistosamente el conflicto; pero esto se le denegó jactanciosamente.

No había más remedio que luchar ó pasar por una humillación vergonzosa, que hubiera sido el primer eslabón de las cadenas de nuestra patria, como lo sería, sin duda, la rendición incondicional y la entrega de armas.

«Estaba empeñado el honor militar de los Estados Unidos».

¿Pero no decís que habeis derrotado en toda la línea á Aguinaldo? ¿No deciais que el día de vuestro triunfo sería la víspera de la felicidad de Filipinas? ¿Puede ser feliz un pueblo ó un individuo que gime bajo la esclavitud?

Para justificar la ocupación de Filipinas, dice la Comisión: «La situación de la ciudad de Madila era mala, cuando arribamos allí. A diario ocurrían incendios. Las calles estaban casi desiertas. La mitad de la población de naturales HABÍA HUÍDO y la mayoría del resto se hallaba encerrada en sus casas».

¿Y á dónde había huido? Al campo filipino, donde había seguridad que no existía en la ciudad ocupada por la soldadesca imperialista, la cual cometía y sigue aún cometiendo toda clase de salvajes atropellos, como se puede probar con los mismos relatos publicados por la prensa norteamericana.

Los imperialistas son los autores de esos incendios, porque no es creíble que nosotros quememos nuestras propias casas, sin que nadie nos indemnice de nuestras pérdidas; los imperialistas prohibían y prohíben circular de noche por las calles y fusilaban á los que no les entendían; forzaban las puertas de las casas, y subían para robar y para violar á las mujeres; y con ocasión de los incendios cazaban como á fieras á vecinos pacíficos que huían por miedo á los tiros; saqueaban las casas abandonadas y las autoridades se repartían gozosas el producto de la venta de los bienes confiscados.

II.—Un plebiscito haría airosa la retirada de Filipinas del partido imperialista. A estas fechas debe de estar la Comisión norteamericana convencida de su error al asegurar que la rebelión se limita á seis provincias tagalas, pues tanto en la Pampanga, Tarlac, Pangasinan, las provincias ilocanas, bicolanas y visayas, como en las demás, los filipinos están sosteniendo diarios combates contra los imperialistas. ¡Nada menos que en treinta provincias! Es decir, en todas partes donde haya imperialistas que combatir.

Es completamente falso que la revolución sea obra solo de unos cuantos oficiales filipinos, que se enriquecen con la anarquía, la cual nunca existió en nuestro campo.

El ladrón piensa que todos son de su condición. Los militares imperialistas son los que se enriquecen con los sa-

queos de indefensos pueblos filipinos, y hasta la americana *Democracia* en su último número, 21 Diciembre 1899, se queja de que las autoridades americanas de Manila impongan exorbitantes multas, que se supone no van al Tesoro, porque las cobran en metálico, y no en papel sellado como se estilaba durante la dominación anterior. El gobierno español y los filipinos de Manila tienen presentadas al gobierno de los Estados Unidos muchas reclamaciones por indebidas confiscaciones, escandalosos saqueos y exacciones ilegales, cometidos no solo por la soldadesca, sino también por las autoridades americanas.

Ahora bien, si es verdad que no es nacional la rebelión, ¿por qué no proponen un plebiscito para oír la voluntad de todo el Archipiélago? Nosotros lo aceptaríamos y nos someteríamos incondicionalmente á lo que resolviera ese plebiscito.

Este excusaría y haría airosa la retirada de Filipinas ó la modificación de la política de los imperialistas, si es que no prefieren adelantarse noblemente á reconocer la independencia que pide el pueblo filipino.

¿Es serio, ó verosímil siquiera, el afirmar que un pueblo desea ser gobernado por otro extraño?

¡Qué sarcasmo! La Comisión afirma con un descaro que subleva el ánimo más sereno, que los pueblos filipinos recibieron con general satisfacción la llegada de esas heces de los puertos americanos, que son unos verdaderos bandidos, y que sin embargo, ahora nos presentan como salvadores. Los de Cavite decían que los yankis al saquear los pueblos de que se apoderaban, parecían «tulisanes (bandidos) de San Mateo», según carta que publicamos en 1899.

«Los pueblos de Bakoor é Imus, dice la Comisión, han sido escogidos para practicar las experiencias de gobiernos municipales, dándoles libertades como nunca las habían anteriormente alcanzado, lo cual produjo satisfacción general, manifestándose en todas partes el entusiasmo más vehemente ante los comisionados y traduciéndose en vítores á la nación norteamericana.»

En efecto, el nombrado por los americanos Presidente local de Imus, D. Juan Castañeda, pocos días después se sublevó con todo el pueblo pasando á cuchillo á toda la guarnición norteamericana, como se puede comprobar con la misma prensa yankee.

Pero la propia Comisión, sin saberlo, da muestra de como son esas libertades, al decir: «En muchas de las elecciones, los votantes han preguntado por quién habían de votar.»

¡Naturalmente! porque los soldados americanos ame-

nazaban y maltrataban á los que no votasen á los candidatos de ellos.

Cuando la Comisión civil dejó á Manila, ésta se convirtió casi casi como en un Paraíso ó un nuevo Jauja, con un orden envidiable, al decir de la misma.

Pero leamos esto que dice un imparcial periódico español, *El Correo del Oriente*, del 27 de Diciembre de 1899:

«El orden de la capital del Archipiélago es el de las cárceles, donde el hombre no es hombre, sino objeto de una mutilación civil y de una humana depresión, donde se convierte en prenda expiatoria, donde el grillete ó la cadena sujeta sus miembros y le impide el libre juego de ellos. Allí hay orden material; todo es uniforme y cronométrico. No se oye una voz que discrepe ó sobresalga, se come á una hora, se duerme á otra. Preside un inmutable mandato, y nivela las acciones de aquella desgraciada gleba una vara que, si se cimbreá, es para herir más viva y fuertemente.»

Los mismos periódicos americanos de Manila, protestan de escandalosas borracheras, de la desvergonzada prostitución extranjera, de frequentísimos atracos, violaciones de domicilio y de pobres mujeres.

El mismo furibundo imperialista, *The Manila Times*, dice: «Cuando pedimos la opinión del Obispo Potter sobre nuestro artículo *Propagating Prostitution*, y sobre las borracheras de los soldados norteamericanos en Manila, manifestó gran preocupación por el mal ejemplo dado por el gran número de soldados y paisanos (yankis) que hay entregados á los licores espirituosos. Cree que hay en Manila demasiados *bars* (tabernas), y que aunque él no estaba en el caso de intervenir en el asunto, confiaba que esto sería objeto de especial atención por parte de los llamados á hacerlo para edificación de los indígenas y de la sociedad en general.»

La propia *Democracia* que, según se ha dicho estuvo subvencionada por Mr. Schurman, se queja en su número del 20 de Diciembre 1899, de que «el Preboste haya puesto á la prensa de Manila en una situación intolerable.» Y pregunta: «¿De qué forma será la mordaza que gastemos en la prensa, para que sepamos á que atenernos y no nos gobernemos por la discreción de una autoridad militar á la que no discutimos, ni censuramos, pero cuyo criterio desconocemos? Pedimos la restauración de la previa censura para la prensa, tan estricta ó más que la del antiguo régimen, únicamente para que sepamos cómo debemos conducirnos, hasta qué punto se puede hablar del Arzobispo, fraile ó jesuita, ó si siguen dioses intangibles, sostenes del altar y del trono, y que sepamos de qué altar y de qué

trono, porque ya no hay tronos y *el número de altares ha aumentado considerablemen e. Ya no pedimos libertades*, pero reclamamos enérgicamente porque se nos diga cuáles son nuestros derechos, cuáles nuestros deberes, dónde acaba el terreno, por restringido que sea, en donde se nos autoriza á movernos.»

¡Valiente libertad la que nos ofrecen!

Burla sangrienta: ¡ya no nos dan ni la autonomía ofrecida! — El telégrafo nos trae (10 Febrero 1900) detalles de una farsa de gobierno autonómico, que la Comisión norteamericana propone al Congreso de los Estados Unidos para Filipinas. Y lo sentimos mucho, porque el pueblo filipino en su acaso excesiva confianza en la nobleza de las Cámaras norteamericanas, creyó en la posibilidad de que éstas, á pesar de que su mayoría es hechura de Mr. McKinley, restablecieran el verdadero espíritu humanitario del Código fundamental de aquella gran República, declarando la independencia de nuestro Archipiélago, previas justas concesiones á Norte-América por su protección á nuestra naciente República.

Un importante personaje en el campo filipino, nos escribe últimamente: «Por la estación de secas, que facilita grandemente los movimientos del enemigo, y *muy especialmente*, porque las Cámaras norteamericanas van á decidir de su futura política en nuestro país, hemos acordado dejar el paso libre á los imperialistas para diseminarse por provincias que no habían podido ocupar hasta ahora, á ver si con estos supuestos triunfos de ellos, declaran satisfecho el honor militar norteamericano y nos conceden nuestra independencia, que, según tenemos entendido, va ganando terreno en aquel noble pueblo, en cuya brillante historia liberal todavía confiamos mucho. Pero si las Cámaras norteamericanas nos dan un triste desengaño, entonces verá el mundo entero *cómo se bate el cobre en Filipinas.*»

Se propone un gobernador americano con un Consejo compuesto de filipinos y norteamericanos, y una asamblea compuesta de miembros nombrados y de otros elegidos. Las resoluciones de esta asamblea se sujetarán al veto calificativo del gobernador y al veto absoluto del Congreso americano. Además, serán americanos los gobernadores de provincias, y los filipinos sólo desempeñarán papeles muy secundarios. En plazo largo é *indefinido*, ó como vulgarmente se dice, en el año de *nunca*, pues la Comisión dice que somos incapaces por ahora, prometen transferir gradualmente á los filipinos el *self government* ó sea la autonomía.

De modo que en resumidas cuentas, ni la autonomía prometida nos conceden ya.

¿Y qué filipino honrado puede aceptar esa burla sangrienta, á no ser los necesitados *am ri... kains*, que como no han hecho sacrificio alguno por nuestro pueblo, se contentan con cualquier mendrugo que les echen sus amos?



Dr. D. Isidoro de Santos.

Representante del Gobierno filipino
en Hong-Kong.

contentos con su *fazaña*, pues en todo, la Comisión se funda en su falsa adhesión, para decir que al fin será aceptado y hasta *agradecido* como una bendición del Cielo, el dominio de los negociantes imperialistas.

Telegrafían de Washington que Mc-Kinley nombrará una Comisión civil compuesta de cinco americanos encargada de establecer un gobierno civil en Luzón y Visayas, el cual obrará de acuerdo con las autoridades militares hasta que sea dominada la insurrección. Y una vez sometida ésta, la Comisión civil asumirá la gobernación del Archipiélago hasta que el Congreso americano establezca un Gobierno permanente en dichas islas.

Pero esos hijos espúreos de Filipinas no tienen ninguna influencia en el país y como dice la misma Comisión, están temblando por su vida aun en Manila, bajo la salvaguardia de su señor Otis, quien empieza ya á darles coces por haber conocido su juego nada limpio.

¿Qué confianza pueden inspirar unas personas que han traicionado á su misma patria?

Si vamos á examinar el linaje de esos «muy contados» *ameri... kains*, no son verdaderos filipinos. Así se comprende su ningún amor á Filipinas.

Esos caballeros deben de estar

Quiere decir que el Congreso americano no crée en la posibilidad de dominar á la insurrección filipina y espera conocer los efectos de ese proyectado Gobierno civil.

Si lo aceptan los filipinos, es muy natural que entonces se soidarán ó cerrarán en definitiva sus cadenas. Un esclavo se merece siempre las suyas.

Pero si los filipinos lo rechazan virilmente, entonces Mr. Mc Kinley tendrá que modificar su política ó dimitir dignamente, para que Mr. Bryan venga á restablecer la concordia entre dos pueblos que deben amarse sin más bases que los mismos principios cristianos sobre los que descansa la inmortal Constitución norteamericana.

Conque, filipinos. ¡arriba los corazones! Demostremos con nuestra energía que no tenemos en nuestras venas ninguna dosis de sangre esclava. Ya hemos hecho bastantes sacrificios para que aceptemos sin protesta las bur-las de los imperialistas.

¿Mac-Kinley, embustero y criminal?—¿El honorable *emperador* de los *truts*, ha perdido ya todo su pudor, y no le queda ni pizca de seriedad, en vista de su gran fracaso. ¿que le inutilizará en toda su vida? Verdaderamente ha metido en un atolladero sin salida á la República que tiene la inmensa desgracia de ser regida por un estadista tan ambicioso y sin conciencia como él; la ha impuesto, y sigue imponiéndola incalculables sacrificios en vidas y dollars, para esclavizar á un pueblo, que según la misma Constitución norteamericana, debe vivir libre; y ahora que se ve imposibilitado de realizar sus torpes y desgraciados planes, no escogita los medios, por reprobados que sean, para ver de salir del paso.

El telégrafo anuncia que ahora se le ha ocurrido la peregrina idea de declarar por terminada la guerra en Filipinas, sin considerar que en aquel Archipiélago hay muchos corresponsales extranjeros, norteamericanos inclusive, que le pueden desmentir sus descarados embustes.

Y acto seguido, proclamará una amnistía general, (muchas gracias, Sr Perdonavidas), y los que no se acojan á ella, serán fusilados como bandidos.

Pero, Mr. Mac Kinley. ¿de dónde acá que es un bandido el que lucha por la independendencia de su patria?

Sin embargo, esa maniobra imperialista no pasará de la categoría de esas amenazas con que se infunde miedo á los niños que no quieren dormir, porque no creemos tan infame y tan criminal al señor *emperador*, por más esfuerzos que haga para parecerlo.

¡Alerta, revolucionarios!—*Gravísimos inconvenientes y peligros que encierra la ley municipal decretada por los americanos*

para Filipinas.—Sólo á la ligera hemos leído dicha ley y ya han saltado á nuestra vista los gravísimos inconvenientes y peligros que se ocultan bajo un barniz de falsa libertad y descentralización. Y cuidado, filipinos! porque la reforma municipal ha de ser la base de toda la política norteamericana en nuestro Archipiélago, según ha declarado Mr. Mac-Kinley en su Mensaje á las Cámaras de los Estados Unidos.

Veamos los defectos de más bulto, dejando ya los otros que hemos encontrado en la comparación que hemos hecho de esa ley municipal con las de los mismos Estados Unidos y otros países de Europa:

Los electores tendrán lo menos veintitrés años de edad y deberán estar comprendidos en alguna de las siguientes clases: 1.º los que con anterioridad al 13 de Agosto de 1898, hayan ejercido cargos de capitán municipal, gobernadorcillo, teniente ó cabeza de barangay; 2.º, los que paguen 30 pesos ó más al año de contribución establecida; 3.º, los que hablen, lean y escriban el inglés ó castellano, aunque no paguen la cantidad arriba fijada de contribución.

Luego, es muy restringido el número de los votantes y, por consiguiente, es una burla sangrienta lo que se dice en el preámbulo que: «Por primera vez ha de ejercer el pueblo filipino, para elegir el personal de sus municipios, el derecho de sufragio (!) apenas (!!) restringido (!!!) por ciertas condiciones de capacidad». Puesto que esas restricciones no existen en América, ¿por qué se introducen en Filipinas? Porque, según las Cámaras norteamericanas, los filipinos *no son norteamericanos*, si no *habitantes de territorio comprado* por los americanos. ¿Podéis oír esto sin irritaros, aun vosotros los americanistas?

Y ¿para qué esas restricciones? Para asegurar la preponderancia de los ameri... *kanins* sobre los revolucionarios, porque de éstos, pocos son los que pagan treinta pesos de contribución ó hablan inglés ó castellano, y cuando con el tiempo, desaparezcan los que han ejercido cargos concejiles con anterioridad al 13 de Agosto de 1898, casi todos los electores serán esos empleomanos ameri... *kanins*. Ah! También los electores prestarán juramento de aceptar la soberanía americana!

Por el artículo 12 se prescribe que: «*En caso de ocurrir vacante en el de alcalde, el gobernador de la provincia nombrará sucesor.* Las vacantes de los tenientes de alcalde y concejales las proveerá el Consejo municipal de entre los residentes del pueblo que reúnan las condiciones prescriptas.»

¿Y porqué el gobernador americano nombrará sucesor al alcalde, y no el Consejo municipal? Para hacer ilusoria

la elección por sufragio, siempre que les venga en gana. Ya estamos viendo como con cualquier pretexto los yankees suelen deponer á los actuales presidentes locales (alcaldes), elegidos por los pueblos.

También por el artículo 53, el gobernador civii yankee podrá separar ó suspender, individual ó colectivamente, por causa justa, á los funcionarios municipales, nombrando los que hayan de sustituirlos interinamente ó hasta la siguiente elección especial para llenar la vacante ó vacantes causadas por la suspensión ó separación.

Art. 13. Para ejercer el cargo de alcalde, teniente de alcalde ó concejal, será menester reunir las siguientes condiciones: 1.^a ser elector debidamente acreditado del municipio porque se presenta candidato, tener veintiseis años ó más de edad y contar por lo menos con un año de residencia legal en el mismo al tiempo de la elección: 2.^a, hablar, leer y escribir *correctamente* el inglés ó dialecto local.

Eso de *correctamente* ni aun en Europa y América, es posible en la mayoría de los pueblos.

Y ¿por qué para ser alcalde basta poseer el dialecto local, y para ser simples electores, eso no es suficiente?

Art. 15. Toda persona elegida ó nombrada para desempeñar un cargo municipal, antes de tomar posesión del mismo, deberá firmar y prestar ante el alcalde ó secretario municipal, el siguiente juramento:

«Yo, . . . , habiendo sido . . . del municipio de . . . , en la provincia de . . . juro solemnemente que reuno las condiciones legales necesarias para el desempeño de dicho cargo, y que reconozco y acepto la soberanía de los Estados Unidos de América; que guardaré fidelidad á esta nación y obedeceré las leyes vigentes en las Islas Filipinas, así como las órdenes y decretos legales que emanen del gobierno en ellas debidamente constituido; que me impongo esta obligación voluntaria sin reserva mental ni intención de evadirla. Así Dios me ayude.»

Para ejecutar semejante acto de traición á la propia patria, sería una blasfemia repugnante invocar el nombre de Dios, de Aquél que en Judith, Moisés y en todo su pueblo escogido, tantos ejemplos de admirable patriotismo nos dió.

Estos juramentos vienen á ser obligatorios, porque lo son los cargos concejiles, según prescribe el párrafo 3.^o del art. 27.

Y eso de *sin reserva mental*, indica que los yankis, que alardean de liberales, se meten á legislar hasta en el fuero interno de cada uno, que siempre han respetado los legisladores de todos los pueblos cultos.

Pero vosotros, señores imperialistas, ¿queréis situar en

los 1.300 pueblos que tiene Filipinas soldados suficientes para garantizar las vidas de los pobres filipinos, á quienes obligáis á aceptar cargos concejiles?

Vosotros os limitáis á ocupar las dos ó tres poblaciones más importantes de las veinte ó treinta que tiene cada provincia: ¿y quién defiende á los Alcaldes de las poblaciones que no ocupáis, contra los filipinos en armas, si aquéllos cumplieran lealmente con ese juramento de adhesión á vuestra soberanía? Ya véis que esto es absolutamente imposible, por cuyo motivo los filipinos, á pesar de ser muy aficionados al mando, muchísimos han renunciado á los pomposos nombramientos de Presidentes locales que les ofrecéis, porque si cumplen lealmente con vosotros, *en menos de siete días* (así dice una comunicación oficial del Comité filipino de Hong-Kong), ya están castigados como traidores por los filipinos en armas. Y si obran de otra manera, les fusiláis á vuestra vez. De modo que los Alcaldes están entre la espada y la pared y los vecinos *expuestos* á ser elegidos, no tendrán más remedio que esconderse.

Esta es una prueba más de que es impracticable vuestra soberanía en Filipinas.

Y de todas maneras, es evidente que ese juramento es casi siempre imposible de cumplir, y por consiguiente, esa Ley no puede ser *educativa*, como decís, á no ser en la escuela de la hipocresía y el deshonor.

«Art. 27. Los cargos de Teniente alcalde y concejal son honorarios y gratuitos. Los de Alcalde, Síndico y Tesorero municipal, serán retribuidos con los haberes que como los de los demás cargos municipales retribuidos, fije el consejo según permitan los recursos de que pueda disponer el municipio, pero que en ningún caso excederán para los de primera clase, de 1.200 pesos para el Alcalde, 1.000 para el Síndico y 800 para el Tesorero; en los municipios de segunda clase, el haber máximo para estos cargos será de 1.000, 800 y 600 pesos respectivamente; en los de tercera, de 800, 600 y 400 pesos, y en los de cuarta de 600, 400 y 200 pesos.»

Estos sueldos son escandalosamente excesivos, aun cuando los máximums se redujesen á la mitad, porque estas cifras que se indican como máximums, serán las que se aprobarán por los Consejos municipales, pues se trata de favorecer sus intereses propios. Ya hemos dicho otras veces que es política maquiavélica de los imperialistas, corromper á los filipinos con excesivos sueldos, ya que no los costean ellos, sino nuestros pobres compatriotas.

En cambio, crearán ahora para sostener esas esplendides, exorbitantes cargas sobre nuestros pueblos, crea-

rán la contribución territorial, como ya nos anuncian, y pagarán al Estado hasta esos terrenos incultos y bosques, que por falta de recursos no pueden explotar ó cultivar sus propietarios; y como consecuencia de todo esto, las fincas rústicas y urbanas que son ahora de particulares, pasarán á ser propiedad del Estado ó de los yankis que tengan recursos suficientes para explotarlas, resultando que á los pocos años, y dada también la imprevisión de los nuestros, seremos extranjeros en nuestra propia patria, no poseyendo nosotros ni el terreno que nos vió nacer ni el que va a recibir nuestros restos mortales.

Nosotros conocemos mucho los recursos de los pueblos grandes y pequeños de Filipinas, y aseguramos sin vacilación alguna, que con estos despilfarros, los filipinos forzosamente llegarán á pagar contribución por consumos, y hasta por el aire que respiran.

Y si no, dad un vistazo á los artículos 42, 43 y siguientes. Además de los anteriores impuestos, desde ahora pagarán los vecinos al Municipio multas por cualquier pretexto; y por bañarse en aguas públicas, por aprender enseñanza profesional ó especial, por enterrar sus muertos (además de hacerlo al profesor y al cura), y otros impuestos que se crearán, pero que no se especifican aún; y habrá además un repartimiento general entre los vecinos para cubrir el *déficit* de los gastos municipales, y un impuesto de 25 por 100 sobre las patentes industriales.

Por fuerza tendrán que sacar de los vecinos hasta sus entrañas para cubrir aquellas esplendideces de los yankis, que por lo visto han cometido el error de comparar los escasos recursos de Filipinas con los grandísimos de su país.

Y ocurrirá lo que ya ocurrió con los Ayuntamientos de Vigan, Ilo-Ilo, y otras ciudades de Filipinas, que todos los ingresos no cubrían siquiera los gastos de personal, por lo cual no se ha podido acometer ninguna obra de las muchísimas que tanto necesitaban y aun necesitan aquellas poblaciones. Se debería empezar por pagar las obras útiles y otros gastos necesarios, como los de enseñanza, beneficencia, personal de cobradores, mandatarios y escribientes, y sólo cuando haya sobrante, se consignarán *modestos* sueldos al secretario, tesorero y alcalde. Sin esos alicientes, antes, los cargos de alcalde que eran honoríficos, se veían muy disputados, y no pocos compraban votos y nombramientos. Ahora con esos poderosos estímulos, cuando se restablezca la paz, los votos y nombramientos llegarán á ser cotizados á exorbitantes precios; pero los alcaldes se desquitarán después con creces á costa del vecindario. ¡Esto sí que fomentará la vagancia y la empleomanía! ¡¡Y las insurrecciones!!

Pero lo que verdaderamente es muy grave es la facultad número 34 que se concede al Consejo municipal, que como ya hemos visto, forzosamente ha de componerse de *ameri... kanins*. Dice así:

«34. Detener, multar ú obligar al *trabajo en las calles* Ó EN OTRA PARTE, á los vagos y demás personas que se encuentren en el pueblo sin medios conocidos de subsistencia ni ocupación legal.»

Esto es lo que siempre habían pedido los más implacables enemigos de los filipinos *Quioquiap*, Camilo Millán, Retana y otros de triste recordación, para que con el pretexto de *vagos* pudieran deportar á los que llamaban sarcásticamente *pilosópos*; pero jamás lo consiguieron, porque entonces combatimos sus perversas intenciones en todos los periódicos en que escribíamos en Manila.

¿Quiénes son los vagos? ¿La gente proletaria? No puede ser, porque su misma pobreza la obliga á trabajar. ¿Son los rateros, pues? Mientras no sean cogidos *in fraganti* y se pruebe su delito, no hay Código que les condene, porque se podrá cometer un error y una gran injusticia. Y en todo caso serán castigados como rateros, pero no como vagos por el axioma jurídico de *Non bis in idem*.

¿Quiénes son, pues, los vagos? ¿Los hijos de familias pudientes? ¿Y qué justicia puede castigar al que no quiere trabajar porque los ahorros y la previsora actividad de sus ascendientes le han proporcionado una posición, por la cual no necesita de su trabajo personal?

¡Es así como quereis hacernos *ciudadanos libres!* (sic)

Se debe suprimir enseguida ese párrafo porque es deber de todo legislador restringir siempre todo aquello que pueda dar lugar á abusos y atropellos, especialmente cuando se trata de atropellos de tan graves consecuencias, como el de deportar y condenar á trabajos forzados, por aquel aforismo de los romanos: *Odiosa sunt restringenda*.

Esa facultad arbitraria no tiene otro objeto que el de dar un arma terrible á los americanos y á sus servidores los *ameri... kanins*, para reventar á los filipinos revolucionarios, bajo pretexto de ser vagos, con *trabajos en las calles* (COMO SI FUESEN PRESIDARIOS!) Ó EN OTRA PARTE. ¿En Honolulu ú otro punto de deportación?

¡CON QUE YA SABEMOS LOS REVOLUCIONARIOS EL PAVOROSO PORVENIR QUE NOS ESPERA!

Exorbitantes impuestos y contribuciones para engordar á los americanos y á sus criados; y eso que aun en país pobre como España, la cédula personal de la generalidad solo cuesta *media peseta* en vez de los *seis duros* que se

coabraba (1) en Filipinas; los nombramientos serán también monopolizados por los americanos y por los americanistas, que son los coautores de esa nefasta ley; y amén de todo esto, trabajos forzados y degradantes en las vías públicas y una horrible muerte en el destierro; hé aquí el resumen de esa ley, digna de Tiberio ó de Nerón.

¡Guerra á muerte, pues, hasta que el enemigo acabe de reconocer su impotencia y nos trate como á hombres!

Y para que no se crea que somos intransigentes por sistema, hacemos constar que no tendríamos inconveniente en aceptar la ley municipal vigente en los Estados Unidos, pero sin modificaciones de ningún género, advirtiéndole que *adoptar* de buena fe es muy diferente de *modificar*.

IV

NEGRO PORVENIR DE LOS FILIPINOS BAJO LA DOMINACIÓN IMPERIALISTA. — ATROCIDADES. — EN PLENA ESCLAVITUD — TERRIBLE MODELO DE LOS YANKEES PARA OPRIMIR Á LOS FILIPINOS.

Negro porvenir de los filipinos bajo la dominación imperialista. — ¿Qué bueno podemos esperar de los imperialistas norte-americanos que se fingieron nuestros aliados cuando necesitaban de nuestro eficaz auxilio para desembarcar en Cavite y tomar á Manila, para después apresar por sorpresa nuestra escuadrilla y pérfidamente cañonear nuestras líneas cuando menos lo esperábamos? ¡Y todavía atribuyéndonos calumniosamente el rompimiento de hostilidades!

¿Qué será de nuestros abogados que han terminado su carrera á costa de grandes sacrificios? Los cubanos (y eso que son independientes *de nombre*) ponen el grito en el cielo, porque invadieron dicha isla muchos abogados yankees, y gracias si serán verdaderos abogados.

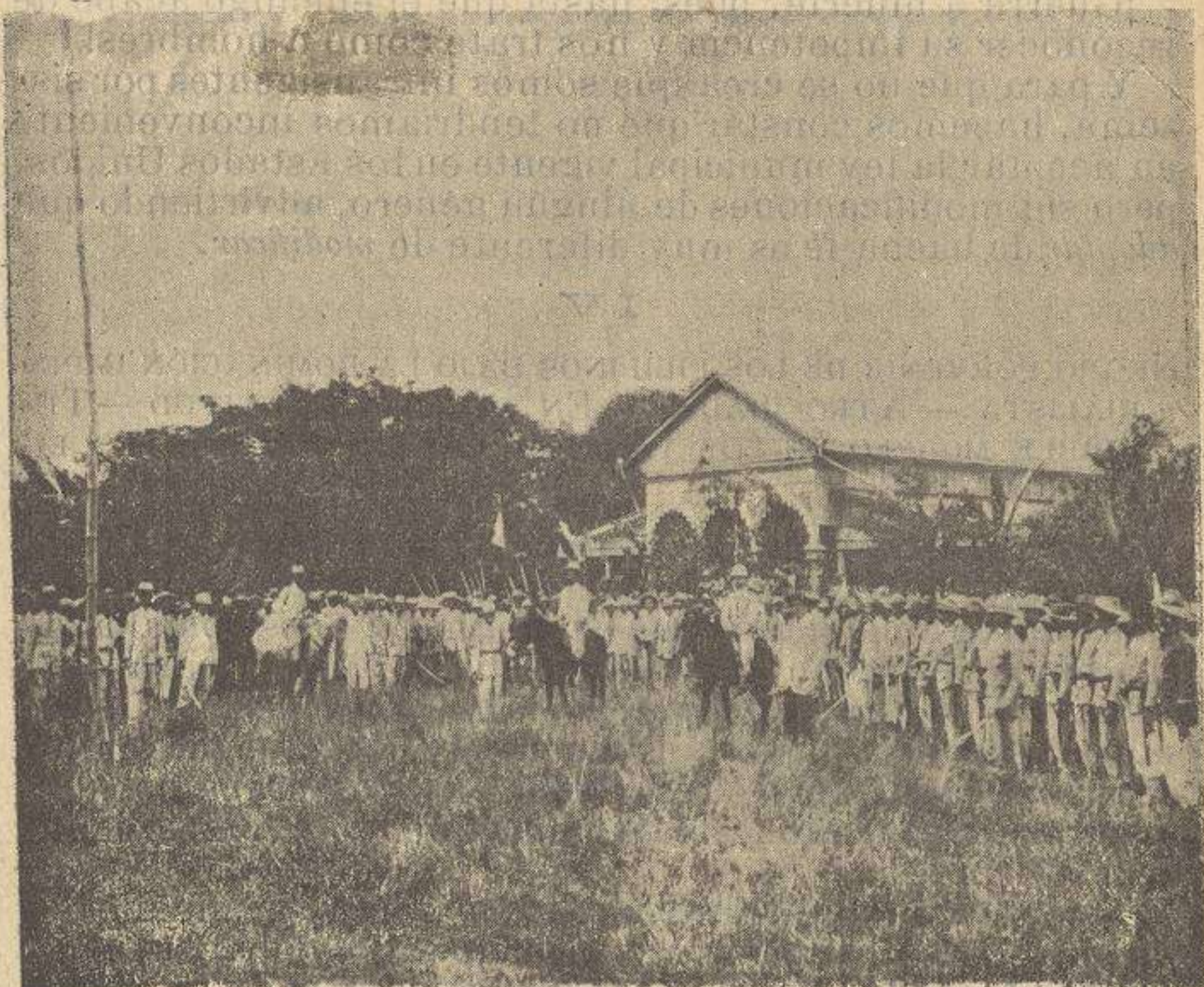
¿Nuestros soldados? Serán desarmados perdiendo sus destinos con sangre comprados, y una vez ya hecha efectiva la dominación, como aquellos vengán con impertinencias, serán severamente castigados, fusilados, ó destrozados con cualquier pretexto, porque en los Estados Unidos se practica la ley de Lynch, por la cual el populacho asesina á palos á quien le dé la gana.

Esto se hace *á diario* con sus propios conciudadanos, que son casi de nuestro color, porque los blancos no les consideran como hombres iguales.

(1) Los americanos han rebajado últimamente á una peseta; pero en cambio han creado impuestos sobre los animales domésticos y por otros conceptos.

Y eso que son sus compatriotas, porque los anglo-sajones son modelo, en verdad, de pueblos libres, pero sólo para los blancos, pues son muy tiranos con la gente de color, que ellos desprecian (1).

Ya se dice que para evitarse ellos el roce con estos ne-



El General de brigada D. Pantaleón García

y sus fuerzas en las avanzadas filipinas de Kalaookan, donde se dió el combate del 7 de Febrero de 1899.

gros, les enviarán á Filipinas para que sean nuestros señores. Luego seremos esclavos de sus esclavos.

Es imposible que llegue á ser real nuestra fraternidad con los yankees, porque ellos consideran de raza inferior á los que no somos de su color blanco.

A los negros les cazan como á fieras en las calles, si tienen la desgracia de enamorarse de una blanca.

(1) Los ingleses tratan bien á los colonos del Canadá, porque son anglo-sajones como ellos; mientras tiranizan á sus colonos de la India, porque éstos son de color. Por esto, creo que no debemos soñar en que los yankees nos concedan una autonomía como la del Canadá, al menos lealmente practicada.

Tantos son la aversión y el desprecio que sienten los nortea-americanos hacia los que no son blancos, que en los Estados Unidos no se permite á los negros entrar en los cafés, teatros é iglesias de blancos.

En Filipinas mismo los ingleses y norte-americanos sólo tratan con los indígenas cuando les llevan pingües negocios; pero no celebran reuniones con ellos, y no como los españoles que nos trataban de igual á igual, excepto algunos mal educados.

¿Y qué será de nuestros industriales, comerciantes y propietarios? Estarán á merced de los comerciantes norte americanos, no solo porque éstos son más ricos, sino que, como serán los amos en el gobierno, dictarán leyes arbitrarias para hacernos imposible la competencia con ellos, como ya antes los comerciantes anglo-sajones de Manila imponían condiciones leoninas á los productores de abacá.

Los comerciantes yankees nos obligarán á fabricar el abacá, el añil, el azúcar y otros productos del país con un exagerado esmero, que nos cuesta mucho dinero que acaso no tengamos, para luego pagarnos el precio que quieran imponer los sindicatos.

Luego la dominación imperialista será mucho más dura que la pasada de los españoles, porque estos casi no se metían en asuntos de comercio, y los pocos que se dedicaban á él, eran tremendos rivales. *El comercio no tiene entrañas*, dicen los yankees con frecuencia, para disculpar sus procedimientos de rapiña.

En los Estados Unidos, los obreros se declaran muchas veces en huelga, porque los fabricantes suelen ponerse de acuerdo para darles sueldos que no compensan su trabajo.

Estos días (1) los agentes ó corredores de comercio que recorren las provincias, fueron suprimidos allí bastando para ello un acuerdo de los fabricantes.

Ahora mismo, ¿no es Manila teatro de repugnantes atropellos de mujeres, saqueos de tiendas, borracheras, maltratos de obra y otros excesos de los soldados imperialistas? Y eso que todavía nos están conquistando como á unas *dalagas* apetitosas.

Y hablando de éstas, ellos seducen á nuestras jóvenes pobres, y cuando lo consiguen y las hacen un regalito en dinero, escriben á su pueblo que han comprado *una esclava* como toda la prensa norte-americana ya lo asegura. ¿De modo que, sólo considerando como *esclavas* á las mujeres filipinas, pueden mezclar su sangre con la nuestra?

(1) 10 Noviembre 1899.

Si; con ellos no pasaremos de la despreciable condición de esclavos.

¡La gloriosa muerte del martir, pues, antes que la esclavitud!

Esto escribíamos en los números 2 y 3 de *Filipinas ante Europa*, y ya en el número 4 tuvimos que confirmarlo con los siguientes artículos:

Atrocidades — Los imperialistas para hacerse simpáticos, suelen decir á los filipinos en su jerga especial:

—Español, malo, muy malo; yanki, bueno, muy bueno. Ahora vamos á ver las excelencias esas.

La Constitución española prohíbe la confiscación de propiedades por causas políticas, así es que todos los bienes embargados por los gobernadores españoles con motivo de la insurrección filipina de 1896 97, fueron devueltos á sus propietarios, hasta los de los fusilados ó condenados por los tribunales militares.

Pues bien: nosotros creíamos que la famosa constitución norteamericana era el *non plus ultra* de los códigos fundamentales de los países libres y civilizados, y sin embargo, no es así, porque las autoridades militares de Manila están portándose con mayor tiranía que un jefe de tribu salvaje.

Nosotros no nos referimos á esos frecuentísimos casos de rapiña llevados á cabo por la soldadesca imperialista; sino á escandalosos despojos decretados por las autoridades de Manila.

Con motivo de los incendios de Tondo en 22 de Febrero 1899, que según juran y perjuran los filipinos, fueron ocasionados por los yankis para tener pretexto de limpiar aquel arrabal de caseríos donde pudieran esconderse los guerrilleros filipinos, las autoridades de Manila se han apoderado de cuantos bienes encontraron en las casas abandonadas por sus dueños, porque éstos fueron encarcelados por los yankis, incluso mujeres y niños, aparte los que fueron cazados como fieras, al huir de los disparos que les hacían los malvados en su aturdimiento.

A cuantas personas habían encontrado éstos en aquel arrabal, les metieron en la prisión, y una vez aclarada su inocencia, les dieron libertad, después de haber estado presos durante dos meses; pero sus bienes no fueron devueltos, sino que fueron vendidos últimamente en pública subasta, y el importe de la venta parece que se repartieron las autoridades que habían decretado semejante atrocidad.

Denunciamos, pues, y seguiremos denunciando hasta que devuelvan lo que no es suyo, á la conciencia universal y en especjal al noble pueblo de los Estados Unidos,

estas atrocidades del general Otis, esperando que mister Mc-Kinley ordene indemnizar á los muchos perjudicados.

El presidente Aguinaldo declaró desde un principio libres todos los puertos al comercio internacional, excepto á los yankees, porque dicho general se ha metido á acaparar abacá, coprax y otros productos industriales del país, y para monopolizar este negocio, él declaró cerrados todos los puertos, y con estas maniobras poco escrupulosas se está ganando él muchos millones de dollars, aparte los grandes negocios de la administración militar y de los bienes secuestrados á vecinos pacíficos.

Es el **gran secreto del imperialismo**, esto es, que los agiotistas, puestos de acuerdo con ciertos jefes militares, están haciendo el gran negocio en Filipinas á costa principalmente del mismo tesoro de los Estados Unidos.

También las tropas imperialistas cometieron verdaderos actos de bandidaje al apoderarse de los pueblos de Salinas y otros de Cavite y Pangasinan, saqueando cuanto encontraron, á pesar de que no hubo resistencia en los pueblos donde hicieron sus rapacidades.

Los pueblos de la Pampanga, ocupados por los imperialistas, están soliviantados por los continuos atropellos de éstos, destrozando lo que no pueden llevar, como coches, cerdos, etc.

Los periódicos de Manila, á pesar de la censura, no traen más que noticias de atropellos, evidenciándose que no hay allí tranquilidad ni seguridad personal. Un soldado americano, después de recorrer varias casas, donde abrió los armarios, llevándose lo que quiso, intentó violar á una recién parida y á una anciana.

Otro, músico, mató á una mujer que no quiso acceder á sus torpes deseos, los que satisfizo después en el cadáver. Otro arrebató en plena calle Real de Manila á una señorita que iba con su novio, y cuando fué á buscarle la autoridad, ésta encontró á aquélla desmayada sin sentido, violada y con las ropas desgarradas. Detenido el raptor, pocas horas después fué puesto en libertad.

«Frecuentemente, la policía amarra á los detenidos, los maltrata y tortura de la misma manera ó peor, que en tiempo de los frailes, y tanto que el juzgado de Quiapo hubo de intervenir porque murió el detenido Mariano Concepción, por contusiones en el vientre, estómago y región torácica lateral. También Aristón de la Cruz y Filomeno Vellón recibieron contusiones graves de un capitán de policía», cuyo nombre mancharía este folleto.

Y para terminar este odioso capítulo de atrocidades, lean ustedes la siguiente noticia que con la mayor frescu-

ra del mundo publica entusiasmado el periódico yanqui *The Manila Times*:

»En la próxima campaña de Filipinas se emplearán cañones de dinamita por el ejército. Esta semana ha salido para Nueva York el teniente M. C. Bukley, del 3.º de artillería, para inspeccionar al embarque de doce cañones de dinamita, sistema Simms Dudley, de dos pulgadas y media (7 y 1½ centímetros) con accesorios y municiones.»

Podemos, pues, estar muy agradecidos a nuestros *hermanos* los yanquis que quieren libertarnos y mejorar nuestra suerte haciéndonos volar al Cielo con dinamita.

¡BÁRBAROS!

Estas brutalidades y los asesinatos de los heridos filipinos á quienes rematan las tropas imperialistas, son los que soliviantan los ánimos y hacen cada vez más odioso el nombre norteamericano en Filipinas, como lo dicen los mismos corresponsales yanquis en aquellas islas.

Es preciso que Mr. Mac Kinley envíe un caracterizado hombre civil ó militar honrado, que defienda á los filipinos sometidos, como los españoles tenían un funcionario de gran autoridad que se llamaba *defensor de indios* (filipinos), cargo que desempeñaba el Fiscal de su majestad.

Ya veis los imperialistas que no predicamos la guerra porque sí.

¡En plena esclavitud!—Es mentira que los imperialistas nos quieran tratar como á hermanos, pues de lo contrario, ¿por qué no intentan siquiera declarar como estado norteamericano el territorio filipino, concediendo á sus habitantes todos los derechos y privilegios de ciudadanos americanos?

Con muchísima razón ha dicho nuestro ilustradísimo representante Sr. Agoncillo: «No en vano, los tratadistas de Derecho internacional definen el sistema colonial, diciendo que: es la corrupción de toda forma mejor de gobierno».

Los mismos americanistas ya se quejan amargamente de la tiranía de sus amos. Antes, *El Filipino Libre* y ahora *La Democracia*, ha dejado de publicarse sólo porque se ha atrevido á decir en tono nada agresivo que un jesuíta había llamado cochino á un niño, á quien se le escapó cierto aire, lo cual, según el Preboste, es una calumnia, y ha obligado á dicho periódico á publicar una *retractación*.

¡Ni que estuviésemos en tiempos de la Inquisición!

Naturalmente, sus ilustrados redactores acordaron suspender el periódico después de haber hecho forzosamente dicha retractación, pero protestando dignamente contra el atropello.

«Cuando sepamos—dice el colega—qué ley nos rige;

cuando conozcamos por qué Código se nos juzga; por qué procedimiento se administra justicia y á qué criterio se someten las cuestiones de la prensa, entonces volverá *La Democracia* á reanudar sus tareas; mientras así no suceda, nuestra dignidad nos obliga imperiosamente á suspender la publicación de nuestro diario».

Felicítamos á nuestro colega por su noble actitud y por el percance que le ha permitido conocer la felonía de los que creía erróneamente como buenos amigos. Por el camino de la protesta conseguiremos todo lo que no encontraríamos en el de vil sumisión, pues los cobardes son el eterno juguete de todo el mundo.

También fueron encarcelados los distinguidos directores de los periódicos filipinos *La Patria* y el *Grito del Pueblo*, Sres. Poblete y Ocampo, sin decirles la causa.

—Fueron absueltos, esto es, han quedado impunes el oficial imperialista y compañeros queen Cavite han intentado violar á unas distinguidas señoritas, á pesar de que fueron cogidos *in fraganti* por el mismo Preboste de aquel puerto.

—Al Municipio de Guiniguiran (Negros), han impuesto los americanos la multa de diez mil dollars (duros), porque dicen que no ha podido impedir que entrasen en dicho pueblo los revolucionarios. Es un pretexto irritante para imponer excesivas multas, que se supone van á parar al bolsillo de las autoridades que las imponen, porque las cobran en metálico sin librar recibo, en vez de hacerlo en papel sellado del Tesoro.

—Son incontables los alcaldes, á quienes han condenado los yankis á presidio so pretexto de que están en inteligencias con los filipinos en armas.

—También el Preboste de Manila ha prohibido la circulación del periódico español *El Correo*, de Hong-Kong, á pesar de ser imparcial, y excusamos decir la furia con que persigue á *Filipinas ante Europa*, habiendo encarcelado á un camarero del vapor *Diamante*, á quien le han cogido algunos números, según nos escribe el Comité Central de Hong-Kong; pero sepa usted, señor Preboste, que á Manila sólo enviamos á las autoridades americanas y á la prensa americanista, porque nuestro campo de acción se halla en Europa y América, á donde enviamos á todos los senadores, diputados y autoridades, para que vea usted que nuestra propaganda es noble y leal.

Por el campo filipino circula también nuestra Revista como es muy natural; pero los ejemplares allí destinados no pasan por Manila, ¡palabra de honor! sino por el aire. La idea de la libertad no se puede encerrar en el puño de usted, señor Preboste. (10 Febrero de 1900).

Terrible modelo de los yankees para oprimir á los filipinos.—Por las declaraciones de Mr. Schurman, el presidente de la comisión civil norteamericana, en su discurso pronunciado en 1899, en la Universidad de Cornell, sabemos que el gobierno norteamericano tomará por modelo de su política en Filipinas el plan adoptado por los ingleses en la India.

Pues bien; éstos tratan como á esclavos á los indios, como hemos visto cuantos hemos visitado Singapore: los agentes ingleses de policía llevan bastones que con excesiva frecuencia caen sobre las espaldas de los pobres indios, á los que se les ve tirar de carros y palanquines como si fuesen animales.

Es verdad que desde la invasión yanki, en Manila ya se ven hombres tirar de las carromatas, según nos dicen.

Los ingleses sienten tanto desprecio á sus colonos, que jamás fraternizan con ellos, y la Metrópoli para sostener el prestigio ó la pretendida superioridad de los empleados ingleses sobre los colonos, asigna á éstos tan exorbitantes sueldos, que todos los ingresos de la India pasan á Inglaterra, quedándose completamente esquilados los indios, los cuales por ésto sufren periódicamente terribles hambres, como se ha dicho estos días (Mayo 1900) en el mismo parlamento inglés.

Lo propio practican ya en Filipinas los yankis, los cuales no sólo asignan fabulosos sueldos á los militares y empleados americanos, sino también á los miserables *amerri...kánins* que les venden su patria, á costa de los demás filipinos.

Enhorabuena que los imperialistas den los sueldos que quieran á sus servidores, si aquellos procedieran de la caja de la Metrópoli; pero jamás podremos consentir que el fruto de los sudores de nuestros pobres conciudadanos, vaya á pagar espléndidamente la infamia de los que traicionan á nuestro país.

Por eso, en *jamás de los jamases* depondremos las armas, hasta que Mr. Mc Kinley reconozca nuestra personalidad para gobernar nuestra propia casa, asignando *modestos* sueldos solamente á los empleados elegidos por el pueblo filipino, para de esta manera colocar en los puestos oficiales exclusivamente á aquellos filipinos que puedan dignificar nuestro país y nuestra administración con su honradez, porque los traidores son en todas partes despreciables.

Ahora vamos á ver los pavorosos resultados, que según el telégrafo, está produciendo en la India la política inglesa, que va á servir de modelo á los yankees para Filipinas.

Según telegrafían de Bombay, la crisis del hambre ha

alcanza lo proporciones á que no llegaron las anteriores en el siglo actual.

Los socorridos por las autoridades pasan semanalmente de cinco millones de seres y de 62 millones las personas á las que afecta tan terrible plaga.

La *Westminster Gazette* publica una interesante carta del célebre especialista inglés Hyndman sobre la ruina de la India, causada por la mala administración de Inglaterra.

«Desde hace un cuarto de siglo—dice Hyndman—vengo repitiendo que Inglaterra empobrecia á la India cada día más, retirando de ese país, sin reemplazarlas, enormes sumas que llegan hoy á un total anual de 750 millones de francos, y aún creo que me quedo muy por bajo de la verdad si digo que durante estos últimos veinticinco años Inglaterra ha sacado de la India *doce mil quinientos millones de francos*, así por cuenta del Gobierno como por cuenta de los particulares.

En una palabra, todo el producto neto de las tierras de la India británica se retira y se gasta por cuenta de Inglaterra; así es que la India se encuentra en un deplorable estado de pobreza. Este incesante acaparamiento de dinero es la causa del hambre que de continuo reina en aquel país. El aldeano indio, privado de toda clase de recursos, no puede ahorrar ni economizar un penique para poder hacer frente y resistir en época de crisis. Si la India fuera un país independiente, si tuviera representación legislativa, suspendería, al menos por este año, las expediciones de dinero con destino á Inglaterra.

Yo creo que este continuo azote del hambre obligará á los ingleses, responsables de la suerte que ha cabido á la más grande colonia del mundo, á estudiar seriamente la cuestión de la India inglesa, que no puede sufrir por más tiempo el sistema que le aplica el gobierno actual.»

V

¡ARRIBA LOS CORAZONES! EL TRIUNFO DEPENDE DE NOSOTROS.

—¿NOS VENCERÁN?—QUE HABLE LA ESTADÍSTICA.—EL TEATRO DE LA GUERRA.—YA RECONOCEN SU IMPOTENCIA.—¡FE, SIEMPRE FE! Ó LOS SIGLOS Y LA HUMANIDAD.—¡NO NECESITAMOS LIMOSNA DE NADIE!—NUEVA ORIENTACIÓN Ó EL AUXILIO DEL EXTRANJERO.

Es imposible que nos venzan; el triunfo depende de nosotros.—Sí; reconocemos el inmenso poder de los Estados Unidos, sabemos que tiene setenta millones de habitantes, que su territorio es casi igual al de la Europa entera, que es una de las tres naciones más ricas del mundo y que es por su progreso, por su comercio y por su in-

industria, uno de los que van á la cabeza de los pueblos del universo.

Sabemos todo esto; pero juramos ante Dios que sin jactancias de ningun género, abrigamos la firme convicción de que á pesar de los portentosos recursos bélicos de Norte-América, jamás podrá aplastar al ejército filipino. si éste, como esperamos de su indudable honradez, cumple con los deberes que le imponen su patriotismo y su misma dignidad.



D. Arsenio Clímaco

Uno de los Jefes nacionalistas de Cebú.

tenían inquebrantable fe.

Recordemos que cuando estalló la insurrección, tanto en Balintauak como en Kabiao, en Cavite como en otras partes, los insurrectos no tenían más que machetes, unas cañas puntiagudas por lanzas, y un par de escopetas pajareras, y sin embargo, acabaron por obligar al gobierno español á pactar con los jefes, pues sin ambages telegrafió al Gobierno el general Primo de Rivera que en el campo de batalla le era imposible coparles y poner término á la guerra. Y eso mismo lo repite en su Memoria presentada al Senado, recientemente publicada.

¿Con qué contingente de fuerzas cuentan los norteamericanos hoy en Filipinas? Según los últimos telegramas,

Es más, sabemos, ya lo estamos viendo, que Dios que es la Eterna Justicia, ha colocado exclusivamente en nuestras manos el éxito de la guerra, la consecución de nuestra independencia y del bienestar futuro de nuestros hijos. Sabemos, en fin, que el triunfo depende de nuestra voluntad, de un poco de fé y constancia.

La fe hace prodigios, así como el que carezca de ella, no irá á ninguna parte. Los katipuneros triunfaron á pesar de que nadie les daba importancia alguna al principio, porque

cuentan ahora en Filipinas con un ejército de 65.000 hombres y una escuadra de 45 buques para el bloqueo.

Pues bien; apostamos diez contra uno, de que por la guerra no acabarán de resolver el problema filipino hasta el mes de Mayo próximo, en que empezará de nuevo la época de lluvias. Así como hasta ahora no han adelantado casi nada (1).

Hablando relativamente, con análogas fuerzas contaba España para dominar la insurrección de 1896-97, y además contaba con el incondicional apoyo de todos los filipinos, excepto con los de Cavite. cosa con que jamás podrán contar ahora los Estados Unidos, sino únicamente el Sr. Aguinaldo, pues éste no defiende más que la causa de todos.

Al estallar la insurrección, telegrafió el general Blanco al Gobierno que contaba en Mindanao con 12.500 hombres, ó sean 7 regimientos de Infantería, 2 idem provisionales, 1 de Artillería, 1 de Ingenieros y 1 escuadrón de Caballería. Y en Luzón 3 tercios de Guardia civil y unos 3.000 entre Artillería, Caballería é Infantería, con un total de 6.000. Auméntense 15 batallones de Cazadores ó 15.000, 2 de Infantería de Marina, 2.000; 2 de Caballería y Artillería, 2.000; Voluntarios españoles, ilocanos, visayas, etcétera, 2.500; y varias cuadrillas de chinos y de presos; formando un total de 40.000 hombres y más de diez buques de guerra entre cruceros, cañoneros y gabarras habilitadas.

No hablamos por hablar.

Tenemos á la vista las Memorias oficiales de los generales Blanco, Polavieja, Lachambre y Primo de Rivera, que los mismos han tenido la amabilidad de dedicarnos.

El plan del general Polavieja era copar á los de Cavite con 5 brigadas; una (Jaramillo) por Batangas; 2 por Silang, (Marina y Cornel); una por Parañaque (Galvis) y otra por Dalahican; pero desde el primer momento observó el general Lachambre que no solo le era imposible impedir que su enemigo se retirase á su retaguardia sino que su división corría grandes peligros, y tanto que los españoles perdieron su costumbre de cantar en las grandes penalidades. Después de tomados los dos primeros pueblos Silang y Perez Dasmariñas, telegrafió al general Polavieja diciendo que ya le faltaban muchos jefes y oficiales; que

(1) Esto decíamos en el primer número de *Filipinas ante Europa*, correspondiente á 25 de Octubre de 1899, y como se vé, hubiéramos ganado la apuesta; y eso que la opinión general en Europa era que de un momento á otro nos iban á aplastar por completo.

podía ir á donde él quisiera, pero que le era imposible copar al enemigo que se corría á retaguardia.

Entonces pidió Polavieja un refuerzo de 20 000 hombres á España, y como se lo negaron, dimitió con dignidad, porque, según él dice, no quiso hacer un pastel. Bastante sabía yo —asegura con razón— que el general Primo de Rivera, sin dichos refuerzos, forzosamente tendría que someterse incondicionalmente á las imposiciones de Aguinaldo. Este, en efecto, consiguió su objeto de derrotar á España por consunción económica, pues el Gobierno acabó por telegrafiar á Primo de Rivera que no podía enviarle ni un solo hombre ni una sola peseta mas (textual).

Basta mirar el mapa del Archipiélago y saber que este tiene 1.300 pueblos, para convencernos de que es muy fácil á los filipinos combatir huyendo, para que al fin se cansen su enemigo. Con razón dice el ilustre Mabini: «Si Norteamérica persiste en dominarnos, aquí enterrará á todos sus hijos y todas sus grandes riquezas.»

¡Animo, pues, filipinos! Depende de nosotros únicamente la felicidad ó la esclavitud de nuestros hijos.

¿Nos vencerán? — Por una parte tenemos á los Estados Unidos con sus setenta millones de habitantes y sus portentosas riquezas; pero esos setenta millones de hombres no van á ser transportados todos á unas islas á donde para llegar desde los puertos del Atlántico, tienen que dar casi una vuelta entera alrededor del mundo ó sea, atravesando todo dicho Océano, toda la Europa y el Asia.

Para que el cálculo sea exacto, habrá que poner los cien mil hombres que es el máximo que los imperialistas piensan enviar á Filipinas enfrente de diez millones de filipinos que pelean en su propia casa, que cuentan con el mejor aliado, que es el clima, mortífero para el invasor; que para alimentarse, se contentan con un puñado de arroz ó de maíz, que á la sexta semana de sembrado, ya se recoge; ó con tubérculos que abundan en aquellos bosques de maravillosa feracidad, al paso que ya se ha dado el caso de amotinarse un regimiento de imperialistas por no habersele dado emparedados después de un combate que había sostenido.

Cada soldado yankee representa un gasto diario de algunos dollars, mientras el filipino sólo un real.

Y á esos gastos de personal hay que aumentar los de transporte, las pérdidas de buques (ya son seis los perdidos entre naufragados y capturados) y los centenares de mulas que se les mueren ó tienen que arrojar al mar en casos de tempestad (en un solo buque, el *Siam*, acabandearrojar 316 mulas, llegando «en muy mal estado á Manila solo

16)). Y tales gastos no figuran en los presupuestos de guerra de los filipinos.

Para domoñar á la isla de Cuba con sus 1.631,690 habitantes. España no adelantó nada con cerca de 300.000 hombres: ¿qué adelantarán ahora los Estados Unidos con sus 60.000 hombres para someter á diez millones de habitantes, que, según Dewey, son en todo y por todo mucho más capaces que los cubanos?

Filipinos: tened un poco de paciencia, que la victoria es segurísima para vosotros.

Como dure algunos años la guerra, el mismo Mac-Kinley nos soltará, como obligó á España á soltar á Cuba, si es que alguna vez puede haber lógica en sus actos.

O le obligarán á soltarnos.

Nosotros en nuestro destierro voluntario también padecemos miserias sin cuento, tenemos abandonadas nuestras familias á los azares de la guerra, heridos hijos y parientes muy cercanos, quemadas nuestras casas, arrasadas nuestras haciendas y todavía lo poco que nos queda ahí, somos muy gustosos á perderlo todo, *si lo pide la Patria*, como decía nuestro inolvidable Rizal (1).

Bien sabéis que los filipinos, que estamos en el extranjero, casi todos tenemos grandes intereses que perder con la guerra, y, sin embargo, somos partidarios de ésta, mientras no sea posible una paz compatible con nuestra futura tranquilidad, porque nada nos importaría volver ahora á nuestras casas, si al día siguiente con cualquier pretexto nos enviaran á Honolulu ó saquearan nuestras casas, vendiendo en pública subasta nuestros bienes, como lo está haciendo ahora el Preboste de Manila con los que han saqueado en las casas de vecinos pacíficos de Manila y otras provincias.

Mientras estais ahí luchando en los campos de batalla, nosotros luchamos también con mil privaciones en el destierro para sostener en el palenque de la prensa nuestros sacratísimos derechos exponiéndonos á que el día menos pensado nos expulsen ó metan en prisiones (2).

Ese día, sin embargo, será el mejor de nuestra vida, por-

(1) Un testigo presencial, el Sr. Diwa Luciano, fidedigno jefe, nos escribe que, cuando se leyó y se tradujo al tagalog este párrafo en un grupo de filipinos de Cavite que acababan de volver de un combate, aquellos valientes lloraron como unos niños y juraron morir por nuestra independencia.

(2) Ya estamos procesados y embargados por nuestro periódico *Filipinas ante Europa* y no está muy lejos que nos condenen á varios meses de prisión y á pagar un multazo que no podremos satisfacer siquiera. (*Nota posterior.*)

que entonces habremos merecido sufrir por nuestra adorada patria.

Predicamos la guerra como un mal necesario; pero bien sabemos que nosotros deseamos la paz con más ansia que Mr. Mc-Kinley, y desde el primer momento en que éste vaya verdaderamente á ella, en mitad de su camino nos encontrará con los brazos abiertos y acaso con lágrimas de gratitud en los ojos.

Qué hable la estadística oficial.—A no ser que nos dejemos comprar indignamente, es imposible que nos venzan los imperialistas.

Repetimos que nunca nos ha gustado hablar de memoria, y ahora para demostrar nuestra tesis, vamos á armarlos de paciencia para formar un cuadro estadístico rigurosamente ajustado á la Guía oficial de 1891, contrastada y completada con los estudios estadísticos de D. Felipe Del-Pan, Díaz Arenas, Sinioaldo de Mas, el Arzobispo Payo, Sociedad Económica de Manila, Moya, Martín Guiz y otros autores respetables.

<u>PROVINCIAS</u>	<u>Hectáreas.</u>	<u>Pueblos</u>	<u>Barrios.</u>	<u>Habitantes</u>
Abra	850.000	11	171	49.702
Albay	657.098	39	391	296.850
Amburayan		34	76	30.150
Antique, kls.	3.793	20	58	114.463
Apayaos				
Balabak	36.010	1	9	1.200
Basilan	68.320	1	6	3.500
Bataan	265.000	12	19	52.000
Batanes	32.460	6	8	10.000
Batangas	299.128	22	536	370.000
Benguet	85.000	19	56	17.261
Bislig				
Bohol	237.986	40	68	265.922
Bongao		8	17	2.705
Bontok	34.000	48	1	14.745
Bulakan	250.437	25	716	265.000
Burias	34.225	1	8	2.500
Butuan	482.441	3	1	11.696
Camarines Sur	545.000	34	295	180.000
C. Norte	322.500	10	106	31.850
Cagayan	1.438.000	19	250	96.357
Calamianes	384.289	3	16	21.170
Capis	402.510	33	365	231.680
Cavite	123.890	22	108	150.000
Cebú	418.800	57	166	504.076
Concepción	15.135	6	180	50.000

<u>PROVINCIAS</u>	<u>Hectáreas.</u>	<u>Pueblos</u>	<u>Barrios.</u>	<u>Habitantes.</u>
Corregidor	43	1		569
Cottabato kc..	28.290	3	7	12.000
Dapitan kc....	1.056	4	19	12.050
Davao		5	43	100.000
Escalante		7		
Ilocos Sur.....	167.700	21	405	172.836
Ilocos Norte...	400.000	15	451	1.6 900
Ilo-Ilo.....	210.000	22	415	4 2.798
Infanta k. c...	9.721	2	41	10.200
Isabela	1.156.720	13	137	54.026
Itaves.....			83	2.800
Joló kil. cas ..	600	4	1	106.400
Laguna	177.000	28	495	182.000
Lepanto	265.300	1	37	20.000
Leyte.	800.000	47	220	290.830
Manila.....	68.340	21	430	350.000
Masbate.....	34.748	10	21	19.517
Mindoro	1.050.000	29	186	68 991
Misamis	1.800.000	34	23	113.695
Morong.....	110.623	13	15	69.990
Negros Orien- tal.....	300.500	17	21	91.782
Negros Occi- dental.....	500.000	28	33	226.895
Nueva Ecija... .	1.064.800	25	118	180 000
N. Vizcaya.....	439.067	8	12	30.000
Pampanga	217.600	23	625	360.000
Pangasinan ...	224.500	29	364	295.103
Paragua	1.174.291	3	121	50.674
Principe.	214.640	3		5.500
Quiangan	8.000		150	29.800
Romblón	210.800	10	12	38.000
Samar	1.382.552	37	334	208.910
Sarangani				
Siassi	10.000	1	3	497
Surigao k. c..	12 028	28	17	67.760
Tarlak	287.700	17	59	115.000
Tayabas.....	495.000	20	440	113.320
Tiagan	150.000	25	53	8.000
Unión.	192.023	14	242	1 0.000
Zambales.....	426.000	23	134	87.641
Zamboanga ...	984.696	6	9	21.364

Resumen.

Población según los últimos datos.....	9.637.700
Superficie en kilómetros cuadrados....	360.000

Islas	1.200
Provincias y distritos.....	66
Pueblos	1.300
Visitas, barrios y rancherías.....	13.000

Entre los barrios se incluyen muchas visitas como Pampanga con 297, Samar con 141, Leyte con 73, etc., muchas de las cuales son más bien pequeños pueblos, porque gozan de cierta independencia municipal.

En la cifra de los habitantes no se incluyen los de Escalante, Apayaos Itaves, Kiangán, Bislig, Sarangani y otros pueblos de monteses, ni los muchísimos ocultados para librarse de quintas y de pagar cédula personal y otros motivos. Somos más de *diez millones*.

Sólo la isla de Luzón tiene de superficie 110.940 kilómetros cuadrados, sin contar 9.310 de las diferentes islas dependientes de esta isla.

En el siguiente artículo haremos una descripción de lo que es una provincia, un pueblo, un río, una carretera, un monte, un bosque y un campo de Filipinas, y veremos que no tienen ninguna probabilidad de vencer los yankees.

Conviene mucho que los filipinos conozcamos nuestro verdadero poder, para desterrar las engañosas enseñanzas de los frailes acerca de nuestra impotencia y la más falsa aún inferioridad de nuestra raza.

El teatro de la guerra.—Acabamos de presentar un cuadro estadístico formado con datos oficiales, según los cuales, los habitantes de Filipinas son más de diez millones, con una superficie de 360.000 kilómetros cuadrados; de 1.200 á 1.400 islas; 66 entre provincias y distritos, 1.300 pueblos y 13.000 visitas, barrios, rancherías ó aldeas.

Y ahora vamos á dar una breve descripción de lo que es una provincia, distrito, un pueblo, sus barrios, un río, con sus profundos barrancos que vienen á ser muros naturales; una carretera, un bosque y los campos de Filipinas, para que las personas imparciales se convenzan de la imposibilidad que los imperialistas, con todo su innegable poder, encontrarán para domeñar á los filipinos, si éstos persisten en la resistencia.

Entre las provincias hay que distinguir las de las costas, como Manila, de las interiores, como Tarlak. Y como tipo de las provincias costeras, que son, hablando relativamente, las de más fácil ocupación, tomaremos la misma capital del Archipiélago para que se vea que no extremamos la nota pesimista y queremos ser imparciales y exactos en todo.

Pues bien, Manila y cada una de todas las demás provincias costeras cuentan con unos treinta pueblos, cada

uno de los cuales cuenta á su vez con unas diez aldeas ó barrios que distan algunos kilómetros del núcleo de la población; y aunque el terreno es llano, no es tan fácil de recorrer con la rapidez necesaria para perseguir á las compañías volantes de guerrilleros filipinos, porque está cruzado en muchas partes por rías que, con la marea, una parte del día tienen bastante agua, y otra parte, no son más que profundos lodazales sembrados de *mangles*, árbol acuático, cuyas extensas raíces salientes impiden el paso.

Estos manglares son imposibles de atravesar para la infantería imperialista que necesita llevar buenos calzados, y sólo son practicables para los guerrilleros filipinos que se quitan los calzados y todo cuanto les impida para sus rápidos movimientos.

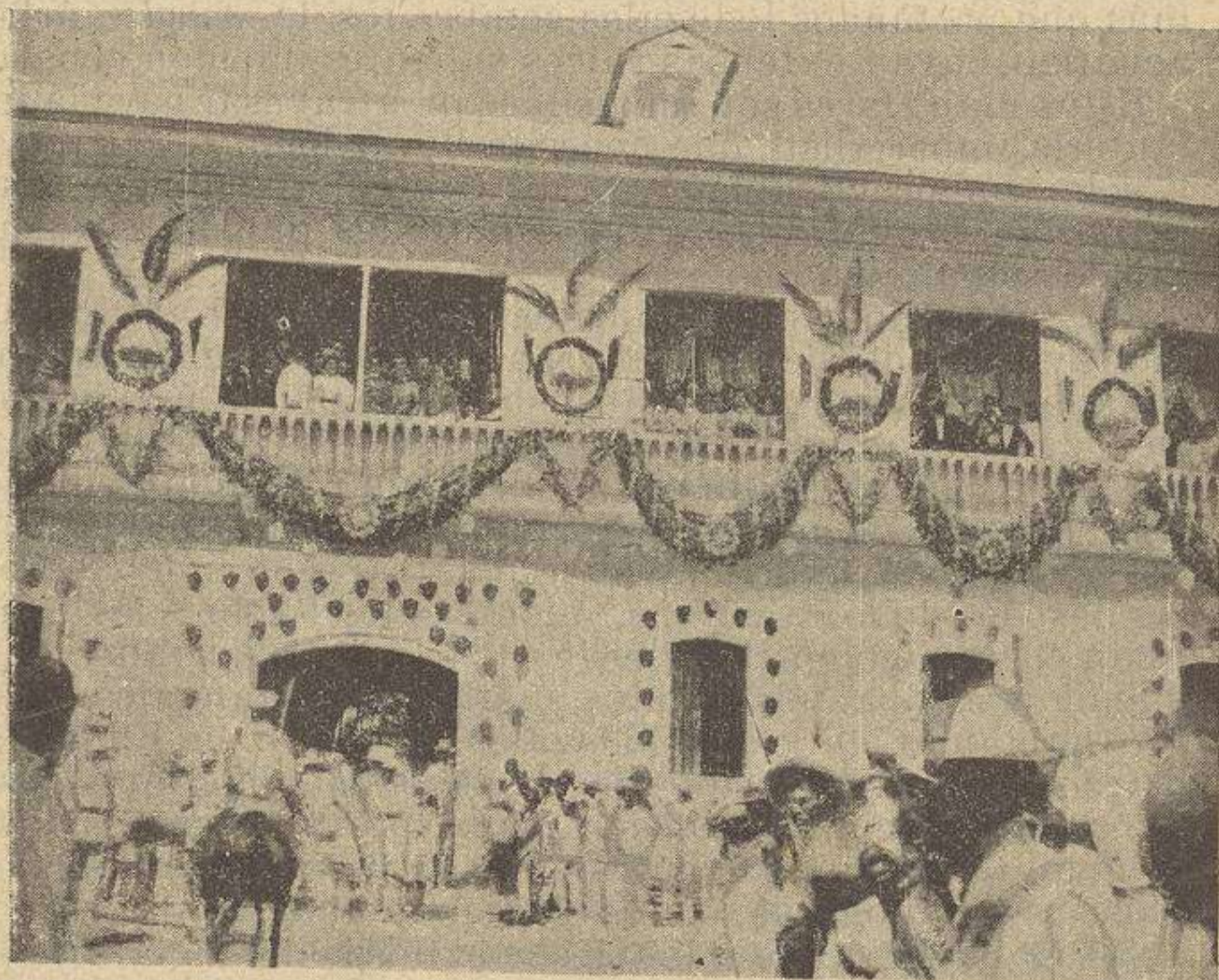
Así sufrió un tremendo fracaso el general Lawton, en Taytay, cuando viendo el terreno, al parecer enteramente llano, lanzó sus columnas, esperando con la mayor naturalidad del mundo copar á los atrevidos filipinos, y hé aquí que dichas columnas no llegaron á tiempo á donde eran necesarias, porque bajo el corto cesped había baches y barrancos que no pudieron salvar sino muchas horas después de lo calculado, mientras los filipinos les fusilaban casi impunemente desde sus trincheras, cuando sus enemigos estaban enterrados en glutinosos fangales.

Y hablando de estos lodazales, abundan en Filipinas charcos que al parecer son de poco fondo, porque hasta ni tienen agua al parecer, pero que al atreverlos, se va uno hundiendo mientras más se esuerze en salir de ellos, hasta ahogarse, sino se le tiende una cuerda.

¡500 bajas confesadas (léase el despacho de la Agencia Fabra), habiendo tenido que pegar fuego á la reserva de municiones para no dejarlas á los filipinos; hé aquí en qué consistió el desastre de Lawton en Taytay. Estas son las contrariedades que pueden ofrecer las rías de las costas, á las que hemos de aumentar las que se encuentran en los bosques, montes y los profundos barrancos que forman los innumerables ríos y rachuelos que cruzan cada *pueblo*, (no decimos *provincia*), porque hay que tener en cuenta que las provincias costeras también tienen bosques y montes, como la misma Manila tiene los de San Mateo, don le murió el intrépido Lawton, sin que, hasta la fecha, hayan logrado los imperialistas echar de ellos á los filipinos.

Y si esto ocurre en las provincias que están bajo el fuego de los cañones de la escuadra imperialista, ¿qué sería de las interiores y de los llamados distritos, unas y otros enclavados entre ásperas montañas y bosques impenetrables? Para subir al Abra, por ejemplo, hay que ir en *balsas*

de caña ó embarcaciones de bambúes unidos, las cuales balsas las arrastran por medio de fuertes cuerdas, desde las orillas de un río cuya corriente baja impetuosamente. Del mismo modo tan penoso se remontan el Agus de Mindanao, el río Grande de Cagayan y otras importantes vías fluviales.



El Presidente de la República filipina, Sr. Aguinaldo

rodeado de los Representantes de las 66 provincias filipinas, presencia, desde su palacio de Malolos, el desfile de un cuerpo de Ejército filipino, compuesto de diez mil hombres de todas las armas, al mando de sus jóvenes generales (ninguno de los cuales tiene treinta años de edad), en la proclamación de la República, en 28 de Septiembre de 1898.

Pero dejemos Isabela, el Abra, Lepanto, Benguet é infinita l de provincias y distritos análogos. y fijémonos sólo en la provincia de Tarlak, que cruza el ferrocarril, y que es sin duda, la provincia interior, relativamente, más fácil de ocupar.

Pues bien: en la misma capital de Tarlak hay bosques impenetrables y extensísimos, sólo comparables á la más enmarañada manigua cubana. En la población y en la estación del ferrocarril se podría situar una columna de dos

mil imperialistas; pero ésta no podría impedir que á un kilómetro de distancia imperen los guerrilleros filipinos y que éstos encuentren todo lo que necesiten en sus numerosas aldeas, enclavadas entre espesísimos bosques, las cuales ofrecen entusiasmadas, abundantes viveres á los defensores de nuestra libertad común.

El que escribe este artículo, para penetrar en los bosques de las aldeas de Bora y Balingkanauay (distan 8 y 13 kilómetros de la población), tenían que ir delante sesenta sementereros de los que manejan con destreza afilados machetes, para hacerle una estrecha trocha. Y ¿qué sería llevando pesadas piezas de artillería ó siquiera las indispensables provisiones de boca de una columna yankee? Muchas veces, el camino que por la mañana dejamos seco, á la tarde teníamos que recorrerlo á nado.

¡Y esto en plena capital de Tarlak!

El siguiente estado de las terribles bajas que los imperialistas han tenido desde Kalookan hasta Tarlak, confirmará nuestros asertos de que es imposible que los imperialistas acaben de aplastarnos.

AÑO 1899	Heridos entre oficiales y sol- dados yankees.	Muertos entre oficiales y soldados ídem	Fere- tros ocu- pados.	TOTAL
Febrero	4.348	1.710	107	6.165
Marzo	3.098	1.866	147	5.111
Abril.....	2.969	1.804	120	4.493
Mayo.....	1.586	847	95	2.528
Junio	549	211	75	835
Julio	1.359	514	93	1.966
Agosto.	733	290	77	1.100
Septiembre.....	805	253	45	1.103
Octubre	957	765	122	1.838
Noviembre	2.462	1.429	140	4.031
RESUMEN GENERAL				29.150

NOTAS. De las otras provincias, como Cavite y Laguna y alrededores de Manila, se ignoran las bajas.

Entre estas bajas figuran también filipinos y chinos que están al servicio de los imperialistas.

Este estado lo hemos formado teniendo á la vista los partes diarios que nuestros espías proporcionaban al Estado mayor del señor Aguinaldo.

Pensamos continuar estos artículos en otra ocasión.

Ya reconocen su impotencia.—Ha causado enorme sensación en los Estados Unidos un informe oficial que el juez Tomás Canty, del Supremo Tribunal de Minnesota ha elevado á dicho Estado. Lo hemos encontrado en *The Evening Post* de Nueva-York, y lo reproducimos á continuación.

Como verán los lectores, dicho informe es el más exacto de los que hasta ahora se han escrito por americanos, excepto en lo de afirmar que deseamos el régimen de España, pues no lo queremos ni aún sin frailes, y confesamos que preferiríamos el régimen norteamericano en todos los ramos, pero implantado bajo la independencia, porque es más perfecto, más liberal y más progresista. Y este amor grande y sincero de los filipinos revolucionarios á todo sistema norteamericano, es un dato preciosísimo y una base firme para una fácil y leal inteligencia con los invasores, si de veras éstos no abrigasen más deseos que nuestra libertad y nuestra civilización.

Mr. Canty cae en la debilidad de lisonjear á los militares sus compatriotas, aseverando que ellos nos han aplastado y que ya no tenemos ejército; pero evidentemente ha dicho esto, sólo para curar el amor propio de aquéllos, porque de lo contrario, él se desmentiría á sí mismo, cuando reconoce la impotencia de los suyos para domeñarnos.

También propone que nos dejen gobernarnos interiormente; pero su imparcialidad no llega hasta reconocer nuestra capacidad para gobernarnos «como ellos entienden», indudablemente para justificar la intervención americana. Y debemos abrir nuestros ojos, queridos compatriotas, porque la política de Mr. Canty es más tentadora y más hábil que el franco imperialismo de Mr. Mc-Kinley; pero en el fondo ambas cosas son una misma cosa.

El juez de Minnesota es demócrata y muchos correligionarios suyos piensan lo mismo que él. *The Evening Post*, defendiendo á Mr. Bryan de los que no quieren votar su candidatura por habernos prometido la independencia, asegura que de salir elegido él, cualesquiera que sean sus opiniones personales, no dejaría de atender en lo que se refiere al problema filipino, las aspiraciones de los anexionistas si formasen la mayoría.

Quiere decir que también Mr. Bryan podrá dejar de cumplir sus solemnes promesas.

Pero eso no nos importa nada, absolutamente nada. Repetidas veces hemos dicho que queremos la independencia, pero no dada como una limosna; y ya en la página 27 hemos hecho constar que tampoco abrigamos grandes confianzas en Mr. Bryan.

Es poco hombre el que espera su felicidad de los es-

fuerzos agenos, y seriamos indignos de la independenciam si no la lográramos conquistar con nuestros propios brazos y nuestros mismos corazones.

Mr. Canty dice paladinamente que son impotentes para sojuzgarnos, y ya que esto es IMPOSIBLE, propone dejarnos que nos gobernemos interiormente, pero quedándose ellos con los puertos y aduanas, es decir, con toda la savia, la sangre, el jugo, en una palabra, con toda la vida de nuestro pueblo, esperando—añade—que Á LA LARGA su proyecto les dará lo que ahora pretenden *inútilmente*.

Es muy astuto este Mr. Canty y nos hace reir, porque recuerda el cuento del portugués que estando dentro de un pozo, dijo seriamente al que se había asomado á verle: —«Sácame de este pozo y te perdonaré la vida».

Si sois impotentes para arrebatarnos nuestra independencia, ¿á qué venis á proponernos una autonomía que Aguinaldo y todos los filipinos honrados han jurado rechazar hasta morir?

Hé aquí ahora el informe de Mr. Canty:

«Creo, dice, que se necesitaría diez años y 500.000 hombres, para acabar con la inurrección, y aun así no quedaría segura la obra. **No nos costaría menos de 1.000 millones de duros, ni menos de 100 000 vidas.** La guerra de guerrillas que ahora nos hacen los filipinos es de tal naturaleza, que los hacen fuertes cuando atacan y desaparecen cuando se los ataca. Su misma debilidad para hacer frente á nuestras tropas los hace fuertes. No pelean; pero tampoco abandonan el campo. Nuestros soldados los aplastan cuando ellos los atacan; más esto rara vez sucede. Cuando atraviesan nuestros hombres el país, van con los fugitivos insurrectos á una distancia en que se los pierde de vista.

»No hay ejército filipino; no lo hay desde el último Diciembre. No hay más que individuos y partidas; no tienen organización, no tienen tampoco otro plan que el de mantenerse en el campo mientras vivan ó hasta que los americanos se cansen de perseguir un imposible. Los hay movidos por la ambición y el amor al saqueo y á la vida salvaje; pero las masas sienten un intenso anhelo de libertad y un intenso amor á la patria. No confían en nos tros; nos consideran peores que á los españoles. Como violadores de promesas y burladores de tratados, nos miran peor que á los que antes los dominaban. A decir verdad, los filipinos desean el régimen de España, salvo los frailes. Pueden sufrir á los españoles; pero no á los norteamericanos (1).

(1) Porque ya se han abierto nuestros ojos y ya tenemos conciencia de nuestro poder y de que por lo menos, somos tan hombres co-

Pelearán mientras sigamos la actual política. Y todo esto, tómeselo en cuenta, después de haber incuestionablemente batido y dispersado sus ejércitos y haber conquistado el país. Puede un pequeño grupo de gente armada ir del uno al otro confin de Luzón; pero allí están siempre los insurrectos. Matan á los pequeños piquetes, al centinela aislado, á todo americano que cae en su poder, y hacen insegura la vida fuera de nuestras líneas.

»Están con los rebeldes muchos filipinos acaudalados. Hacen de noche sus algaradas y se escurren ante nuestra caballería ocultándose en las montañas ó volviendo disfrazados á sus casas. Nuestro trabajo en las líneas que ocupamos, es tremendo. Tomemos, por ejemplo, el espionaje. Debemos confiarlo á los filipinos, y éstos no dicen al general Otis ni á sus oficiales sino lo que los filipinos quieren que les digan. Además de los insurrectos llenan el país turbas de ladrones. A esos infames los odian tanto los insurrectos como los americanos. La policía de los filipinos nos informa bien del movimiento de los bandoleros, y á consecuencia de sus noticias matamos gran número de ladrones, dejando á los verdaderos rebeldes é imaginando que los estamos destruyendo. En Manila me han asegurado que con una sola excepción se ha encontrado muerto ó hecho pedazos, á la corta ó á la larga, todo filipino que, estando en la policía americana, nos ha dado verdaderas noticias relativas á los movimientos de los rebeldes. Habría corrido la misma suerte el que se salvó, si no hubiese abandonado la isla. La policía de los americanos se ocupa principalmente en acechar á los filipinos.

»Intentando directamente gobernar ese pueblo, se ha acometido una **empresa imposible**, y lo imposible de nuestra labor es ya proverbial en Oriente. **La Gran Bretaña no habría tomado las islas Filipinas ni aún de balde.** Empresa **desesperada** reputan los mercaderes europeos y los habitantes del Archipiélago nuestra **loca** empresa. No son, sin embargo, esas gentes capaces de gobernarse por sí mismos tal como nosotros lo entendemos. Allá se van con los mejicanos.

»¿Qué debemos hacer? Ahora que hemos demostrado á los naturales que como soldados les somos infinitamente superiores, que no pueden sostener contra nosotros ni ejército regular ni ningún Gobierno, y que para con ellos somos inflexibles é impiacables enemigos, deberíamos renunciar al dominio del interior, limitarnos á la ocupación de los puertos, intervenir los derechos de Aduanas

mo los europeos y americanos; pero no es porque prefiramos á unos á otros.

de todas las islas, alentar á los indigenas á regirse por sí mismos, asegurarles que no volverán á la dominación militar mientras no turben el orden, negarles el carácter de nación y no consentirles que rijan las relaciones extranjeras. Podíamos permitirles que sus diversos Estados se confederasen, pero bajo la condición de que todas sus relaciones interregionales debieran obtener la sanción de los representantes de los Estados Unidos.

»Los filipinos, tomados en conjunto, son un pueblo pacífico. Entiendo yo que si se adoptase ese plan de conducta, irían gradualmente saliendo de sus bosques y montañas y estableciéndose en paz, contentos de tener bueno ó malo, un gobierno propio. Los contendría el temor de una nueva ocupación y la consiguiente necesidad de volver á sus bosques y sus cerros.

»Mi plan, como véis, es un protectorado y algo menos, ya que implica una especie de inspección sobre los negocios de los filipinos. No vendería yo jamás á ninguna nación ninguna de las islas. Tampoco las abandonaría por no dar ocasión á que otros pueblos las ocupasen. **No seguiría peleando, porque á nada conduce.** A la larga, ¡OJO! mi proyecto nos daría lo que ahora pretendemos inútilmente; haría á los isleños capaces de gobernarse por sí mismos; establecería un orden de cosas mucho mejor que el que hoy existe fuera de nuestras líneas, y nos daría por la ocupación de los puertos todas las ventajas comerciales apetecibles.

»No veo que aquí haya humillación alguna para los Estados Unidos. Hemos simplemente emprendido una tarea que no cabe llevar á cabo sino con un gasto de sangre y oro **á que no estamos dispuestos.** Cuestión de valor tampoco la hay aquí después de haber demostrado cuán superior es nuestra bravura á la de los indigenas. Considero preferible una ligera herida á nuestro orgullo que **la manifiesta humillación que sufriríamos después de haber combatido años por un imposible.** A mi juicio, lo mejor que puede hacer la República es sacar de **un mal negocio** el mejor partido posible, y abandonar todo intento de gobernar el interior de las islas.

»Después de todo, más ganaríamos por esta vía que por la que ahora seguimos.»

Y con el tiempo—hubiera podido añadir Mr. Canty— iríamos poquito á poco echándoles de sus poblaciones más importantes, como hemos hecho con las tropas de Aguinaldo que ocupaban los arrabales de Manila y Cavite.

Fé, siempre fé! ó Los siglos y la humanidad, (*Artículo de Año Nuevo, 1900.*—A los estampidos del cañón y entre

los ayes é imprecaciones de moribundos y de las familias desoladas por las guerras, agoniza ó nace un siglo. No sabemos si estamos aún en el siglo XIX ó ya nos saluda el XX. Pero entristece nuestro ánimo en estos momentos el espectáculo de tantas centurias malogradas sin que el hombre haya olvidado sus instintos de fiera ni dejado de emplear la fuerza para atropellar la razón y el derecho.

¡Quién dijera que al alborear el siglo XX, sorprenda á dos grandes pueblos (el inglés y el norte americano) que han sido heraldos de la civilización, en flagrante actitud de despojar de su libertad á otros dos infinitamente más pequeños (el boer y el filipino), empleando sin escrúpulo alguno para ello, la dinamita y la lyddita, que están reprobadas por todas las naciones cultas!

¿Es que retrogradamos á los tiempos de la barbarie?

Los cónsules norteamericanos de Singapore y Hong-Kong y el almirante Dewey, nos han prometido nuestra independencia cuando necesitaban de nuestro auxilio en la guerra contra España; pero ahora lejos de cumplir su promesa, los ejércitos imperialistas ametrallan con dinamita y saquean poblados indefensos, cometiendo todo género de repugnantísimos atropellos y rematan nuestros heridos, mientras las autoridades norteamericanas decretan confiscaciones de bienes contra vecinos pacíficos; y el general Otis acaba de recibir orden de mister Mc Kinley para que trate como bandidos á los prisioneros filipinos, contestando de tan infame manera á la noble actitud de Aguinaldo, de poner en libertad á los norteamericanos que han caído en su poder.

¿Y conseguirán los imperialistas la anexión de Filipinas? ¡Ah! entonces sería un mito la justicia de Dios.

No; el pueblo filipino tiene fe en la Providencia divina y siente inquebrantable confianza en sus *propias* fuerzas. Se necesita estar muy ciego por falsas preocupaciones para no ver en las continuas derrotas del enemigo con todo su inmenso poder, que el triunfo definitivo ha de ser nuestro con toda seguridad.

Y sepan los lectores que lo poco que sobre la guerra pública la prensa de Manila (la cual está sometida á severísima censura) procede del Estado mayor de los norteamericanos, según confesión propia, y sin embargo, para los que saben leer entre líneas, su laconismo es el más elocuente y decisivo testimonio de la impotencia de los imperialistas para domeñar á una nación que tan heroicamente lucha por romper sus cadenas.

¡Valiente ejército filipino! Sigue profesando esa inquebrantable fe que te conduce á diarias victorias; ten presente que la fé traslada montañas, hace surgir nuevos mun-

dos de ignotos mares, y no olvides que los modestísimos katipuneros triunfaron de un modo increíble cuando menos lo esperaban, porque tenían fe y valor, así como los españoles jamás pudieron hacer tributarios á los moros de Mindanaw y Joló, sino que se vieron obligados á reconocer y pagar altos sueldos á sus sultanes, solo porque no quisieron rendirse. La historia nos dice que no hay poder humano que pueda sojuzgar á un pueblo que sostiene su independencia.

Hacemos votos por la independencia y prosperidad de Filipinas, por el triunfo de nuestras armas, por la felicidad de nuestros compatriotas, y en fin, porque en el siglo XX desaparezcan ya, no solo las guerras sino también las fronteras, no reinando en el Universo más que la ley del amor y de la fraternidad.

¡No necesitamos limosna de nadie! - Varios compatriotas nuestros residentes en Europa han tenido la atención de enviarnos una muy bien escrita contestación en inglés al conocido cuestionario del general americano Wheeler, para que la suscribiéramos

Nosotros estamos completamente de acuerdo con las luminosas ideas de ellos; y sin embargo, no hemos querido suscribirla porque creemos y así lo sostendremos siempre que no necesitamos mendigar como una limosna nuestra independencia, ni de mister Mc-Kinley ni de mister Bryan, y mucho menos prestarnos á las tomaduras de pelo del general Wheeler.

Nosotros pedimos y pediremos nuestra independencia, no á los extraños, porque esto consideramos deprimente á la dignidad de un hombre de honor que quiere ser libre, sino á la constancia y bravura de nuestros soldados, y á nuestra propia perseverancia.

Ya estamos viendo evidentemente que los imperialistas con una infructuosa campaña de dieciséis meses son impotentes para domeñarnos, y si precisamente ahora viniéramos á demostrar debilidad, todo lo echaríamos á perder. Lo que no han conseguido nuestros enemigos hasta ahora, jamás ya lo conseguirán.

¿No nos consideran por boca de Mr. Beveridge, quien antes de pronunciar su discurso, lo había consultado con Mr. Mc Kinley y otros prohombres de su partido; no nos consideran—repetimos—sino sólo como unos *chiquillos ambiciosos*?

Pues entonces, ¿cómo van á hacer caso de nosotros?

Demostremos primero con una guerra tenaz y sin crímenes que nosotros no somos lo que ellos se figuran, y sólo cuando nos ofrezcan la independencia, tendremos

mucho gusto en aconsejar espíritu de transigencia en las condiciones.

Pero mientras eso no llegue, toda impaciencia por entendernos con los yankis, será interpretada por debilidad nuestra.



El alcalde D. Francisco Rivero

Uno de los representantes del Gobierno filipino en el Japón.

Están bien en Manila los que no han nacido para la guerra; pero que dejen en paz á nuestros soldados que cumplan con su deber y con su propia dignidad, y á nosotros que estamos lejos del teatro de la guerra y cerca de los centros diplomáticos de Europa y América, y que podemos mirar con serenidad el pavoroso problema de actualidad, dejados alentados por los nuestros con verídicas noticias, demostrándoles su verdadera fuerza y anunciándoles que según todos

los diplomáticos de Europa, seremos sin duda alguna por nuestros PROPIOS *esfuerzos* independientes, si sabemos tener un poco de paciencia y tenacidad.

Nada nada de súplicas; zurrad, zurrad, ¡que es tarde!

Ya hemos probado con datos oficiales que Filipinas tiene 1.300 pueblos y 13 000 aldeas, (más bien más que menos,) y resulta que los 65.000 que destina Mc-Kinley con tanta arrogancia para meternos en cintura (!) no son más

que como una gota de agua perdida en el mar, aparte que esos 65 000 se han reducido pronto á la mitad por heridas y enfermedades propias del país, cuyo clima es el peor enemigo de los imperialistas.

Esto no necesita probarse, porque todos ya lo estamos viendo. (25 Mayo 1900).

Auxilio del extranjero.—En medio de tantas injusticias de los imperialistas, nos consuela la noble actitud del candidato demócrata á la Presidencia de los Estados Unidos Mr. Bryan, que ha tenido que alquilar un tren para ir de pueblo en pueblo á pronunciar seis discursos diarios, encaminados á demostrar que según el espíritu de la Constitución norteamericana y los caballerescos sentimientos del pueblo de Washington, de ninguna manera se puede aprobar ni aceptar la venta de los filipinos á precio mucho más bajo que un rebaño de cerdos, como él dice.

Hasta aquí hemos esperado que la parte sensata de los Estados Unidos al fin prevaleciese sobre la ambición política de Mc Kinley, que es completamente opuesta á las humanitarias tradiciones de los fundadores de aquella gran República, especialmente del ilustre Washington quien aseguró que la mejor política es la de buena fe.

En este mismo folleto insertamos un artículo en el cual manifestamos que no vamos contra Norte-América, sino contra el imperialismo, que quiere echar la cadena del esclavo á nuestro pueblo.

Pero visto el dictamen de la Comisión parlamentaria, contra el cual hemos protestado con viveza, ya es tiempo de decir claramente que triunfe ó nó la candidatura de Mr. Bryan que nos ha prometido noblemente nuestra independencia, seríamos muy negligentes si todo lo dejásemos al azar, y no aprovechásemos los anuncios de próximos conflictos internacionales en el mar de China y en el Pacífico, para buscar la alianza de nuestro hermano de origen, el Japón, y al mismo tiempo explorar las condiciones que nos exigiera Alemania, Rusia y Francia a cambio de proteger ellas nuestra independencia contra la alianza anglo sajona, que amenaza con absorberse todas las colonias de las demás naciones.

Tenemos absoluta confianza en nuestros propios esfuerzos; pero debemos agotar todos los medios para llegar cuanto antes á la consecución de nuestros ideales, cuidando mucho de que los tratados que se celebren, sean fehacientes y muy claros, no vayamos á caer en las garras del león al huir nosotros del lobo.

Está muy nublado el horizonte político con motivo de la guerra del Transvaal. Las escuadras de Francia y

Rusia unidas esperan órdenes en el golfo pérsico en el caso de que hay que proceder contra la alianza anglo-yanke^a. Francia trata de resucitar la cuestión de Egipto, mientras Rusia envía ejército á las fronteras de la India amenazando aquella posesión inglesa. Como estalle la conflagración, será segurísima la independendencia de Filipinas. Toda Europa la apoyará por interés comercial, porque siendo nuestro Archipiélago de los yankees, sería imposible toda competencia con ellos.

Dios protege á los débiles que pelean por la justicia.

Si Norte América no acepta nuestra alianza armada y comercial, se la daremos con gusto á otros que garanticen nuestra independendencia (1)

Así verán los Estados Unidos que por querer mucho más de lo razonable, se exponen á perderlo todo.

Esperemos justicia de los Estados Unidos, pero *esperemos andando* y no dejemos escapar las oportunidades.

Nosotros confiamos mucho en la actividad y gran iniciativa de nuestro inteligente plenipotenciario en Europa señor Agoncillo, y creemos que ya se habrá adelantado á estos nuestros deseos (25 Noviembre 1899).

VI

CAPACIDAD DE LOS FILIPINOS PARA GOBERNARSE POR SÍ MISMOS.

Es innegable la capacidad de los filipinos para gobernarse por sí prop os, cuando los mismos norteamericanos nos ofrecen la autonomía. Y todo lo que se diga en contrario es completamente infundado y sugerido por la excesiva ambición de los imperialistas.

En lo político. — Son capaces los filipinos, pues no solo porque se han apresurado á dictar una Constitución que ha merecido los plácemes de toda Europa y América, sino sobre todo, porque han sabido ellos guardarla.

La Delegación filipina en Europa ha hecho una edición lujosa de dicha Constitución, encargándome la revisión de forma y repartiendo por Europa y América muchos ejemplares; y toda la prensa de ambos mundos se ha ocupado con elogio de ella, haciendo constar que los filipinos son dignos de admiración, no solo por su valiente ejército que ha conseguido hacer fracasar los planes de los yankees á pesar de los prodigiosos recursos de éstos, sino también por el espíritu de orden, de progreso y de verdadera libertad que palpita en su Constitución. (2)

(1) Véase pág. 36.

(2) Con el título de *La República Filipina*, dice *El Progreso* de Madrid lo siguiente.

«No nos hemos contentado con «hojear»—como suele hacerse en las redacciones, por falta de tiempo—el ejemplar de la Constitución.

En lo judicial.—Excepto dos militares norteamericanos en la Corte suprema de Justicia de Manila, que son como dos pistolas en manos de un Cristo, todos los magistrados y jueces en el territorio donde dominan los norteamericanos, son filipinos.

En lo gubernativo y administrativo.—También son indígenas todos los alcaldes y demás individuos de los municipios, como lo son asimismo los que componen el cuerpo de policía ó de seguridad en Manila, y filipinos también son los encargados de los centros administrativos y económicos. Y esto mismo ocurría durante la dominación española, en que los auxiliares y escribientes indígenas de dichos centros, eran los que todo lo hacían, pues con el continuo cambio de los empleados españoles, éstos apenas podían enterarse de los asuntos de su negociado, cuando venía su relevo.

de la República filipina, que nos ha remitido el Comité de Madrid, sino que le hemos leído detenidamente.

Pasma la potencia intelectual y expansiva que desarrolla en los pueblos la revolución armada y el ejercicio de la lucha para la conquista de grandes ideales, la independencia y la libertad.

El pueblo filipino, esclavo ayer, y hoy, ahora mismo, soberano y dueño de sus destinos, en cuanto es posible que lo sea quien acaba de nacer á la vida, ha promulgado una Constitución, la elaborada por el Congreso de Malolos, que nosotros la quisiéramos para un día de fiesta.

Arranca de la soberanía popular; establece tres poderes independientes entre sí; el legislativo, el ejecutivo y el judicial; crea una sola Cámara, garantizada contra el Poder ejecutivo y contra el mismo Presidente de la República, al que no concede la facultad discrecional de disolverla; limita mucho otras facultades de dicho Presidente; estatuye claramente la responsabilidad personal de los funcionarios; establece la separación de la Iglesia y el Estado, incautándose éste de todos los bienes que aquella tiene en la República; concede una amplia autonomía administrativa; reconoce un sólo fuero, el común, respetando el de Guerra y Marina sólo para los delitos que afecten á la disciplina de los ejércitos.

Es, en fin, una Constitución prudente, progresiva y abierta á mayores progresos, digna de un pueblo culto que tiene conciencia de sus deberes y derechos.

De tal modo se emancipa de todo prejuicio religioso, que en el Código fundamental no se cita una sola vez el nombre de Dios.

Deseamos ver en el porvenir á la joven República oceánica, marchando por el camino de la prosperidad y la civilización.»

«Tal es la Constitución filipina, termina un largo artículo *El Correo Español* de Buenos Aires, á la que puede reprocharse sin duda poca originalidad, por la rapidez con que ha debido de ser redactada, pero en la que se observa un espíritu liberal progresivo y ampliamente moderno que sorprenderá sin duda á los que creían que ese país estaba sumido en el mayor atraso por las autoridades españolas, harto calumniadas en este como en otros muchos conceptos.

En la enseñanza. Filipinos son también todos los maestros y maestras de primera enseñanza, hasta los profesores de la Universidad y de los colegios de 2.^a enseñanza en Manila.

En lo religioso. Asimismo son indígenas los sacerdotes que ahora administran todas las parroquias y gobiernos eclesiásticos, excepto en Manila.

En lo militar. Hasta ahora no ha ocurrido ningún caso de insubordinación ni de fusilamiento entre los filipinos, y si Aguinaldo ha conseguido triunfar hasta aquí, es indudablemente por la excelente disciplina que existe en su ejército.

Todo lo que se diga de insubordinación es falso. Los españoles y cuantos conocen el carácter sumiso de los filipinos, jamás podrán creerlo.

Es más, ni siquiera hay partidos políticos en el campo filipino: todos obedecen y ayudan al ilustre Aguinaldo, en quien todos tienen ciega confianza por su honradez, desinterés poco común, tacto extraordinario y admiración al talento.

Y Aguinaldo, en vez de portarse como dictador, nada hace sin consultar con la Asamblea de representantes y con su consejo de secretarios, ni aun en tiempos de dictadura, y no modifica sus secretarios ó ministros por su propia voluntad, sino cuando se lo aconseja la Asamblea: es verdadero mandatario y ejecutor de la voluntad nacional, y así como es un valiente en los campos de batalla, donde ha conseguido inesperadas victorias por su admirable arrojo, en lo político quiere caminar con pies de plomo y con tal respeto á los filipinos inteligentes, que ha dado lugar á los generales norte-americanos á creer que él no es más que un instrumento de aquellos, según dijo Dewey en su informe oficial.

Pero eso es inexacto. Lo cierto es que el pueblo filipino es por su naturaleza muy gobernable y disciplinado, y está convencido de que las autoridades que elige, raras veces se atreverán á salirse de sus atribuciones, so pena de inutilizarse ellos mismos para volver á desempeñar destinos.

Un razonamiento que no tiene vuelta de hoja. — Si verdaderamente, pues, Norte-América quiere nuestra independencia, cumpliendo así el espíritu de su Constitución que proclama el derecho de los pueblos á gobernarse por sí mismos, ¿por qué no empieza con un ensayo dejándonos gobernar con independencia? Cuando demostremos nuestra incapacidad, cuando estallen disturbios interiores y se patentice la necesidad de su intervención para garan-

tizar el orden, entonces, sólo entonces la será permitido hablar de nuestra incapacidad.

Pero mientras esto no lo haga Mr. Mc Kinley, vanos serán sus esfuerzos para disimular sus miras ambiciosas.
—(25 de Noviembre 1899)

VII

¡LA GUERRA CON LA GUERRA! NADA DE COMISIONES NI DEBILIDADES.—AGUINALDO Y LA SEGUNDA COMISIÓN NORTEAMERICANA.—¡VIVA LA INDEPENDENCIA DE FILIPINAS! NO CABE OTRA SOLUCIÓN.—OTRO INSULTO AL PUEBLO FILIPINO.—EL IMPERIALISMO ES EL MAYOR OBSTÁCULO PARA EL DESARROLLO DE LAS RIQUEZAS DE FILIPINAS.—¡MALDI OS SEAN LOS PASTELEROS! CONTRA LA TRAICIÓN: Á GRANDES MALES, ENÉRGICOS REMEDIOS.—RAMO DE OLIVO.

¡La guerra con la guerra!—*La dictadura* —Telegrafia el general Jaramillo al gobierno español (1), que según rumores, Aguinaldo se ha proclamado dictador, sin duda porque, como la campaña va á entrar en un período de actividad por parte del enemigo, que trata de atacarnos por Pangasinán, Tarlak, Kavite, Laguna y acaso por otro punto más, será necesario que nuestro ilustre Presidente asuma todos los poderes en su persona para obrar con más prontitud y energía.

No nos gustan las dictaduras y nosotros siempre ponemos la ley por encima de las personas por respetables que éstas sean; pero si la dictadura de Aguinaldo tiene por objeto acabar con las contempORIZACIONES con los ambiciosos imperialistas, y contestar enérgicamente la guerra con la guerra, venga enhorabuena.

No hay nada más funesto que los espíritus débiles en la gobernación del Estado, especialmente en estos períodos de lucha.

Los términos medios no caben en política, son contraproducentes y enteramente estériles.

Los negociantes yankees hacen odiosa gala de sus riquezas y sonriendo socarronamente, ofrecen su fangoso bolsillo á Aguinaldo.

Conteste, pues, nuestro insigne caudillo como se debe contestar á un atrevido. La paz de Biyak-na-bató la aceptó Aguinaldo sólo por la fuerza de las circunstancias, porque la insurrección de 1896 no estaba preparada, surgió improvisadamente por la sangrienta persecución que hacían los frailes á sus enemigos, y los filipinos no contaban

(1) 25 de Noviembre de 1899.

más que con cuchillos de cocina y con ramas de árbol puntiagudas por lanzas.

Pero ahora que nuestro denodado general tiene á su lado á todo el país, dispuesto á secundarle con todas sus fuerzas, hasta los pueblos que se creen sometidos á los imperialistas, no tendría perdón de Dios si aceptase un *pastel*.

Mas, Aguinaldo es de los que saben morir con honra antes de aceptar una vergonzosa componenda, por lo cual tenemos ciega confianza en él y aceptamos sin vacilaciones su dictadura.

¡Arriba, pues, los corazones! ¡Duro y á la cabeza!

Adquirir muchas armas en el extranjero, economizar sangre, no librar batallas campales, observar con solicitud los movimientos del enemigo, estar siempre preparados para atacar sus puntos vulnerables, y mucha actividad en las guerrillas, para hacerle imposibles el reposo y la seguridad, mientras el clima envenena la atmósfera para el ambicioso invasor.

Nada de comisiones ni de parlamentos. La guerra se hace con la guerra. Combatir siempre con fé hasta que ellos, cansados de hacer tantos sacrificios en sangre y dinero, nos digan:

—Ya vamos á cumplir honradamente nuestras promesas.

¡Valiente ejército filipino! El mundo entero contempla atónito tus grandes hazañas. Sigue, pues, demostrando que mereces la admiración de toda la humanidad.

Aguinaldo y la segunda Comisión americana.— En nuestro número 3, correspondiente al mes de Noviembre de 1899 (el anterior artículo), hicimos constar que, aún poniendo siempre la ley por encima de las personas por respetables que éstas sean, aceptábamos, sin embargo, por imposición de las circunstancias, la dictadura militar del ilustre Aguinaldo y hasta la abrazábamos con entusiasmo, si con la dictadura iba á acabar con las comisiones y parlamentos con los yankees, ó sea con las vergonzosas tentativas de pasteleo con los enemigos de nuestra patria. En el mismo número hemos aconsejado á nuestros compatriotas que *jamás* aceptasen el desarme, pues las armas serían la única garantía de que los Estados Unidos cumplan sus compromisos con nosotros. Y en todos nuestros números siempre hemos hecho propaganda en pro de nuestras ideas de hacer la guerra con la guerra, para inspirar respeto á nuestro poderoso enemigo, el cual sin duda, por aquellas vituperables tentativas de pasteleo nos mira por encima de los hombros.

Nuestro noble caudillo no ha defraudado nuestras esperanzas y con motivo de la llegada á Manila de la nueva comisión americana encargada de organizar políticamente el Archipiélago, él ha publicado un manifiesto fechado en la isla de Polillo, al este de Luzón, el cual se ha repartido profusamente, incluso en la capital.

Dice en él que la comisión nombrada por el presidente Mc-Kinley no tiene poderes de las Cámaras yankees, y disuade á nuestros compatriotas de entregar sus armas á los comisionados, cuyos tratos podrían no ser ratificados por el poder legislativo.

El documento termina aconsejando á los filipinos que continúen luchando por nuestra independencia y vivan prevenidos contra las falaces promesas de los Estados Unidos.

A esta viril proclama de nuestro invencible general, valientes filipinos, contestemos con todo el entusiasmo de que son capaces nuestros corazones:

¡Viva la independencia de Filipinas! ¡Bendita sea la guerra! ¡Viva Aguinaldo! ¡Fuera los cobardes y los pasteleros!

No cabe otra solución que la independencia.—Mr. Mc-Kinley, con el fin de que salga triunfante en las próximas elecciones de Presidente en los Estados Unidos, está haciendo lo imposible para comprar á los Jefes filipinos y decidirles á aceptar un vergonzoso pastel.

Varios periódicos de Londres publican un telegrama de Manila, (22 Junio 1900) en el cual se asegura que entre la nueva Comisión americana y 200 filipinos influyentes se ha firmado los preliminares de paz en aquel Archipiélago, con las siguientes condiciones de paz.

- 1.^a Armisticio general por ambas partes.
- 2.^a Devolución de las propiedades confiscadas.
- 3.^a Los oficiales generales filipinos habrán de obtener mandos en la nueva milicia que se organice.
- 4.^a Una parte de los ingresos que se recauden en el Archipiélago habrá de ser destinada á aliviar á los necesitados, que han resultado á consecuencia de la guerra.
- 5.^a Quedarán garantidos los derechos individuales, según los define la Constitución de los Estados Unidos.
- 6.^a Se establecerán gobiernos civiles en Manila y en las provincias, y serán expulsados los frailes.

Estas condiciones habrán de ser aprobadas por el generalísimo Aguinaldo.

En rectificación de semejante noticia, nos escribe nuestro distinguido Plenipotenciario, Sr. Agoncillo, lo siguiente:

«Pueden ustedes declarar con energía que esta paz, si

verdaderamente ha sido firmada, carece en absoluto de valor. Aguinaldo no la aprobará jamás. Los filipinos que negociaron esa paz, son traidores á la causa nacional, pues han aceptado en Manila funciones retribuidas por los americanos.

El único ideal que perseguimos es la independencia de nuestra patria.

Actualmente nuestras fuerzas se extienden por todo el territorio filipino. Se ha hecho tan crítica en Manila la situación, que el general Mac-Arthur ha tenido que poner en vigor el decreto ordenando á los habitantes retirarse á sus casas á las siete de la tarde.

Cinco mil filipinos presentarán muy pronto una instancia á la comisión civil americana, pidiendo el reconocimiento de la independencia filipina, para que la trasmita al Gobierno de Washington.»

Es difícil juzgar con acierto la cuestión con los lacónicos, acaso equivocados, datos que nos trae el telégrafo, el cual casi siempre nos comulga con 95 *canards* por 5 verdades.

Desde luego nada podemos decir en contra de las condiciones 1.^a, 2.^a, 4.^a y 5.^a

Pero aun suponiendo que admitiéramos la soberanía norteamericana, que jamás, —¡entiéndase bien!— jamás aceptaremos, mientras nos quede una pizca de vergüenza, no nos contentaríamos solo con esas condiciones.

El problema filipino ofrece más dificultades, muchísimo más de lo que se creen los desconsiderados pasteleros; dificultades casi todas insuperables con la autonomía, si no nos reconocen la independencia.

Vamos á ser breves.

¡Qué! ¿Se conforman nuestros generales que tienen ganados sus entorchados mucho mejor que todos los generales del mundo, puesto que los han conquistado en una heroica guerra entre pigmeos y gigantes; se conformarán con descender á la categoría de *kapuitan* ó *tininti* de cuadrilleros ó de aquellos pobres diablos de *sundalong mantika*?

¡Já, já, já! Dejemos la manteca á los gastrónomos *amerri... kanins*, que nuestros soldados, gracias á Dios, todavía no necesitan comer á costa del enemigo de nuestra patria.

Y bien; ya están nuestros generales, esos jóvenes que, según el más importante de los periódicos del mundo, *Le Figaro* de París solo son comparables con los inmortales hombres de la Revolución francesa ó con los héroes de Corneille; supongamos—repetimos—que ya están de *kápitán* ó *tininti* de *Malicia*: ¿y los jefes, los oficiales, los sargentos y sobre todo, ese héroe anónimo ó carne de cañón,

los dejaréis en medio de la calle ó en la deportación con el vil pretexto de que son supuestos bandidos?



El carro de la Independencia

Simbolizada en una hermosa filipina, vestida con el lujoso traje del país, la cual lleva en una mano la bandera de la heroica nación, y en la otra, la Constitución ó Acta de Libertad. Este carro, que era de plata, figuró en la cabalgata con que se solemnizó en Malolos la proclamación de la República, en 28 de Septiembre de 1898.

Nuestros valientes generales son más honrados de lo que se pretende y jamás abandonarán los derechos adquiridos de sus subordinados. Y si nó, caiga sobre ellos la maldición de todos!

Ya hemos dicho varias veces que maldita la falta que nos hacen gobernadores civiles filipinos (¿ó yankees?) si

encima de ellos hay un *petit empereur* yankee, que los convierte en serviles mandaderos, ni más ni menos que nuestros antiguos gobernadorcillos, que por descuidarse de inspeccionar si tenían chocolate los alcaldes castilas, les azotaban ó los trataban de bestias en presencia del público. Y cuidado que los yankees se van haciendo ya más cargantes aún que los otros.

Porque sabemos de buena tinta que los gobernadores filipinos de Kagayán, Negros y otras provincias no son más que figuras decorativas que inspiran lástima, ó verdaderos criados que sirven de intermediarios entre el pueblo y los yankees, pero que no mandan en nada y sí responden de todo con sus vidas. Son incontables ya los alcaldes que han sido condenados á presidio por los yankees so pretexto de estar en inteligencia con los revolucionarios.

Es muy fácil decir que se garantizarán los derechos individuales en las colonias: pero en la práctica todos los atropellos de los metropolitanos han de quedar impunes. Para probar esto, no hay más que leer la prensa de Manila.

¿Han devuelto los yankees los bienes que habían saqueado con ocasión de los incendios de Tondo y otros arrabales de Manila y en otros muchísimos puntos del Archipiélago?

¡Derechos individuales donde hay una Corte Superior del Preboste con facultades para confinar gubernativamente á Honolulu con ó sin trabajos forzados! Corte Superior que pone en situación ridícula á la otra Corte Suprema de Justicia, donde figuran filipinos, en una misma capitalidad.

En tiempo de los españoles, y aún ahora bajo la dominación militar de los norte americanos, ¿no están también garantizados nominalmente esos derechos individuales?

Pero del dicho al hecho hay tan gran trecho, que sólo es comparable á la inmensidad del Océano Pacífico que separa á América de Filipinas.

Diganlo, si nó, los periodistas de Manila, que gubernativamente, esto es, sin darles explicación alguna, gimen aún en la prisión.

¡Y qué! Ahora que los autores de los empréstitos hechos por Aguinaldo, ya están tranquilamente en sus casas de Manila, ¿se han olvidado de los modestos capitalistas que han confiado sus pequeños ahorros á la honradez de sus firmas? Hay que pagarles á toda costa, porque esto serviría de funestísimo precedente para el porvenir, no solo á los filipinos, sino también á los norte americanos en el caso de que se vean obligados á recurrir á semejantes

empréstitos. ¿Acepta América pagarlos? Claro es que no.

¿Y la cuestión de los bienes de los frailes? ¿Es justo que éstos se queden con los que han usurpado á los verdaderos propietarios abusando de su omnipotencia con los gobernantes españoles y de la timidez de los usurpados? ¿Es justo que los Estados Unidos se presten á devolvérselos y á reconocer simuladas ventas, siendo así que los frailes no han devuelto aún los fondos de las Iglesias parroquiales que son propiedad de los munitos filipinos? Hay que recordar que la cuestión ésta agraria fué una de las principales causas de la insurrección filipina contra España. Y en el tratado de paz que se proyecta, es preciso atar todos los cabos y liquidar todas las cuentas.

Pero por el tratado de París, los Estados Unidos se han comprometido con España á garantizar las propiedades de los particulares y de las Corporaciones españolas, de modo que ésta es una prueba más de que solo con la independencia se allanarían muchas dificultades.

Y expulsados los frailes, ¿quiénes desempeñarán los obispados y parroquias? Nosotros los reclamamos exclusivamente para los filipinos, ya que en los Estados Unidos están separados la Iglesia y el Estado.

¿Y la cuestión de la inmigración china, que debemos cortar por perjudicialísima al país?

¿Y dónde nos colocaréis á nuestros abogados, médicos y otros jóvenes que se pasan lo mejor de su vida estudiando para tener un modesto porvenir? ¿Volverán á ser escribientes, aspirantillos, personeros, picapleitos y mediquillos ó mendiguillos?

¿Y para todo esto nos habéis hecho perder miles de vidas é incalculables haciendas?

La autonomía es una solución de mala fe, para los filipinos y para los yankees: para los filipinos, porque sólo la aceptaríamos con la reserva mental de dar un puntapie á la soberanía extranjera en la primera ocasión propicia que se nos presente; y para los norteamericanos, porque éstos nos prometen ahora el oro y el moro, para burlarse de nuestra credulidad tan pronto lo puedan, así como ya fueron suprimiendo el orden de cosas que al principio han creado en las islas de Negros y Cebú.

Como nosotros estamos convencidísimos de que los yankees no pueden dominarnos, si no nos vendemos miserablemente á ellos, y sabemos que tendrán que ceder en todas nuestras justas reclamaciones, como han llegado hasta á reconocer implícitamente la esclavitud en el tratado con el Sultán de Joló, reclamamos todos los empleos en Filipinas; todos en absoluto los reclamamos exclusivamente para los filipinos, porque, repetimos, sin esos pode-

rosos atractivos, no tendría razón de ser el imperialismo anexionista, y nuestros gobernantes serían muy criminales, si por debilidades cediesen á los invasores un ápice de los derechos de nuestros compatriotas y de nuestros hijos. ¿No dicen continuamente los yankees que nada ambicionan en nuestro país?

Por milésima vez repetimos que no cabe otra solución que la independencia bajo el protectorado de los Estados Unidos, y un plebiscito sincero haría airosa la retirada ó la modificación de la política de Mr. Mac-Kinley en Filipinas, si bien sería más airosa aún que él espontáneamente reconozca desde luego nuestra independencia.

Otro insulto al pueblo filipino.— Aunque parezca mentira, al fin salió aquello de la amnistía de que hablamos anteriormente.

Nada menos que cuatro meses tardó el honorable emperador de los chanchulleros para decidirse á recurrir á medios tan repugnantes como ridículos, como los de hacer figurar que la guerra en Filipinas está terminada, para con este pretexto ofrecernos, no sólo una amnistía que no necesitamos, sino hasta el sucio bolsillo de los chanchulleros.

Con fecha de 21 de Junio último se ha ofrecido á los filipinos noventa días para acogerse á los beneficios de la amnistía, y no sólo nos perdonarán la vida (muchas gracias), sino ¡oh colmo de generosidad! nos darán treinta pesos por cada fusil en buen estado que les entreguemos.

¡Infelices! ¿En tan bajo precio avaluáis nuestro decoro, nuestra libertad, nuestros derechos de individuo y de nación y el porvenir de nuestros hijos?

Ya que estáis empeñados en hacernos hipócritas, canallas y desvergonzados, casi, casi estamos tentados de aconsejar á nuestros compatriotas que les entreguen los inservibles fusiles de chispa de los antiguos cuadrilleros, para con el producto de ellos, comprar otros nuevos, y cuando más confiados estén los yankees de nuestra *falsa* sumisión á ellos, les pasemos á cuchillo sin dejar ni uno que vaya á contar á su mamá cómo ha violado tan impunemente á nuestras mujeres ó saqueado nuestras casas.

No es nuevo lo del ofrecimiento de treinta pesos por cada fusil, pues hace ya un año que lo están practicando (léase el primer número de *Filipinas ante Europa*); pero de diez millones de filipinos, sólo hubo 15 Iscariotes, según la misma prensa norteamericana, que lo han aceptado.

Cuando un pueblo tan orgulloso y tan pagado de su poder como el yanqui, desciende á esos medios tratando de

comprarnos, eso constituye la mejor prueba de su impotencia para dominarnos

Los senadores Beveridge, Lodge y otros imperialistas, no hacen más que ponderar las portentosas riquezas de Filipinas y las incalculables ganancias que se prometen adquirir de la explotación de nuestro suelo, de nuestro comercio, de los ferrocarriles y de otras grandes industrias que piensan implantar en aquel privilegiado país; pero preguntamos nosotros:

—¿Mientras no se consolide la paz bajo concesiones que tengan fuerza *moral* para obligar a *todos* los filipinos, creéis que faltará insurrección intermitente en Filipinas? Supongamos (que es suponer demasiado) que el 20 por 100 de los filipinos sea tan infame como creen los pobrecitos yankis, que se vendan a ellos; á la mágica voz de *¡Viva la independenciam*, ¿no se levantará el resto, y más probablemente aquellos mismos que habrán recibido dinero de los yankis?

Y no faltará, nó, quien acaudille á los hombres honrados, porque una vez acostumbrados los filipinos á la guerra, ya miran con serenidad la muerte.

Y vaya una noticia que garantizamos con nuestra palabra de honor: *Como los yankis logren (que no lo creemos) vencer, y menos comprar, á los que ahora dirigen la guerra, algunos filipinos que ahora están en el extranjero, se han juramentado á ir entonces á renovar la lucha hasta que consigamos nuestra independencia.*

Conque no seais candorosos en soltar vuestros dollars que tanta falta os harán todavía.

Pues bien, mientras no se asegure la paz en Filipinas, será verdaderamente insensato quien se atreva á llevar importantes capitales á dicho Archipiélago para acometer grandes empresas.

De donde es evidente que el **imperialismo es y será el principal obstáculo para la prosperidad de Filipinas**, pese á todas las hipocresías del honorable Sr. Mc-Kinley.

Contra la traición: á grandes males enérgicos remedios.—La traición es el más asqueroso de todos los crímenes. En la Biblia no hay papel más repugnante que el del Iscariote: Ni las hijas de Lot emborrachando á su padre, para que éste satisficiera los carnales apetitos de ellas; ni los sodomitas asaltando una casa donde estaban unos guapos muchachos para conquistarles como si se tratara de unas bellezas femeniles, ni Caín matando por envidia á su inocente hermano, ni los judíos crucificando al Cristo. ni los grandes bandidos, se pueden comparar con la vileza de Judas, como que el Redentor perdonó á

la mujer adúltera, á Magdalena, y á Dimas, y rogó por sus verdugos, mientras al Iscariote le dejó morir bajo el peso de crueles remordimientos, infamemente ahorcado en un árbol maldito; y tampoco perdonó al traidor fratricida Caín.

Porque muchas veces, la ramera no es más que una víctima de sus fatales instintos; el ladrón, de su pobreza, y el asesino, de un arretrato; pero el traidor no tiene disculpa alguna, sino que, por el contrario, concurren en él todas las circunstancias agravantes del más execrable parricidio.

¿Concebís un monstruo que con una frialdad que aterra, ahoga á sus hijos ó ayuda á sus asesinos? ¿Concebís un aborto de la naturaleza, que asesina á su madre y á su padre, aliándose con sus verdugos? ¿Concebís un malvado que con el más repugnante cinismo del mundo, desprecia los lazos de parentesco y paisanaje, por un puñado de dollars, y se ofrece á los enemigos de sus hermanos y de todos sus parientes, para degollarles á traición?

Pues un traidor á la patria, es más que todo esto reunido en un solo monstruo, porque en la patria están representadas las vidas de los hermanos, el porvenir de los hijos, la honra de la esposa, la tranquilidad y consuelo de los padres, la conservación del hogar que nos vió nacer, la prosperidad del pueblo á quien debemos cuanto somos, y la historia de toda una raza.

El traidor que vende á su patria por un plato de morisqueta, desprecia todas estas muy sagradas consideraciones, sirve de espía al enemigo, le ayuda á asesinar á sus hermanos y quien sabe si á sus mismos hijos, padres y esposa, y no sólo esto, sino que con un descaro increíble hace una propaganda por medio de la imprenta calumniando á sus hermanos que defienden á su patria común, ó seduciéndoles para que imiten su asquerosa conducta, por creer que si aumenta el número de sus cómplices será menos vergonzoso su repugnantísimo crimen; y cuando otros malvados caen en la misma tentación, los primeros traidores se apresuran á felicitarles y darles la bienvenida. ¡Hasta dónde ha llegado la degradación de los ameri... *káin!*

Y todo porque hasta aquí no les hemos dado importancia y siguen impunes.

Antiguamente, las mujeres de Esparta tapiaban vivos ellas mismas á sus hijos traidores. Recientemente, Francia, el pueblo más libre de la tierra, recluyó á Dreyfus en la isla del Diablo, donde envejeció en pocos años por la crueldad de sus torturas. En Irlanda se les somete al *boi-*

coting ó sea una verdadera excomunión, esto es, que los amigos de los dominadores (ingleses) están materialmente incomunicados con el resto del pueblo, porque nadie les habla, ni vende, ni les presta ningún servicio, so pena de incurrir en el mismo castigo. Y en la calle, los *boicoteados* corren grandísimos peligros de ser asesinados y jamás se libran de pedradas.

Y en Filipinas, el Código penal vigente castiga con la última pena y la interdicción civil á los traidores.

Un general filipino que manda una columna de guerrilleros, no muy lejos de Manila, nos escribe con fecha 16 de Diciembre de 1899 lo siguiente:

»Por cada acción que damos, conseguimos un triunfo, porque no aceptamos bata la, sino cuando está muy asegurado el éxito. Supongo que el secretario del exterior tendrá á ustedes al corriente de nuestras operaciones.

»Pero á cambio de nuestros éxitos, un par de malvados, que siempre se han distinguido por su falta de tesón y patriotismo, se han vendido miserablemente al enemigo. Y lo celebramos, porque los cobardes no inspiran más que desaliento. Es muy cierto lo que dijo Mabini que la guerra es un crisol muy necesario para distinguir á los filipinos *de ocasión* de los verdaderos patriotas.

»Pero para que el mal se corte en sus principios, se ha circulado por el Estado mayor general la orden de hacer jurar á los revolucionarios, tanto militares como civiles, romper todo trato con los traidores ó americanistas, y exigir, cualquiera que sea el arreglo futuro de la paz con los Estados-Unidos, que los nombramientos hayan de ser por elección popular, para inhabilitar por siempre á todos esos miserables que posponen el supremo interés de la patria al suyo bastardo, haciéndose así efectiva la interdicción perpétua ó muerte civil á que son acreedores los pérfidos. También se ha ordenado aplicar con todo rigor la ordenanza y el Código penal á los infames. En Pangasinan, especialmente en Malasikí, no ha quedado ni un solo americanista para contar.

»No somos tan tontos que hemos de sacar las castañas para esos traidores. Sería muy triste que nuestros soldados estén comprando con su preciosísima sangre y con inmensos sacrificios y privaciones nuestra libertad y el gobierno propio de nuestro pueblo, para que esos desvergonzados hijos de Judas vengán á recoger los frutos de los sacrificios de aquellos mismos á quienes han vendido indignamente al oro del enemigo.

»Los yankees se aprovechan de su traición, porque ahora los necesitan, para después darles un puntapié como se merece todo traidor. ¿Quién se fiará de los pérfidos?

Son tan ciegos que no han reparado en esto. En el mismo Manila no están seguras sus vidas, porque el pueblo trata de darles un duro escarmiento».

Lo lamentamos sinceramente; pero también lamentamos el descaro con que contadas personas pescan á bragas enjuntas empleos ofrecidos por los yankees, alentando con sus felonías á los enemigos de la patria.



D. José María Basa

Complicado en los sucesos de Cavite en 1872, como supuesto Ministro de Fomento en la República filipina.

los revolucionarios y americanistas; pero cuando ya iba á dar á la imprenta, recibí *La Democracia*, en que se reproducía un artículo de *La Libertad*, que me exasperó porque en él se hacía propaganda manifiesta en pró del americanismo, y luego recibí cartas en que se maldecía á dos jefes filipinos que se habían entregado de una manera muy dudosa á los americanos en Kagayan y otra provincia, y como esto coincidió también con las derrotas de nuestro ejército, resolví retirar el artículo *Ramo de olivo*, porque

Lamentamos las muertes de las víctimas del *boicoting* katipunero (*dúkut*); pero también lamentamos mucho más las de nuestros hermanos que perecen por defender nuestra patria en una guerra que, según el mismo Mr. Mac-Kinley, no se apoya mas que en la falsa adhesión de esos perversos ameri...
kinins.—(10 de Febrero de 1900).

Ramo de olivo.

—Antes de escribir el anterior artículo, tenía yo otro (1) que se iba á publicar con mi firma para invitar á una concordia á

(1) Lo sabía mi particular amigo Dr. T. H. Pardo de Tavera.

hubieran podido interpretar por una súplica de auxilio ó por un signo de abatimiento.

Pero ahora que los nuestros han vuelto á rehacerse y que los norteamericanos empiezan á reconocer su impotencia y también porque hemos recibido cartas en que se nos asegura que esos americanistas simpatizan privadamente con los revolucionarios, creo que ya es ocasión de publicarlo. Decía yo:

«Vamos á emprender una labor de paz entre independientes y americanistas, labor que acaso no nos acarreará más que disgustos, porque en política no caben términos medios, y tal vez se nos tachará de navegar en las aguas.

No importa; y todo sea por nuestra patria. Los filipinos me conocen y bastante saben que por defender á nuestro pueblo, he sufrido grandes amarguras.

Han llegado á mi poder, casi al mismo tiempo, varias cartas y folletos de caracterizados filipinos, todos amigos á quienes por igual aprecio mucho.

La primera, es de un representante de la Asamblea filipina, que al principio creyó que el *americanismo* era un mal necesario que no era prudente rechazar, dados los inmensos recursos del enemigo y sus halagadoras promesas de libertad y que ahora tiene el valor de reconocer su error confesando la impotencia y la mala fé de los imperialistas.

La segunda, es de un antiguo abogado de mucha instrucción y habilidad y partidario de Aguinaldo, el cual me invita, dada la independencia de mis opiniones, á que sirva de intermediario para la reconciliación de los filipinos de opuestas ideas.

La tercera, es de un distinguido director de un periódico americanista, el cual, refiriéndose á mi artículo *Problema filipino*, publicado en *La Correspondencia de España* en Agosto último, dice que respeta mis opiniones opuestas á las suyas y que su partido (americanista) no tiene otro objeto que reconciliar á los filipinos en armas con los americanos.

La cuarta, de un ilustradísimo Presidente de Comité, cuya energía tanto me entusiasma y que al darme noticia del desaliento y desengaño de los *americanistas*, en vez de escarnecerles, les trata ahora con caballeresca benevolencia.

Y dos folletos: uno anti-americanista, titulado: *¡Abajo caretas!* muy expertamente escrito; y otro disolvente, de Isabelo Artacho.

Antes de entrar en materia, voy á invocar la grata memoria de nuestro sabio Marcelo H. del Pilar, cuyas luces é imparcialidad ya no se pueden poner en duda.

En carta de 3 de Noviembre de 1894 á la logia *Modestia*, decía aquel insigne patriota:

«Piensa mal y acertarás», dice un refrán español; esta regla de desconfianza está bien para observar con enemigos ó con personas con las que no tenemos ningún lazo de afecto, pero con amigos, correligionarios y hermanos, es una regla disolvente, imposibilita el afecto y el respeto mútuos, y donde no existen estas cosas, no hay organización posible, es inevitable la dispersión de fuerzas.»

Pues bien, ¿quiénes son los americanistas?

Son filipinos y hermanos nuestros, son personas que vivían de sus carreras y de pequeñas rentas, y tanto ellos como sus familias estaban acostumbrados á ciertas comodidades, y que ahora se han pasado á los americanos, porque los invasores les dan buenos sueldos, que tanto necesitan aquéllos para sustentar á sus hijos.

Esta conducta, claro es, es altamente inmoral; pero también hay que tener en cuenta que si es muy santo y laudable morir por la patria, tampoco se puede, humanamente hablando, dejar de comer, mientras vivamos.

Así lo comprendió el ilustre Aguinaldo, el cual, desde un principio, dió pases á los hombres que no son de armas, para que fuesen á ganar la vida en los pueblos sometidos á los americanos. Y nosotros no podemos ser más papistas que el Papa.

A los americanistas, pues, yo les diría:

—Continuad desempeñando honradamente los cargos que habeis recibido de los americanos, administrando justicia y desempeñando el sacerdocio de la medicina, porque vuestras familias necesitan vuestros sueldos.

Pero los norteamericanos tampoco os pueden obligar á renegaros de vuestra patria, así es que con teson espero que empleéis vuestra influencia con ellos para que traten mejor á los compatriotas nuestros, que caen en sus manos ó están en los pueblos sometidos. Y haréis bien en denunciar en vuestros periódicos los atropellos de aquéllos. Si no les mostráis dignidad, carácter y energia por defender vuestros derechos, seréis despreciados por ellos mismos y se acostumbrarán á trataros como esclavos.

A nosotros dejadnos luchar en paz por la independencia de nuestra patria; no hagáis caso y no contestéis las burlas que solemos dirigir á los americanistas, porque las creemos necesarias para que no cunda el americanismo, teniendo en cuenta que el verdadero valor consiste en saber dominar las propias pasiones; no aticéis el fuego de la discordia con supuestos remitidos, sino que seáis el intermediario con los americanos, para que éstos nos hagan

justicia, y no olvidéis que nuestra causa es también vuestra y de vuestros hijos.

No seáis imprudentes: la guerra no podrá durar más de tres años, y triunfemos ó no, ni con un mar de lágrimas y de arrepentimientos podréis lavar la mancha de antipatriotas, si os portáseis como tales.

Por mi parte, no puedo calificaros aún de antipatriotas, porque, según me escribe uno de vuestros jefes, se formó el grupo americanista para reconciliar á los filipinos con los americanos. Y esto me parece cierto, porque el señor Aguinaldo llegó á nombrar comisionado suyo á un americanista, como el notable jurisconsulto D. Florentino Torres, en Mayo último (1899).

El americanismo, pues, de ustedes, no debe tener otra significación que esa de reconciliar, porque no podría haber dentro de la decencia, si tuviese la finalidad de atraernos la soberanía extranjera, y mucho menos, de trabajar en pro de ella.

De todo corazón os ofrecemos el ramo de olivo, y supongo que no lo desdeñaréis.

Ayudadme, pues, á pacificar los ánimos.

Unidos, seremos más fuertes y respetados, y divididos, no mereceremos más que las desdeñosas carcajadas de todos.

Ah, ya nos íbamos á olvidar: El desahogo de Artacho no creemos que lo haya escrito él, á no ser que estuviese completamente ciego por un espíritu de venganza, pues cuando le conocimos en Filipinas, era patriota y fué quien me llevó en 1896 una carta de mi queridísimo amigo Pepe Ramos, dándome cuenta de sus trabajos en el Japón en pro de nuestra independencia.

Terminaremos con una reciente exclamación del ilustre Aguinaldo:

«¡Viva la unión de los filipinos!»

VIII

AL MISMO TIEMPO QUE PREDICAMOS LA GUERRA, POPULARIZAREMOS EL ARTE MILITAR.

I.—Táctica de guerrillas.—Los imperialistas de los Estados Unidos quieren esclavizarnos y usufructuar nuestro rico Archipiélago, y para disimular su rapacidad y el atropello, alegan como pretexto el de que sin su intervención sobrevendría una anarquía en Filipinas.

Y la guerra de guerrillas tiene por objeto demostrarles lo contrario; esto es, que hasta que reconozcan nuestro derecho á la independencia, no habrá tranquilidad en nuestro desgraciado pueblo, porque éste no cesará de hos-

tilizar al ambicioso invasor, haciéndole imposibles el reposo y el disfrute tranquilo de lo que él quiere robarnos; y que en vez de sacar fabulosas utilidades de nuestras inmensas riquezas naturales como ellos sueñan, los Estados Unidos vendrán á invertir rios de oro y de sangre sin provecho alguno, y es indudable que si sostenemos la guerra por unos años, como por muchos más sostuvieron todos los pueblos que son ahora libres, Norte-América acabará por reconocer que le trae más cuenta nuestra alianza militar y comercial, que una soberanía muy costosamente sostenida por las armas y llamada a desaparecer, ó al menos á debilitar á la Metrópoli, moral y materialmente, en cualquier conflicto internacional.

Nuestros guerrilleros, pues, no tendrán necesidad de librar batallas campales, que las enfermedades se bastarán para acabar con el enemigo; ni de quemar caseríos ni vejar a los vecinos; sería un inmenso error el incendiar nuestras propias casas sin utilidad alguna. En Cuba incendiaban los naturales los ingenios ó haciendas, porque éstas eran de los españoles; pero en Filipinas todo lo que hay es nuestro. Ni tampoco hay crudos inviernos, como en Moscou, que justifiquen los incendios, para que el invasor muriese de frío, al no encontrar albergue. Al contrario, cuidarán mucho los nuestros de desmentir con una severa disciplina los maquiavélicos *canards* que propala el malvado enemigo atribuyéndonos supuestos actos de barbarie, para que acaben de reconocer nuestra capacidad á gobernarnos por nosotros mismos.

Y también procurarán que la gente pacífica no se canse de la guerra, para que no haga causa común con el invasor, y sin duda acabará por apoyar á nuestro común enemigo, si éste al revés de lo que ocurre ahora, dejase de atropellarnos y representase el orden y el bienestar, mientras nuestros propios guerrilleros sean confundidos con los malhechores que vejan á los vecinos pacíficos.

Por lo tanto, nuestros guerrilleros procurarán captarse las simpatías de los poblados, persiguiendo á los bandidos y rateros que aprovechan el río revuelto para cometer sus desmanes, y no pidiendo á sus vecinos más de lo que verdaderamente necesiten y una pequeña contribución de guerra para la adquisición de armas en el extranjero.

Napoleón I cuidaba mucho de ganarse las simpatías aún de los pueblos que acababa de tomar, prometiendo la felicidad á sus vecinos; y en Egipto se fingió hasta más mahometano que los mismos mufties y los imanes.

Al llegar á la vista de Alejandría, dirigió en 1798 una proclama á su invencible ejército, recomendándole mu-

cho respeto á los pueblos que iba á conquistar, y diciendo entre otras cosas:

«El violador de mujeres en todos los países es un monstruo.—El pillaje no enriquece sino á un pequeño número; nos deshonra, destruye nuestros recursos y convierte en enemigos á pueblos que por nuestro interés debemos tener por amigos.»

Y á su inmortal ejército de Italia dijo también en 1799: «Las primeras cualidades del soldado son la constancia y la disciplina: el valor es la segunda.»

Repetimos que por su constancia fanática, el Sultán de Joló fue reconocido como tal por los yanquis, dándole relativa independencia, y eso que Joló es más pequeño que una cualquiera de las provincias de Luzón. Y sólo con la disciplina de nuestros soldados podremos probar que somos capaces de ser independientes y de gobernar tranquilamente nuestro propio pueblo.

El objeto de los guerrilleros será batir constantemente á los yanquis en los pueblos ocupados por ellos, arrebatándoles sus convoyes, hacer todo el daño posible á sus patrullas, espías y exploradores, sorprender sus destacamentos, destrozar sus columnas, cuando éstas pasan por sitios favorables á los nuestros, y escarmentar á los traidores para impedir que los vecinos se vendan indignamente al oro de los invasores; pero en cambio, protegerán á los vecinos leales, vigilando sus propiedades y defendiéndoles de bandidos y rateros.

El oficial francés M. D'Armentieres escribe en *La Patrie*:

«Los boers no ponen siempre más que un cañón sobre cada altura, y las demás piezas las sitúan en las alturas siguientes. Los boers no desean grandes éxitos y á ningún precio toman la ofensiva. Su táctica consiste en matar el mayor número posible de ingleses, permaneciendo bien ocultos y casi invisibles. No buscan al enemigo; lo esperan en sólidas trincheras. Declaran que no quieren cometer imprudencias y disminuir en aventuras problemáticas el número de sus combatientes, teniendo por lema: «Para ser fuertes, preservemos nuestras vidas», frase que repiten constantemente. Pero soldado inglés que aislado ó en pequeños grupos se acercaba á 400 metros de una posición boer, era hombre muerto.»

Los guerrilleros suplirán su poco número con una incansable actividad, con su habilidad y atrevimiento. Se esconderán por los bosques ó por los barrios lejanos, y en el momento menos pensado, caerán sobre el enemigo, volviendo á desaparecer enseguida para ir á disfrutar del botín que hayan podido arrebatarse á los yankees; pero jamás á nuestros propios compatriotas, porque todo robo á los

nuestros servirá para hacer odiosa nuestra causa y para probar nuestra incapacidad.

Antes de emprender cualquier acción, el jefe de guerrillas revistará cuidadosamente los elementos de que va á disponer, adquiriendo los que pueda necesitar y desembarazándose de todo lo inútil que podrá estorbarle en sus rápidos movimientos; y procurará tener contenta y alegre á su gente dándole suficiente alimento y el necesario descanso.

El jefe de guerrilleros reunirá las cualidades de hábil, atrevido, pero prudente al mismo tiempo, porque el valor que no esté rodeado de precauciones, en vez de ser útil, es contraproducente muchas veces. Constantemente emboscado y acechando siempre el instante de poder hacer daño al invasor, no se detendrá un día entero en determinado sitio, para despistar á su enemigo y á sus espías: ejecutará de noche sus movimientos, se dejará ver donde no piensa dar un golpe, para caer por sorpresa sobre el punto donde menos se le espere: velará cuando todos duermen, y de día, dormirá en lugar lejano y seguro, guardado por vigías cuidadosos.

Cuando los guerrilleros tomen descanso, el oficial escogerá un sitio estratégico y señalará á sus soldados los puntos de reunión en casos de dispersión por sorpresas, y tomará todas las medidas de precaución necesarias.

Y por medio de espías, deberá saber la situación, los usos y el modo de prestar servicio que tiene el enemigo, lo cual es muy fácil de conseguir, porque todos los vecinos secundan nuestros planes.

También serán escogidos los soldados y caballos que se han de emplear en las guerrillas.

Nuestros soldados, por precaución, se abastecerán lejos del lugar donde han de dar una sorpresa; pedirán contribución de guerra en arroz, gallinas, cerdos, etc., sin oprimir los pueblos, considerando la actual miseria ocasionada por la guerra, y se contentarán con lo que verdaderamente necesiten; pero harán creer á los vecinos que disponen de mucha gente para hacerse más respetables.

Cuando se ataque un pueblo ocupado por los yankees, formaremos tres pelotones: 1.º los más ágiles para atacar, 2.º los menos ágiles y 3.º los más pesados, emboscados escalonadamente los dos últimos en nuestra línea de retirada, para proteger á los primeros en su huída. Se procurará no pasar por sitios fangosos, para que no reconozcan nuestros movimientos por las huellas.

Unos quinientos filipinos bastan para una provincia: los distribuiremos en guerrillas en cada pueblo con una base de operaciones, de condiciones estratégicas, escogi-

da en la parte montañosa de la provincia: esas partidas se compondrán de pocos hombres, para que no llamen la atención y sea más fácil su desaparición, cuando conveniga. Cuando el enemigo ataque á las pequeñas partidas, éstas irán retirándose hacia su base de operaciones, para, cuando más cansado esté el enemigo, caer unidas sobre él, con todas las ventajas que les pueda proporcionar el sitio debidamente escogido para coparle.

A falta de telégrafo, nuestros jefes cuidarán de enseñar á las partidas un fácil método de señales hechas en los troncos de los árboles con tajos, piedras reunidas, telas, globos, fogatas, etc., etc., variándolo con frecuencia, como el santo y seña, para que no los descubra el enemigo.

Procuraremos también ocultar nuestros movimientos á los prisioneros, porque luego éstos suelen servir de excelentes guías que informan de todo al enemigo.

Nuestros heridos, cuando estorben nuestros movimientos, los entregaremos al cuidado de los vecinos del lugar, amenazándoles severamente si no los atienden y ocultan.

Cuando los nuestros se vean muy perseguidos en un punto, lo abandonarán temporalmente, para volver á caer sobre el mismo, cuando las circunstancias lo permitan.

Repetimos que la guerra de guerrillas es muy fácil sostener y prolongar indefinidamente, porque todos los pueblos protegen á nuestros guerrilleros, por la sencilla razón de que éstos no defienden más que la causa de todos, y nuestros soldados se contentan con un puñado de arroz ó de maíz. si bien procuraremos agasajar lo mejor que podamos á los que con sus vidas defienden el honor de nuestro pueblo, nuestra independencia y el porvenir de nuestros hijos.

Filipinos: con un poco de constancia es segurísimo nuestro triunfo, el cual no necesitamos esperar de los extraños, porque bastan para ello nuestras propias fuerzas.

II.—La sorpresa, la emboscada y el ataque de convoy.

—El jefe que va á llevar á cabo una sorpresa, deberá tener un plan bien estudiado, previendo todos los casos de peligro, para evitarlos y remediarlos de antemano sin entregar á la suerte y al atolondramiento, consecuencia inevitable de la falta de plan ó cálculo, las vidas de sus subordinados, la suya propia y su prestigio.

Las sorpresas bien dispuestas siempre dan grandes resultados, siendo frecuente que pocos guerrilleros consiguen inesperados triunfos, por lo cual las recomendamos á nuestros soldados.

Se llama *sorpresa*, cuando ésta se ejecuta por medio de una marcha rápida, atacando con fuerzas superiores al

enemigo donde no lo espera; y *emboscada* cuando una fuerza oculta en sitios apropiados, cae inopinadamente sobre el enemigo en marcha. Muchas veces las sorpresas dan mejores resultados que las emboscadas, porque éstas se prevenen á veces por el enemigo.

Las sorpresas y emboscadas tienen por objeto impedir



Nada hay más triste que la muerte de los ricos ejecutados en las insurrecciones filipinas, porque la Patria no les puede siquiera agradecer su involuntario sacrificio.

Filipinos ricos: emigrad al Extranjero y trabajad por nuestra independencia, porque, á pesar de vuestra inocencia, seréis las primeras víctimas de los norteamericanos, si volvemos á nuestra esclavitud, porque Dios castiga irremisiblemente la indiferencia de los que más pudieran hacer por nuestra Patria.



D. Manuel Abella

inocentemente fusilado en la insurrección de 1896 97.

que el enemigo extienda su radio de acción por medio de precipitadas persecuciones, porque con descabros aprenderá á ser más cauto; arrebatarle un convoy, copar un destacamento, ú otro fin, que sea verdaderamente útil, porque no debemos exponer las vidas de los nuestros, ni gastar municiones, sin necesidad.

También las emboscadas son muy útiles para hacer fracasar los movimientos envolventes del enemigo, preparándole unas bien dispuestas para cuando ataque los flancos de nuestras posiciones.

Repetimos que el éxito de la sorpresa dependerá de lo bien calculado del plan, previendo todas las contingencias y sin descuidar detalle alguno, porque á veces un descuido insignificante determina el fracaso. Se procurará sacar todo el partido posible del terreno escogido, colocando y ocultando bien las fuerzas, y combinando todos los medios para causar inmenso daño al enemigo con pocas bajas.

Se necesita para dirigir la emboscada un jefe hábil, prudente, sereno en los riesgos y resuelto en el ataque, sobre todo, que no sea atolondrado, y antes de romper el fuego, esperará con calma el momento oportuno. Los soldados serán también escogidos entre los acostumbrados á la guerra, para que sean calmosos en el acecho y arrojados en el momento de atacar.

En las emboscadas se jugará el todo por el todo, esto es, ó copar ó morir; sin embargo, se escogerá un terreno, donde sea fácil la retirada en casos de fracaso, porque infundirá mayor aliento á nuestros guerrilleros el saber que tienen aseguradas las espaldas.

Se preferirán los terrenos, donde haya estrecheces, que impidan al enemigo á desenvolver sus fuerzas, y los que tengan dos salidas para nuestros guerrilleros: una para el ataque y otra para la retirada; y si es posible, que el terreno esté un poco lejos del camino, lo suficiente para que los nuestros no sean descubiertos por los exploradores pero bastante cerca para poder copar lo que deseamos coger antes de aprestarse el enemigo á la lucha.

En Filipinas abundan bosques, montes, desfiladeros, cañadulzales, barrancos, cogonales, corrales grandes, etc., apropósito para estas sorpresas.

Los días de lluvia y las noches son los más favorables para acercarse al enemigo, sin ser descubiertos, y la oscuridad aumentará la confusión en sus filas y hasta podrá darse el caso de que se batan entre sí. Se procurará, pues, preparar una emboscada al enemigo, cuando la noche deba cojerle en el camino, ó sorprender sus destacamentos de 50 hombres en sus propios cuarteles, cuando más descuidados estén.

Las emboscadas se podrán efectuar por la infantería, por la caballería ó por las dos armas combinadas. Lo que debe evitarse es que se lleven á cabo con pocas fuerzas. Al contrario, ya que la agresión procede de nosotros, procuraremos reunir superiores fuerzas que las que deseamos sorprender, porque la seguridad de nuestros soldados en el triunfo contribuirá grandemente al éxito. Y si contamos con grandes probabilidades de triunfo, el soldado no sentirá impaciencias ni disparará por miedo antes de tiempo.

Para no ser descubiertos inoportunamente, se prohibirá disparar hasta que dé la señal el oficial, y hay autores, como el marqués de Medina, que aconsejan á los jefes que recojan los fusiles hasta ese momento. A la voz de fuego, se hará una descarga cerrada, lanzándose á la bayoneta ó al machete sobre el enemigo para aprovechar los primeros momentos de su confusión.

El famoso mariscal Bugeaud escribe: «Es preciso pensar siempre en ejecutar aquello que debilite la moral del enemigo y levante la de nuestras tropas. Y aprovechándose de la confusión del enemigo, lanzaremos sobre él las columnas de ataque que siempre deben estar apoyadas por una reserva que siga sus movimientos.» Y nosotros añadiremos que nada más contribuye á esa confusión que el terror que pueda causar al enemigo un vigoroso macheteo.

El célebre generalísimo inglés Lord Wolseley aconseja que: «se deberá combatir en tiradores, con filas separadas 2, 3 ó 4 pasos según las circunstancias. Y cuando la acción esté empeñada en la manigua, por la dificultad de transmitir las órdenes, las compañías se dividirán en cuatro secciones mandadas cada una de ellas por un oficial, sargento ó cabo, tres de las cuales se desplegarán en tiradores y la cuarta quedará de reserva á 40 ú 80 metros detras del centro de la línea.»

Si es la caballería la que ejecuta la emboscada, se precipitará sobre la retaguardia, flanco y vanguardia ó sobre distintos puntos en un mismo tiempo, atacando y sembrando la confusión é impidiendo que se rehaga el enemigo.

Y en el caso de que entren combinadas las dos armas, la caballería es la que se echará sobre el contrario, y permanecerá la infantería en su puesto disparando y sirviendo de reserva y de base de la acción.

En caso de triunfo, no se permitirá que nuestros guerrilleros se precipiten á la desbandada sobre el botín, porque podrá ocurrir que un oficial enemigo reorganice instantáneamente sus fuerzas y convierta la victoria en desastre; y para evitar esto, se conservará en formación una parte numerosa, para que sirva de sostén á la parte que persigue y desarma á los enemigos.

La caballería es muy útil para las emboscadas instantáneas, que sirven para detener el ímpetu del enemigo cuando nos persigue. En estos casos se oculta la caballería al paso del enemigo, para atacarle luego por los flancos ó por retaguardia.

Para copar un convoy, se escogerán los momentos en que el enemigo esté más descuidado, como por ejemplo,

cuando dé agua y pienso, cuando rompa filas para descansar, ó cuando esté más fatigado.

Los sitios más apropiados son los accidentados, los puentes, vados, desfiladeros, bosques ú otro sitio, donde las fuerzas conductoras no puedan desenvolverse con facilidad y se vean obligadas á pelear con un frente reducido.

Si nuestras fuerzas fueren superiores á las conductoras, podríamos atacarlas de frente y de flanco, ocupando las entradas y salidas de los desfiladeros, para que el copo sea completo. Pero la prudencia de nuestros jefes verá si no será aventurado atacar de frente á unas fuerzas tan bien organizadas como las de los yankis.

Pero aunque fuésemos inferiores en fuerzas, podremos conseguir un éxito, si sabemos sacar todo el partido posible de un terreno hábilmente elegido, porque como el enemigo sabe que las fuerzas que dan sorpresas, por lo regular, son superiores á las atacadas, supondrá que las nuestras son siempre superiores y temibles, y estará predispuesto á una precipitada fuga, especialmente si á la primera descarga le causamos bastantes bajas, por lo cual se escogerán los buenos tiradores.

Será preferible atacar de flanco el convoy, y si no contamos con suficientes fuerzas, lo haremos por retaguardia, para apoderarnos de los carros que abandonen en su fuga. Se atacará de frente, cuando se trate de cortar el paso al enemigo.

El ataque ha de ser siempre por sorpresa ó emboscada, resuelto y tenaz. Y nuestros jefes no permitirán jamás que los soldados se detengan á arrebatarse unos á otros ó á examinar los efectos en que consista el botín hasta que sean puestos en lugar seguro.

Para el éxito de las emboscadas convendrá organizar muy bien el servicio de espionaje, no vayamos á caer en una estratagema urdida por el enemigo; y así antes de dar una sorpresa, será necesario saber con toda precisión las fuerzas que se van á sorprender, las que puedan acudir en su socorro y las distancias que median entre unas y otras.

III. —Combates —Para darlos ó aceptarlos, es muy preciso tener un plan táctico, reconocer bien el terreno para sacar todo el partido posible de sus condiciones especiales, y también las fuerzas del enemigo, con las que se ha de luchar.

Deberá preceder, pues, un reconocimiento, si es posible, aunque sea instantáneo, porque sería una temeridad luchar con un enemigo que no se conoce, ni huir de él, cuando acaso se presente ocasión de coparle.

Cuando se encuentran inesperadamente dos columnas

contrarias, se observa siempre un momento de estupor o suspensión. Este momento es lo que deberemos aprovechar para reconocer al enemigo, para batirle antes que tome resolución, si nos encontramos con grandes probabilidades de éxito, ó huir de él á tiempo, en caso contrario.

La imprevisión es la causa de los desastres, y también es funesta la perplejidad de un jefe que no sabe tomar una resolución en el acto, ni aprovechar las ocasiones.

Las victorias levantan los espíritus, así como las derrotas los abaten, así es que no deberemos lanzar á las tropas poco aguerridas á combates que no nos brinden con grandes probabilidades de triunfo. máxime tratándose solamente de prolongar la guerra. como en la presente campaña, y siempre procuraremos sostener á los bisoños con soldados veteranos.

Combinaremos la artillería, la infantería y la caballería de tal modo que no se estorben unas á otras, sino que se presten mútuo apoyo: esto es, que la artillería prepare el terreno barriéndolo ó defienda nuestras posiciones; la infantería sostenga el peso del encuentro, y que la caballería rompa las filas del enemigo, lo persiga, ó entretenga mientras emprendemos la retirada.

Las tropas, antes de luchar, tomarán la mejor posición, determinarán su orden de batalla y ejecutarán las indispensables marchas tácticas.

Convendrá escoger una posición fuerte, que nos resguarde lo posible del fuego del enemigo, al mismo tiempo que le ofrezca obstáculos que le detengan al lanzarse sobre nosotros. Esta posición tendrá expeditos sus extremos para que nuestras tropas se muevan con libertad.

Y sobre todo, se cuidará mucho la llave de la posición, reforzándola debidamente.

En toda posición habrá que cuidar las avenidas, los flancos, el frente, el espacio que ocupan nuestras tropas, y la línea de retirada.

En las avenidas, ó sean las que conducen á nuestra posición, deberá haber grandes obstáculos, como barrancos, ríos, colinas ó bosques donde se puedan situar algunas avanzadas que contengan el ímpetu del enemigo al atacarnos. Y si por el contrario, somos los atacantes, procuraremos hacerlo en unas avenidas sin obstáculos que puedan detenernos en lo más decisivo del asalto.

Sobre todo, procuraremos tener nuestros flancos bien defendidos, ora por obstáculos naturales. ora por trincheras y reductos hábilmente situados, disimulados y bien defendidos, porque alentará á los nuestros el considerar que no pueden ser copados por los flancos. Y procurare-

mos que por éstos puedan salir fácilmente nuestras tropas para batir al batallón que destaque el enemigo para atacarnos por estas partes, cuando llegue la ocasión, pues no siempre hemos de estar á la defensiva, sino que tomaremos la ofensiva tan pronto y siempre que podamos, para contener la acometividad del enemigo. No olvidemos que la táctica de los extranjeros consiste casi siempre en atacar los flancos de su enemigo, por lo cual le prepararemos buenas emboscadas con que escarmentarle al batir nuestros flancos.

Excusamos decir que nuestro frente debemos hacerlo lo más fuerte posible y que domine las avenidas. Además de los medios naturales, lo defenderemos con trincheras, reductos y contrapozos.

El interior de la posición estará expedito para facilitar las maniobras de sus defensores.

Y por último, toda posición debe contar con una excelente línea de retirada con obstáculos también para detener al enemigo cuando nos persiga.

Dispondremos nuestras fuerzas según las circunstancias del terreno, haciendo que cada arma maniobre donde nos sea más ventajoso; combinaremos las distintas partidas de guerrilleros de tal modo, que, obrando con libertad de acción sus respectivos jefes, se presten, sin embargo, mutuo auxilio y concurren á la ejecución de un mismo plan. No dejaremos de tener suficientes reservas para acudir á auxiliar á los que lo necesiten ó para decidir el éxito en su caso.

Ya hemos dicho que conforme las condiciones del lugar, así se colocarán las distintas armas, pero por lo regular, la infantería ocupa el centro, la caballería las alas ó detrás de la infantería, y la artillería se coloca á vanguardia en baterías escalonadas, distantes unas de otras 250 metros ó 300 varas.

El orden de batalla, regularmente, debe tener tres líneas, unas tras de otras, para presentar reducido frente á los buenos cañones yankis y para obtener mayor facilidad en las maniobras.

La primera, desplegada, tiene por objeto resistir el primer empuje del enemigo en la defensiva, y en la ofensiva, cargará con resolución sobre él para arrebatarle sus posiciones.

La segunda, en línea de columnas oculta en las sinuosidades del terreno, sirve de sosten á la primera, relevándola y cubriendo los claros de sus filas.

La tercera, de reserva, compuesta de soldados escogidos de todas armas, á disposición del general en jefe, para lanzarlos á decidir la victoria ó á sostener la retirada.

Repetimos que no debemos dar ó aceptar importantes batallas de nuestro poderoso enemigo, á no ser que contemos con grandes probabilidades de éxito, pues tres ó diez derrotas de él que nos costarían muchas vidas, no resolverían la cuestión de nuestra independencia. Dejemos que el clima mortífero se encargue de diezmar sus filas, y no olvidemos que nuestro objeto es sólo prolongar el estado de guerra, pero eso sí, observando con solicitud sus descuidos para hacerle todo el daño posible.

Antiguamente, los ejércitos combatientes caían como aluvión unos sobre otros, y en pocas horas se decidía el término de la guerra y la suerte de un ejército ó de la nación que éste defendía; pero no es así en las guerras modernas, donde toma mucha parte la habilidad de un general instruído.

Primero se reconocen los puntos vulnerables del enemigo, y una vez reconocidos, se distraerá su atención hacia otros sitios, y cuando menos lo piense, atacaremos vigorosamente dichos puntos débiles, con el mayor número de tropas posible, que de antemano habremos reunido. El principio, pues, de todo combate, se puede considerar como mero reconocimiento; si da buen resultado, se reforzará el ataque, y si no, se rectificará en lo que sea necesario el plan anterior; y en caso de retirada, la sostendremos con las reservas, para que no suframos un desastre.

En resumen, lo más esencial en toda batalla, es que elijamos una fuerte posición é impidamos que el enemigo la reconozca; que conozcamos bien á nuestro contrario, y si fuese preciso, procuraremos obligarle á desplegar sus fuerzas, para conocerlas antes de aceptar decididamente la batalla; atraerle á los sitios donde le tengamos preparadas emboscadas y entretenerle donde sea necesario, para facilitar nuestros movimientos.

Continuaré esta serie de artículos; pero pido á los lectores me dispensen las faltas en que incurra en gracia á mis buenos deseos de servir á nuestra patria, pues ni soy militar, ni teólogo, ni abogado; pero me puse á estudiarlo todo, sólo por contribuir en algo á sostener la causa de nuestra independencia y los derechos de nuestros compatriotas.

IX

VENTAJAS DE LA GUERRA.—BRILLANTE PERSPECTIVA DE LOS FILIPINOS, QUE COMPENSARÁ CON CRECES NUESTROS TREMENDOS SACRIFICIOS PRESENTES.

Ventajas de la guerra.—Así como son necesarias terribles crisis en la salud de los individuos para su desarrollo físico, del mismo modo las guerras son indispensables para el desenvolvimiento de las sociedades. Por

eso, siempre á las guerras han sucedido como consecuencias inmediatas, gigantescos adelantos en todos los ramos, porque aquellas remueven los obstáculos que se oponen al progreso, rompen el estancamiento impuesto por los bastardos intereses de unos cuantos caciques ó tiranuelos y purifican el aire moral envenenado por doctrinas engañosas, obscurantistas y explotadoras.

Un gran poeta alemán dice:

«Aunque horrible, como un azote de Dios, la guerra es buena como su autor y se conforma con los destinos que El nos ha señalado.»

«Es, por otra parte,— dice á su vez el famoso mariscal Conde de Moltke—innegable que la guerra tiene lados muy bellos, pues que estimula virtudes que en la paz permanecen inertes con peligro de extinguirse. Celebrar los beneficios de esa paz es tarea fácil, mas no así la de descubrir los medios de preservarla y mantenerla. Pero ¿qué cosa hay en este mundo capáz de sustraerse á la necesidad y á la pena? La necesidad y la desgracia son por ley providencial condiciones inseparables de nuestra existencia.»

Lo mismo piensan el Conde de Maistre y el notable escritor Mr. Armando Carrell. Este escribe:

«Aquellos que han soñado con la paz perpétua no conocen al hombre ni sus destinos aquí abajo. El Universo entero es un vasto campo de acción. Una sociedad permanentemente en paz, termina por corromperse, y caería podrida en pedazos. Recordad, si no, la Francia de fines del siglo XVIII. La guerra debe ser justa: apoyada sobre la justicia y sucediendo á largos períodos de paz, ella entona las costumbres y levanta el carácter de las naciones.

Recordad, si no,—decimos también ahora—el Filipinas de ayer.

Es verdad que no había continuos sobresaltos y vivíamos felices, al parecer, con nuestro embrutecimiento y con nuestro lastimoso estado de abyección; pero eso fué porque no lo conocíamos, porque ignorábamos que éramos dignos del menosprecio universal, cuando bastaba un cobarde fraile ó un mal educado cabo de la Guardia civil, para meter en un puño á todo un pueblo de treinta mil vecinos; así como los igorotes parecen felices con su desnudez vergonzosa, porque no la conocen aún.

Cuando uno de aquellos tiranuelos nos pedía el caballo, el mueble ó la alhaja que teníamos en mayor estima, nos apresurábamos á dárselo, no con pena, sino hasta con cierta satisfacción, porque así evitábamos ir á la deportación como supuestos anti-españoles. ¡Y quién sabe si no habrá faltado quien les diera también sus hijas y hasta su esposa!

Y si había uno que tuviese el valor de protestar contra semejantes atropellos, se veía completamente sólo: el pueblo, en vez de apoyarle, huía de su compañía como de un apestado, temeroso de ser complicado; y no se contentaba con esto, sino que ayudaba á los tiranos á prenderle y á deportarle para que fuese á hacer solo en el destierro sus *locuras* ó *jambuquerías*.

Así se comprende que los mayores atropellos quedaban impunes y se cometían á la luz del día.

¿No recordáis cuántas personas muy apreciables fueron abofeteadas en plena calle ó plaza, por no haber saludado á algún español, aunque no fuese ninguna autoridad, y tras de este atropello, todavía fueron á la cárcel ó al destierro?

¿No era general también la inverosímil creencia de que un español raquítico, es siempre más forzado que el más robusto filipino, porque el fraile logró hacernos creer que los blancos pertenecen á una raza superior que la nuestra, siendo así, que en los colegios de Letran y Santo Tomás, los filipinos ocupaban siempre los primeros puestos y que los pocos estudiantes *castillos* no se atrevían á pelear con los filipinos?

No queremos decir con esto que somos superiores en inteligencia, en valor y en fuerzas que los blancos. sino que como éramos el mayor número, natural era que ocurriera así; y que era patente la igualdad entre unos y otros.

Y estas falsas preocupaciones de superioridad de raza, sólo han desaparecido cuando los filipinos llegaron á medir sus fuerzas en los campos de batalla con los europeos y americanos.

Es cierto que la guerra nos está costando grandes sacrificios en vidas y haciendas; pero en cambio, sea cual fuere su resultado, es segurísimo que ya dejaremos de ser esclavos de nadie, aunque lleguen á triunfar los americanos, porque el pueblo filipino ya conoce su poder y de hoy en adelante no permitirá que se abuse de su ignorancia.

Uno que se ha vigorizado con la guerra, no podrá permitir jamás que un guardia civil, por ejemplo, venga á quitarle su gallina ó su esposa, se dejará matar antes que consentir semejante desafuero, y el pueblo le defenderá en la calle y en el juicio por jurados.

Ese hombre que se ha familiarizado con la guerra, tampoco permitirá que un juez de paz ó un pica-pleitos sin conciencia, venga á usurparle su casa ó su terreno. La vencerán en el papel, pero él se hará justicia por sus propias manos contra quien tal haga. Y el pueblo le defenderá haciendo suya la causa del atropellado.

Observad, si no, las frecuentes ejecuciones populares de policías y autoridades, que prevalidos del poder que reciben de los yankees, abusan de sus paisanos.

Y cuando el pueblo sepa sostener sus derechos, como ocurre en Europa, América y todos los países civilizados, habrá terminado el reinado de los atropellos impunes y de las injusticias más escandalosas.

Tampoco las autoridades podrán ya deportar ó castigar gubernativa ó arbitrariamente, porque por cada atropello de esta clase, habrá sublevación ó conspiración.

El pueblo acostumbrado ya á la guerra, también se amotinará ó protestará ruidosamente, cuando le impongan impuestos y contribuciones exorbitantes, y siempre que se trate de robarle.

Estas serán las inmediatas consecuencias del vigorizamiento de los filipinos por la guerra, aparte los grandes progresos en el ramo de ferrocarriles, carreteras y puentes, que enseguida se multiplicarán como medidas previsoras para el porvenir, y con los ferrocarriles, el comercio y las industrias tomarán vuelos que ni siquiera podemos ahora imaginar. como siempre se ha notado en todos los países después de tremendas guerras.

Cuando termine la actual, en cuatro años habrá adelantado Filipinas lo que no hubiera progresado en cuatro siglos de paz ó de embrutecimiento, porque los frailes se oponían á todo progreso y recordamos muy bien que no quisieron asistir á la inauguración del primer tranvía á vapor á Tambobong, como protesta.

¡Animo, filipinos! los pueblos se vigorizan y adelantan con la lucha: es un sacrificio con que Dios prueba nuestra capacidad. Soportémoslo, si queremos ser libres.

Lo que ahora perdemos, lo ganaremos con creces después. ¿Qué importa que muramos por nuestra patria, si nuestra muerte, en cambio, será gloriosa y brillante el porvenir de nuestros hijos?

¡Cuánta responsabilidad contraerían los que dirigen la nave del Estado, si en vez de tan halagüeñas esperanzas, vinieran á coronar tan inmensos sacrificios con un *pastel* digno de la execración de todas las generaciones!

¡Pero no! Hemos leído distintas cartas del campo filipino, y en todas se reclama con entusiasmo y con energía la independencia de Filipinas.

Publicaremos solamente estos párrafos de una reciente del Sr. Paterno, Presidente del Consejo de Gobierno del honorable Aguinaldo:

«Estamos aquí D. Emilie y yo, resueltos á defender la libertad é independencia de la patria hasta morir. Ya no queremos amos. Las montañas se hallan preparadas pa-

ra una resistencia prolongada y tenaz, en el caso de que los invasores pudieran echarnos de las llanuras.

»Excepto contados *convencionalistas* hay unidad y tesón en todo el Archipiélago para sostener nuestros ideales. Unánime todo el ejército filipino defiende la independencia y sigue la voz de Aguinaldo.» (25 Enero 1900.)

Brillante perspectiva que compensará nuestros grandes sacrificios presentes.—Los pobres de espíritu y de inteligencia, y los escasos de nobles sentimientos, en su insigne estultez, no acaban de comprender por qué somos partidarios de la guerra, cueste lo que cueste, pues los menguados no pueden elevar un poco su mirada, como el pobre buey, que acostumbrado al yugo, nunca levanta sus ojos del suelo.

Esos tales no se fijan en el día de mañana y en el porvenir de sus hijos, y se contentan con los destinos que ahora les ofrecen los yankis, sin considerar que pueden perderlos muy pronto como los perdieron los filipinos empleados en la Aduana de Manila, tan luego los invasores habían aprendido de ellos el manejo de sus negociados, porque los americanos nos miman ahora como los españoles miraran antes al rey de Tondo, Lakandola, reconociéndole como aliado y prometiendo eximirle de pagar toda clase de tributos y contribuciones, no sólo á él, sino á todos sus descendientes en línea recta, á perpetuidad; pero no tardaron en mostrarle el cañón de sus arcabuces tan pronto se habían posesionado de Manila, prendiendo á sus secuaces, degollando en la prisión á dos de ellos, y dejando de cumplir todas sus halagadoras promesas, por lo que el, antes venerado, anciano rey, muriera víctima de crueles desengaños y bajo la execración de su pueblo á quien había candorosamente entregado á los extranjeros. Lakandola, si hubiese apoyado al rey de Manila, Solimán, en vez de hacerlo á los invasores, hubiera sido independiente, como hasta la fecha lo son los moros de Joló y Mindanaw, á quienes nunca pudieron dominar los españoles como todos lo saben.

¡Oh; si nos uniéramos todos los filipinos, sin haber americanistas! Seríamos á estas fechas independientes, pues, repetimos, todo el pretexto de Mr. Mc-Kinley en su mensaje presidencial consiste únicamente en que esos mal aconsejados compatriotas, desean, según dice él, la soberanía yanki, y hasta la reclaman como necesaria. Esto es absolutamente falso; pero esos tales todavía no han tenido el valor de desmentirlo.

No mireis, por Dios, queridos hermanos nuestros, esos destinos, que mañana mismo os podrán quitar cuando no

queráis regalarles vuestro predilecto caballo, el anillo de brillantes que conserváis de recuerdo de vuestras madres, ó cuando os veais en la dura necesidad de defender vuestra dignidad ó vuestras esposas contra sus atropellos, sino que elevéis un poco más vuestras miradas hacia el porvenir.

Nosotros deseamos la guerra á toda costa, porque solo de ella esperamos nuestra independencia, y no podréis decir que es muy fácil predicarla estando nosotros lejos de sufrir sus consecuencias, porque los Redactores de *Filipinas ante Europa*, á causa de la patria, han estado también varias veces á punto de ser fusilados; han sido cargados de cadenas como si fueran criminales; han llegado aquí desterrados con barras de hierro en los pies; los yankees han destruído nuestros bienes, arruinándonos por completo; tenemos heridos por balas yankees hijos, padres, hermanos y otros parientes en el campo y aun en España, ahora somos objeto de persecuciones por nuestro periódico (1).

Pero todas estas contrariedades las sufrimos con resignación, alentados con la dulcísima esperanza de que mañana, con nuestra independencia que para nosotros es segurísima, nosotros y nuestros hijos seremos dueños de los destinos de nuestro pueblo y ya no seremos extranjeros ni esclavos en él.

En nuestras fiestas gozaremos en paz, sin que odiosos amos vengan á abrazar á nuestras novias (2) y echarnos de los salones de baile.

Nuestros hijos abogados, ya no serán infelices pica-pleitos, que con su título habrán comprado pasaje para la deportación, sino que serán dignos magistrados que honrarán nuestras familias y serán el consuelo de nuestra ancianidad.

Nuestros médicos desempeñarán también honrosos cargos, pudiendo desarrollar sus fecundas iniciativas para construir hospitales y mejorar las condiciones higiénicas y médicas de nuestros pueblos, y no que sean postergados por un atrevido extranjero que ni sirve para curar caballos.

Nuestros sacerdotes ya no serán tratados peor que cria-

(1) El autor ha sufrido todas estas amarguras, y tiene á su hijo Luis, que está en Ilocos, herido de bala yanqui en la sien.

(2) Escrito lo anterior, los periódicos de Manila traen la repugnante noticia de que un yanqui arrebató una noche de Mayo último á un tal Flores su novia en plena calle Real de Manila, sin que los que lo presenciaban lo hayan podido impedir y cuando la autoridad fué á buscarle en su casa, encontró á la mujer tendida en el suelo sin conocimiento y con la ropa desgarrada.

dos por párrocos extranjeros (1), sino que según los merecimientos de cada cual, los veremos Arzobispos, Obispos, Provisores, Canónigos, Párrocos, Directores de Seminario, etc.

Nuestros soldados ya no serán aquellos pobres parias, que desalmados superiores mataban á culatazos, á punta-piés y á insultos groserísimos, sino que los veremos con los entorchados de general, con los bastones de jefe y con los galones y estrellas de aguerrido oficial.

Ya no seremos gobernadorcillos (así, en diminutivo para ridiculizarnos), sino gobernadores de cuerpo entero de nuestras propias provincias.

Y como ya seremos también dueños de la enseñanza, en un abrir y cerrar de ojos removeremos los obstáculos amortoados por los frailes para dificultar la adquisición de títulos académicos, reduciendo á tres años la segunda enseñanza y otros tres ó cuatro las carreras de Derecho, Medicina, Farmacia, Teología, etc., permitiendo el estudio simultáneo de asignaturas á los que sean capaces para ello, y dejando todas las ampliaciones no muy necesarias para el Doctorado. Así no ocurrirá lo que ahora, que apenas hay uno por ciento que termine su carrera, gastando increíbles sumas que despues no le dará siquiera su título, si lo consigue.

En cambio, crearemos ingenieros industriales, electricistas y de todos los ramos, arquitectos, etc., etc.

Al paso que el comercio y las industrias tomarán vuelos incalculables, sin que el producto de las aduanas vaya enterito a los bolsillos de los extranjeros chanchulleros, como parece (?) que ocurría con las célebres obras del puerto de Manila, en que se han gastado fabulosas millonadas, sin que se vea nada útil hasta ahora.

Los municipios se desarrollaran también admirablemente con su autonomía, construyéndose puentes de hierro ó de mampostería, confortables escuelas, mercados, y otras infinitas mejoras, que con buena administración se podrían acometer, porque nuestros pueblos sólo con las actuales contribuciones dan lo suficiente para todo esto.

¿Pero bajo la dominación extranjera?

Ocurrirá lo que ocurría bajo la dominación anterior, en la que gran parte de las contribuciones no ingresaba en la caja pública sino en los bolsillos del Administrador de Hacienda y del Gobernador civil, los cuales por menos de

(1) El P. Mariano Santos, cuando vivía aún, nos dijo que comiendo en una mesa con su párroco fraile, los criados tenían orden de no pasarle todos los platos que servían al fraile. Y en Tondo, mientras los criados del cura vivían en el piso alto, los coadjutores filipinos estaban alojados en un cuarto del portal.

la cuota oficial daban permiso á los vecinos á dedicarse á sus industrias sin pagar patente oficial.

Un extraño que administra bienes ajenos, siempre se queda con gran parte de ellos, y especialmente tratándose de bienes públicos de un pueblo administrados por otro poderoso, que pasa por amo de aquél, y que se impone el sacrificio de venir de lejano país con el único objeto de enriquecerse.

Nuestro porvenir bajo la independendencia es brillantísimo; y puesto que esa anhelada independendencia solo depende de nuestra tenacidad y de nuestros sacrificios de hoy, ¿por qué no hemos de perseverar por conseguirla?

Alguien ha de traernos las gallinas, y si no empezamos hoy, nunca acabaremos. Y más vale continuar ahora que el enemigo todavía no ha echado raíces en nuestro pueblo, que volver á empezar cuando ya sea dueño de todos los resortes del poder y de la administración.

«Todavía no es tiempo.» ¡Ah! ese es el pretexto de los cobardes de siempre, de los que no poseen más que corazones estrujados y negros, de los malvados ó imbéciles que se contentan con el día de hoy y no piensan en el porvenir.

Todo es imposible para los pobres de ánimo, los cuales hasta para comer no parece sino que necesitan que les lleven la comida á la boca; pero la palabra *imposible* no existe para los hombres de fé y de corazón, para quienes Dios reserva sus más admirables recompensas en el momento menos pensado. Recordad, si no, el modestísimo origen de Andrés Bonifacio, de Aguinaldo y de todos los demas katipuneros.

¡Qué diferencia hay de criterio entre los filipinos que estamos respirando estos aires de libertad y de dignificación humana en Europa, y nuestros pobres compatriotas que acostumbrados á la vida del esclavo, no parece sino que no saben sacudirla y que besan la mano que les afrenta!

Tendremos independendencia más pronto de lo que pensais, pero con tal que no vengais con tentativas de pasteleo, porque éstas son las que alientan al enemigo y retardan la consecución de nuestros sacros ideales. ¿No véis que seríamos todo lo que quisiéramos con los americanos, si aceptásemos su soberanía, y sin embargo la despreciamos, porque estamos segurísimos de nuestra independendencia?

Si no estuviésemos muy seguros del éxito final, no predicaríamos una guerra tenaz é indefinida, porque cometeríamos con eso un horrendo crimen. Pero hasta los mismos yankis imperialistas ayer, como el más importante periódico de los Estados Unidos *The New-York Herald*, ya

reconocen su impotencia y proponen el reconocimiento de nuestra independencia.

¿No hemos de confiar siquiera en el escudo *ínquebrantable* de la Justicia divina que siempre ha protegido á los débiles contra la ambición de los poderosos?

¡Benditos sean nuestros sacrificios de hoy, por tremendos que sean, si han de ser el precio de la felicidad de nuestros hijos y de nosotros mismos!



«AURORA NUEVA»

PROYECTO DE UNA ACADEMIA DE LA PATRIA

Deseo ardientemente para mi Filipinas una vigorosa Revolución en la enseñanza, en las costumbres, en las leyes, en la religión y en lo demás, mejorándolo todo conforme á la vida moderna, porque esto será el primer escalón de nuestra independencia y la firme garantía de su consolidación.

—Para después de mi muerte sólo deseaba que se diga de mí: «Fué un filipino, toda cuya ambición consistió en transmitir lealmente á sus compatriotas lo poco que había aprendido: nada se llevó á la tumba, porque no sabia más de lo que dejó escrito Perdonemos, pues, sus faltas en gracia á sus buenos deseos».

ISABELO DE LOS REYES.

Ínterin la guerra con su tea bienhechora tala de un modo imponente los campos de la tiranía, purificando el ambiente de la esclavitud, y mientras el bronce remueve á cañonazos el terreno endurecido por un estancamiento de largos siglos, nosotros, los que ejercemos el apostolado de la prensa, debemos ir preparando la semilla ó un plantel de patriotas estudiosos y diligentes en que hoy cifremos legítimas esperanzas y que mañana pueda cubrir de gloria. en todos los ramos del saber y de la actividad, á nuestra idolatrada patria, la República Filipina de nuestros ensueños.

No todos hemos nacido para empuñar las armas ó dirigir batallones, ni á todos nos es dado poseer el talento del legislador, gobernar pueblos ni siquiera manejar la nerviosa pluma del periodista; pero el deber común é ineludible de todo buen ciudadano, es servir con entusiasmo á su patria en la medida de sus aptitudes, por pobres que éstas sean, porque el que no sirve para dirigir, sirva para auxiliar, y á fé que debemos tener siempre presente

que es contra-productivo y perjudicialísimo que haya mayor número de jefes del que es imprescindible necesario, así como es funesta la empleomanía que es signo infalible de holgazanería en las clases directoras.

Sirvamos, pues todos á nuestra patria, pero cada uno dentro de sus aptitudes naturales, y en especial, que todos tengan la preparación necesaria, porque las improvisaciones jamás podrán formar un edificio social sólido y hermoso.

Con este objeto, vamos ahora á promover la fundación de un *conjunto de agrupaciones*, llámase las academias, centros, círculos, clubs, ateneos, casinos ó *katipúnans*; agrupaciones que, confraternizándose mutuamente bajo el nombre genérico con que encabezamos este artículo, formen entre todas con sus destellos intelectivos y morales la Aurora de la Nueva Era.

La «Aurora Nueva» será una Academia de la patria, cuya escuela descansará sobre estos cuatro principios: HONOR, CIENCIA, LIBERTAD Y PROGRESO; y tendrá carácter puramente académico ó educativo, estimulando desde luego á las distintas juntas directivas á que legalicen la existencia de las agrupaciones que funden, solicitando el permiso de la autoridad del lugar donde se instalen, aunque sea americana, porque la tranquilidad en los ánimos de los tímidos asegurará mejor el éxito de la empresa.

BASES

Las distintas agrupaciones de la *Aurora Nueva* se registrarán por las siguientes bases:

1.^a Establecimiento de una Escuela del honor, de la ciencia, de la libertad y del progreso. en la cual se procurará el perfeccionamiento de la sociedad y del individuo filipinos por medio de una educación *viril, científica y libre*.

2.^a Adopción de un plan educativo, sencillísimo, sintético y ameno que á falta de más serios estudios en colegios y universidades. pueda dar idea á los asociados de sus deberes con la patria, con la sociedad, con los propios y extraños, y de los que á su misma personalidad impone el honor; de sus derechos individuales y patrióticos, y de los medios adecuados para conseguir la independencia social é individual, el engrandecimiento moral y material de la patria, y su propio perfeccionamiento.

3.^a Si es posible, completar este plan educativo con estudios universitarios; y viceversa, los estudios universitarios se procurarán simplificar con arreglo á este plan, porque, repetimos, los frailes han amontonado muchas asignaturas innecesarias para que fuese muy redu-

cido el número de filipinos que terminasen su carrera, y demostrar con esto su incapacidad intelectual.

4.^a Unión de todos los filipinos, condenando como suicida, perjudicialísima á los sagrados intereses de la patria y como acusadora de inconcebible ignorancia, la absurda é imaginaria distinción de razas en tagalogs, ilocanos, vícoles, visayas, igorotes, indios, mestizos, criollos, etcétera, procurando á todo trance la desaparición de la fantástica diferencia de razas, y sobre todo, la de esas distintas denominaciones inventadas por los invasores para explotar nuestras funestas divisiones (1).

5.^a Gobierno democrático por los más dignos bajo una República, si es posible, federal.

6.^a Mucha instrucción, ciencia libre, progreso sin límites y libertad.

7.^a El criterio de la *Aurora Nueva*, será la razón derramando sus luces sobre los conocimientos adquiridos con imparcial y constante estudio. Esto es, libre examen; pero para que tengamos autoridad ó base para juzgar libremente, antes hemos de estudiar concienzudamente la materia que ha de ser objeto de nuestros juicios.

8.^a Respeto profundo á todas las opiniones, considerando que hasta los más sabios se equivocan, mientras el más ignorante á veces vé con su sentido común lo que la poderosa imaginación de aquellos les oculta, precisamente por su misma extraordinaria viveza.

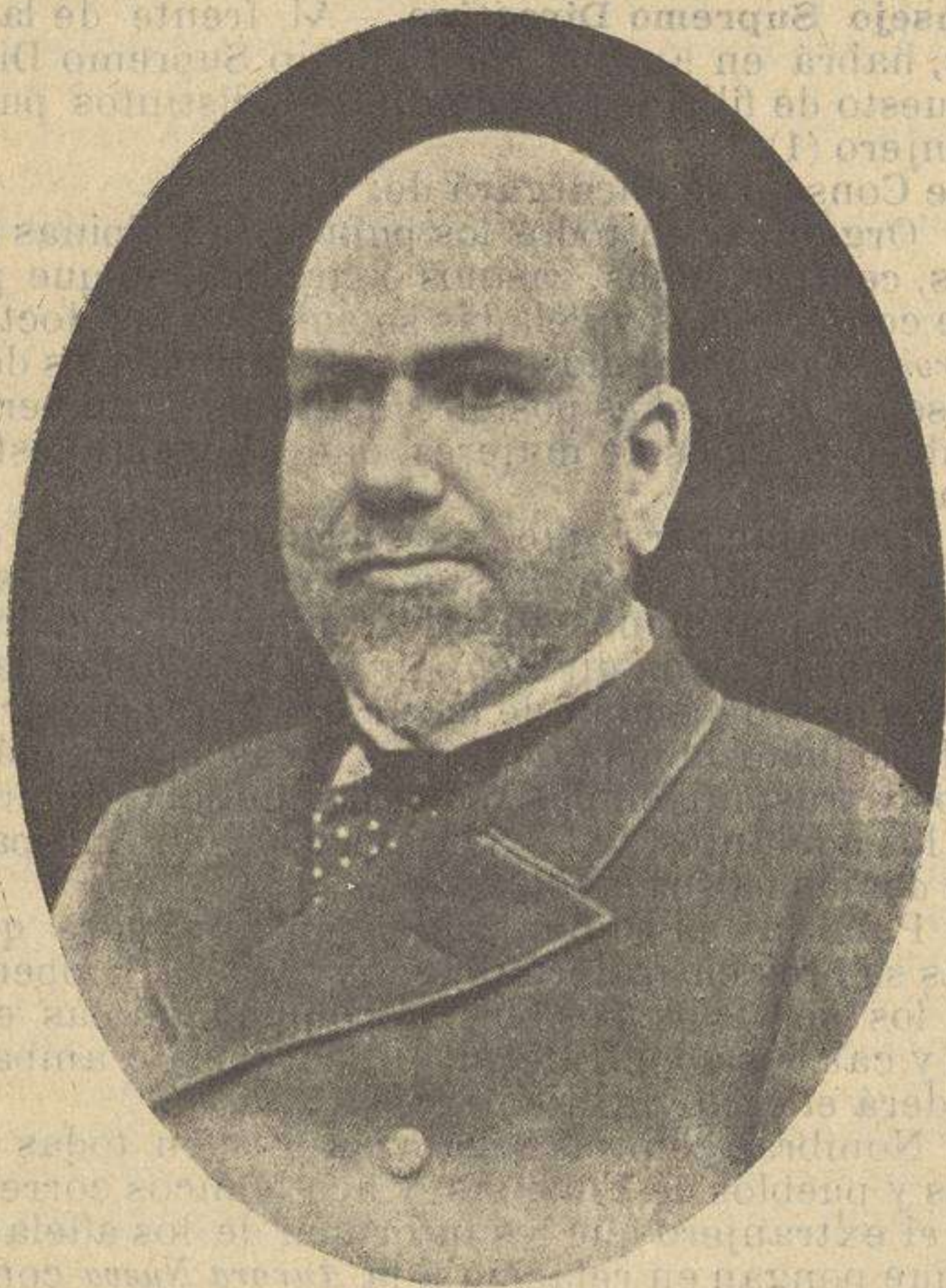
9.^a La Academia de la Patria no tendrá más religión propia que la del honor, la ciencia y los derechos del hombre. Respetará todas las religiones (2), pero de un modo leal y obligatorio, considerándose como indigno de figurar en esta Academia de la libertad al que no sepa respetar, siquiera por buena educación, las ajenas religiones é ideas. Sin embargo, habrá libertad para discutir á los frailes como elementos *políticos perniciosos*, y para combatir las ideas y propagandas oscurantistas y perjudiciales.

10. Estudio y reivindicación de la antigua civilización filipina en todo lo bueno que haya tenido, completándola y perfeccionándola con las nuevas conquistas de la ciencia; pero *cuidándose mucho* de no conservar por un mal entendido patriotismo lo que pueda estar reñido con la civilización ó con la base 6.^a; y de todos modos esta base 10,

(1) Los filósofos modernos consideran por Patria á la humanidad entera. «Todo lo que alumbra el sol, decía Voltaire, es nuestro hermano».

(2) Todas las religiones de buena fé profesadas, son buenas.

no será obligatoria, esto es, reservada solo á los aficionados á la materia, los cuales podrán fomentar, si así lo desean, la antigua religión de los filipinos en todo lo que



Dr. Antonio María Regidor y Jurado

Eminente abogado y escritor filipino. Ha sido Concejal del Ayuntamiento de Manila, Presidente de la Junta de Estadística, Secretario de la Audiencia de aquella ciudad, y fué desterrado á Marianas por la sublevación de Cavite en 1872, en la cual fué acusado como organizador y ministro de la Gobernación de la supuesta República filipina. Es partidario acérrimo de nuestra independencia.

no se oponga á las ciencias y al libre desenvolvimiento de éstas, expurgándola de supersticiones, oscurantismos, fanatismos é intransigencias religiosas, en una palabra,

modernizándola de tal modo que se pudiera decir que es la más progresiva, científica y digna de la civilización moderna. Desde luego se suprimirán las incisiones y toda práctica en que se derrame sangre.

Consejo Supremo Directivo.—Al frente de la *Aurora Nueva*, habrá en Europa un Consejo Supremo Directivo, compuesto de filipinos residentes en distintos puntos del extranjero (1).

Este Consejo se encargará de:

1.º Organizar en todos los puntos de Filipinas agrupaciones, centros, clubs, casinos ó círculos, en que por medio de conferencias y veladas se enseñen las doctrinas de la *Aurora Nueva*; colegios públicos ó particulares de segunda enseñanza, y, si es posible, institutos y universidades, y también colegios de mujeres, que adopten nuestras enseñanzas.

2.º Trabajar para que las sociedades, clubs, centros, colegios y escuelas hoy existentes en Filipinas, adopten, si no en todo, al menos en parte, nuestras doctrinas.

3.º Imprimir una dirección honrada á todas las agrupaciones que dependan de la *Aurora Nueva*, ilustrándolas con el producto de los estudios de los asociados más aventajados y trasmitiéndolas todas las noticias interesantes sobre los adelantos de la vida moderna en Europa, América y demás países civilizados.

4.º Ponerlas en comunicación entre sí para que unas y otras se presten fraternalmente toda la cooperación y todos los servicios posibles, recomendándolas estrecha unión y cariñosa confraternidad, porque de ambas cosas dependerá el éxito de la empresa.

5.º Nombrar comités organizadores en todas las provincias y pueblos de Filipinas, y académicos corresponsales en el extranjero que les informen de los adelantos del día y que pongan en relación á la *Aurora Nueva* con las sociedades académicas y políticas de Europa, América, Asia, Australia, etc., así públicas como secretas.

Este Consejo Supremo Directivo tendrá un agente ó secretario, el cual se encargará de transmitir las instrucciones de aquél á las distintas agrupaciones de la *Aurora Nueva*, y éstas, á su vez, se comunicarán con dicho Consejo Supremo por medio del nombrado agente, que por ahora será Isabelo de los Reyes, autor del proyecto.

(1) Escogidísimo de entre los que siempre ayudan con entusiasmo á toda empresa noble y que no tienen el gran defecto de estorbar. Se ha resuelto reservar los nombres.

Agrupaciones de la «Aurora Nueva». — Habrá siete clases:

1.^a Clubs, casinos, centros, círculos y sociedades de recreo, en que ya por medio de veladas y conferencias públicas, amenizadas con músicas y bailes, ya por medio de clases adjuntas á dichos centros, se desarrollarán las doctrinas de esta Academia de la Patria.

2.^a Colegios *proprios* de la *Aurora*, de 1.^a y 2.^a enseñanza, de varones, que tienen el mismo objeto.

3.^a Colegios de mujeres, *proprios*, que persiguen idéntico fin.

4.^a Colegios de hombres ó de mujeres, *adoptados*, ó sean los que conservando su independencia de la *Aurora Nueva*, acepten, sin embargo, parte de sus enseñanzas y deséen figurar como *hermanos adoptados* de esta Academia de la Patria.

5.^a Institutos y Universidades, *proprios* ó *adoptados*.

6.^a Las ligas patrióticas y *katipúnans* que deséen seguir nuestro plan de enseñanza y asociarse á la Academia de la Patria.

7.^a Comisiones civilizadoras de las tribus montañas, á las que las demás agrupaciones y particulares harán donativos de ropa y en metálico para vestir á aquéllas y educarlas debidamente por medio de la persuasión; pero jamás imponiéndose á ellos y menos imponiéndoles otra Religión que la suya sin perjuicio de desvanecer sus errores por medio de la enseñanza y de la demostración.

Estas diversas ramas de la *Aurora Nueva*, tendrán el ineludible deber de guardar entre sí estrecha unión y desinteresada cooperación, sin suicidas rivalidades. Sólo emularán en patriotismo, en amor fraternal y en abnegación, expulsando cuanto antes al socio ó la agrupación que no pueda ocultar sentimientos disolventes de envidia ó rivalidad.

También guardarán correcta conducta con las sociedades extrañas, *katipúnans*, *clubs*, etc., procurand introducir en ellas el espíritu patriótico de esta Academia, sin pretender absorberlas ni rivalizarlas.

Sólo será lícito combatir á los traidores y enemigos de la Patria, ya por medio de un desdeñoso alejamiento de ellos, ya por medios que se crean más eficaces; pero aun así, se necesitará la aprobación y la consigna del Consejo Supremo Directivo, para que la acción sea mancomunada y para evitar que un inocente sea víctima de alguna intriga.

Comités organizadores y sus instrucciones. — El Consejo Supremo Directivo nombrará comités en todas las pro-

vincias y pueblos de Filipinas, que promuevan la formación de agrupaciones de la *Aurora Nueva*, por lo menos una en cada pueblo; pero en Manila y demás ciudades, los comités procurarán que todos los círculos y colegios de enseñanza filipinos vengán á agruparse bajo las inspiraciones de la *Aurora Nueva*, en la cual sólo encontrarán purísimos sentimientos de confraternidad, la mayor cordura é independencia posibles y la más amplia descentralización, porque no en vano esta nueva Liga se titula también Escuela de la libertad.

En efecto, las distintas agrupaciones serán dirigidas por el Consejo Supremo, como entidades *respectables* y no se las obligará á obedecer ciegamente como si fuesen rebaños de irracionales.

Por el contrario, estas bases serán libre y ampliamente discutidas por las distintas agrupaciones, para mejorarlas, completarlas ó modificarlas, aceptando lo factible y suspendiendo lo que no lo sea, según las distintas circunstancias de cada localidad, limitándose á dar cuenta de los Estatutos que en definitiva acuerden, al Consejo Supremo Directivo.

Este respetará y guardará bajo la salvaguardia de su honor, las reservas, los secretos y los nombres simbólicos de las agrupaciones que sólo en secreto deseen hermanarse con la *Aurora Nueva*, reserva que por ningún concepto podrá violar.

Cada uno pondrá todo su desinterés y todo su empeño en servir á la patria, evitando esterilizar los esfuerzos de los demás con aborrecibles envidias y criminales egoismos.

Todos vamos á poner nuestro grano de arena en la magna empresa de reconstituir nuestra patria bajo las firmes bases de la instrucción y de la libertad, preparando nuestro propio porvenir y el de nuestros hijos, y esto sólo se conseguirá con la unión eficaz y desinteresada de todos los filipinos, pero jamás con odiosas disputas é insensatas rivalidades entre hermanos, sentimientos suicidas y muy bajos de los que debe despojarse todo buen filipino en aras de nuestra patria común. Demostremos nuestro patriotismo con hechos y nada de palabras. Estas no sirven más que para enredar y esterilizar fecundas iniciativas. Si es posible, no permitáis hablar más de lo que sea imprescindible. Recordad, si no, el fracaso de la Liga filipina de Rizal y Marcelo H. del Pilar.

Nombrad Presidentes y Secretarios á los más activos y honrados, aunque no sean los más sabios, y cerrad de antemano la boca á los impertinentes charlatanes. En cambio, les destinaréis como oradores para desarrollar en elocuentes conferencias las tesis que previamente les se-

ñaléis, sin salirse ellos de vuestras instrucciones. A los testarudos, que son muy perjudiciales en toda sociedad, habrá que taparles la boca con inmediatas votaciones, y si no son de iniciativa, más vale prescindirse de ellos, lo mismo que de los intrigantes.

Organización de una agrupación.—Cada agrupación adoptará un título, el mejor que la parezca, y será regida por una Junta directiva, elegida por votación cada fin de año, la cual se compondrá de un Presidente, Vicepresidente, Secretario, Tesorero y Contador.

Esta Junta directiva se encargará de promover el engrandecimiento de la Sociedad, se comunicará con el Consejo Supremo y con las agrupaciones hermanas, ejecutará los acuerdos de la Junta general, presentará á su aprobación proposiciones útiles y todas las medidas que crea necesarias; fomentará los ingresos de la Sociedad procurando nuevos asociados y donativos. y sobre todo, guardará con toda escrupulosidad las reglas de contabilidad que aquí se ordenan.

El Presidente dirigirá con imparcialidad las discusiones, abreviándolas y no permitiendo hablar más de dos veces á cada asociado sobre el punto que se debate, sin salirse de él; procurará que todos sean respetuosos y comedidos en el hablar, obligando á retirar las palabras que puedan ofender, y los socios darán pruebas de su cultura respetando la autoridad del Presidente y obedeciendo sus fraternales censuras.

Los hermanos tendrán el tratamiento de *ciudadanos*; esto es, hombres instruídos, bien educados y patriotas, y por consiguiente, tendrán el deber de demostrar con su honrada conducta y respetuosas maneras, que merecen tal dictado.

El Vicepresidente suplirá á los de la directiva que faltaren, mientras no se elija otro, y también presidirá las sesiones en que el Presidente tenga que contestar á las censuras de algún asociado.

El Secretario se encargará de la correspondencia y certificará el libro de actas con el V.º B.º del Presidente.

El Tesorero tendrá bienes con que responder, para poder retener en su poder la caja de caudales, y no pagará absolutamente ningún gasto que no esté previamente consignado en el presupuesto aprobado por la Junta general, y será preciso además que tenga el *páguese* del Presidente y el *intervine* del Contador.

El Contador tendrá la obligación de ver si los gastos ordenados por el Presidente están consignados en el respectivo presupuesto, y bajo su responsabilidad no autorizará con su *intervine* los gastos que estén fuera de él, y exami-

nará con escrupulosidad las cuentas de la Sociedad. Este cargo será también elegido entre los que tienen con que responder.

Toda la Junta directiva y en especial el Tesorero y el Contador, deberán dar toda la importancia posible al acrecentamiento de los fondos de su agrupación, porque el éxito dependerá en mucho de esto; fomentarán los ingresos y reducirán á lo más indispensable los gastos, procurándose donativos de libros, muebles, etc.

Además de un libro de contabilidad sencilla, habrá talonarios numerados de recibos, y tanto éstos como los talones, serán firmados por el Presidente, Tesorero y Contador.

Los libros y cuentas de la Sociedad, estarán siempre sin ningún pretexto, á disposición de los socios, así como las existencias de la caja, para examinarlos.

La Junta general de socios propondrá, discutirá y aprobará sus estatutos, las proposiciones encaminadas al fomento de la Sociedad, sus presupuestos de gastos é ingresos, las cuentas y actos de la directiva y demás socios; elegirá á los que han de formar aquélla, á los nuevos asociados, profesores y demás empleados de la Sociedad.

La Junta general marcará las líneas generales que ha de seguir la directiva, resolverá las consultas de ésta y determinará los casos en que la misma debe convocarla; pero las Juntas generales se reunirán lo menos posible, porque de las discusiones innecesarias suelen surgir los rozamientos y la disolución de las Sociedades.

Por lo menos, se convocará la Junta general una vez dentro de cada trimestre para examinar las cuentas, y por bolas blancas (que significarán aprobación) y negras (reprobación), se votará si están bien ó nó. Si no resultaren aprobadas las cuentas, se considerará de hecho dimitida toda la Junta directiva y se procederá á la elección de otra.

Con el mismo sistema de bolas, se harán las demás votaciones, (excepto en las elecciones en que hay necesidad de escribir los nombres de los elegidos), para que el secreto cubra la independencia de los votantes.

En las elecciones se votará siempre á los más dignos, dando los asociados palabra de honor de no pedir votos ni considerar amistades ó antipatías, sino únicamente el bien supremo de la Patria y de la Sociedad.

Estatutos de cada agrupación.—Los Estatutos de toda agrupación de la *Aurora Nueva*, han de ser lo más sencillos y breves que se pueda, huyendo de lo complicado, porque los Estatutos largos y pretenciosos exigen luego inacaba-

bles y acaloradas discusiones, que muchas veces bastan para malograr en flor las sociedades en proyecto (1).

Estos Estatutos tendrán á lo sumo diez artículos que se destinarán: 1.º A definir el objeto de la Sociedad. 2.º Los medios que se han de emplear para conseguirlo. 3.º Organización. 4.º Los deberes de los socios. 5.º Sus derechos y ventajas. 6.º Deberes y atribuciones de la Junta directiva y de la general. 7.º Obligaciones del Presidente, Vicepresidente, Secretario, Tesorero é Interventor. 8.º Plan de estudios. 9.º Reglas en las discusiones. 10. Reglas de contabilidad, presupuesto muy económico de gastos y fomento de ingresos.

Los socios, si bien serán igualmente considerados, pagarán según los recursos de cada cual, conforme á la siguiente tarifa, pues no sería justo que el pobre pague lo mismo que el rico, ó que el rico no contribuya más que con lo que escasamente pueda el pobre.

Socio de 1.ª clase, cuota voluntaria mayor á la de segunda clase; de 2.ª, 10 pesetas; de 3.ª, 7'50; de 4.ª, 5'00; de 5.ª, 2'50; de 6.ª, 1'25; de 7.ª, 1'00; de 8.ª, 0'50; de 9.ª, 0'25; y de 10.ª gratis, ó sea su trabajo, como los pobres, los profesores y alguno que otro socio, cuyos servicios sean muy necesarios.

Los donativos y los nombres de los donantes se harán constar en acta y en un cuadro de honor ó de protectores de la Sociedad.

Deberes de los asociados.—1.º Como esta Liga es una *Academia de la Patria*, el asociado deberá tener un desinterés purísimo y firme decisión en servir á la Patria. Por tanto, entrará en esta sociedad sin más miras que las de ayudar á enaltecer á Filipinas por medio de la instrucción, de la abnegación, de la cooperación y protección mutua entre sus hijos; el asociado tendrá obligación de ayudar con buena voluntad á toda empresa patriótica, y de aborrecer la falta de patriotismo, el egoísmo, las denuncias y la traición (2); aprenderá con entusiasmo y diligencia aquellas materias á que se sienta con aptitud á su juicio y el de sus profesores, y jamás considerará satisfecho su deseo de instruirse y perfeccionarse más y más, para contribuir con los conocimientos que adquiriera al engrandecimiento de su pueblo.

2.º Como la *Aurora Nueva* es una *escuela del honor*, el asociado tendrá el deber de poseer dignidad y maneras de

(1) Como ocurrió á la sociedad musical de Manila *La Euterpe*.

(2) Nada hay por cierto más despreciable que los soplones y traidores.

hombre honrado; esto es, seriedad, carácter y firmeza en sus convicciones y acuerdos, odiando el servilismo, la adulación y la cobardía y sosteniendo hasta el sacrificio sus derechos de hombre libre y de honor. Para esto aprenderá, siquiera un poco, á tirar las armas, y la gimnasia.

3.º Como esta Asociación es también *Escuela de la libertad y de la disciplina*, no se obligará al asociado á obedecer ciegamente como si fuese un irracional, sino que usará de su inalienable derecho á racionar por sí mismo y de manifestar su juicio por modesto que sea; pero para evitar toda discusión innecesaria, que se prohíbe en absoluto en esta Academia por perjudicialísima, será comedido y breve en el hablar y dará pruebas de su cultura respetando los acuerdos de la mayoría. Sin embargo, si viere que por desgracia surge un funesto cacique que siempre consigue que se aprueben sus proposiciones por desacertadas que sean, podrá presentar su dimisión y pasar á otra agrupación, participándolo secretamente al Consejo Supremo, para que éste procure poner remedio al mal.

4.º Cumplir los estatutos de la respectiva agrupación y hacer guardar los principios y bases de la *Aurora Nueva*, ayudando patrióticamente y generosamente, según sus recursos, á aumentar el tesoro de la respectiva agrupación, haciendo los que puedan, donaciones en metálico muebles, libros etc., al local y museo-biblioteca de la sociedad; por lo menos, pagará puntualmente el asociado la cuota que le haya señalado la Academia, y además prestará su servicio personal en lo que buenamente le permitan las atenciones de su familia ó sus intereses particulares; velará porque se economicen los gastos y porque no se pague más que lo puramente imprescindible huyendo de todo aparato innecesario, y sobre todo, exigirá sin consideraciones de ningún género, pureza y regularidad en las cuentas.

5.º El asociado ayudará en todo lo que pueda, y con especial interés á sus hermanos de sociedad, considerándolos como si lo fueran naturales.

6.º Aprenderá á guardar secreto, reservando bajo su estricta responsabilidad los acuerdos de la sociedad, cuya publicación no se aprobese expresamente.

Derechos de los asociados.—El asociado gozará de los siguientes derechos:

1.º A ser en todo protegido y socorrido con verdadero interés fraternal, no solo por los de su agrupación, sino por todas las ramas de la *Aurora Nueva*, la cual hará cumplir esto con especialísimo empeño, porque la fuerza

y el éxito de la Liga dependerán de la unión entusiasta y eficaz de todos los asociados, así es que éstos procurarán emplear y favorecer á los hermanos cesantes y á sus familias. En igualdad de condiciones, los asociados se surtirán en las tiendas de los hermanos y éstos les harán



D. Domingo Abella,

Otro mártir involuntario, fusilado en 1896 por la supuesta conspiración de Camarines.

¡Un joven rico muerto por su patria!.... Ante él, todo el mundo debe descubrirse; pero, ¿si hubiese muerto involuntariamente y no porque emplease todo su vigor en defensa de aquélla?... Entonces, dirían seguramente:

—¡Lastima de muerte tan inútil!

Jóvenes ricos: escarmentad y no seáis indiferentes á las desgracias de vuestra Patria que hoy está chorreando sangre por defender vuestro porvenir y la seguridad de vuestras vidas y haciendas.

una rebaja compatible con el lucro que legitimamente deben percibir de su negocio. Y otros casos análogos de protección.

2.º Al socorro especial que acordare cada agrupación en casos de enfermedad y defunción de los hermanos y de sus familias. Medicina, ó al menos médico gratis, si hay alguno en la sociedad; y si son varios, turnarán en la asistencia. La asociación verá si dispone de recursos para darles un módico sueldo por vía de compensación, ó para

contratar con un médico extraño, iguala para todos los socios y sus familias, pudiendo la agrupación asociarse con otras de la misma localidad para costear proporcionalmente la asistencia médica.

3.º Tanto los asociados, como sus respectivos hijos, tendrán opción á enseñanza gratuita en los colegios de la sociedad; sin embargo, si pueden, deberán moralmente hacer una periódica donación voluntaria al colegio respectivo

4.º La *Aurora Nueva* hará todos los medios posibles para que los Académicos de la Patria aprobados ocupen empleos de oficiales civiles y militares en la República sin pasar por los grados inferiores, porque los años empleados en el estudio son, por lo menos, tan útiles y meritorios como los que se pasan en la clase de escribientes ó en los campos de batalla.

5.º Y á todos los otros beneficios que como poderosos estímulos acordare cada agrupación, como pensiones á las familias de los asociados que fallecieren ó se inutilizaren, etc., etc.

PLAN DE ESTUDIOS

Comprenderá dos partes: preparatoria y la propiamente académica.

Parte preparatoria.—Todos los socios estarán obligados á aprender esta parte que es imprescindible en todo servidor de la Patria.

1.ª fase. Lectura y escritura; Nociones de los principales deberes del ciudadano y del patriota; Urbanidad europeizando con esmero todos aquellos usos que se pudieran interpretar mal por los extraños; elementos de higiene y prácticas de limpieza; Gimnasia y manejo de las armas.

2.ª fase. Siguen la lectura y escritura, gimnasia, manejo de armas y europeización de costumbres. Y además las cuatro reglas de la Aritmética y una historia muy extractada, en la que se pondrán de relieve los actos heroicos y nobles con ejemplos de abnegación y civismo.

3.ª fase. Extracto de Geografía, en el que se dará á conocer especialmente toda la verdadera importancia del pueblo filipino, su capacidad para gobernarse por sí mismo, é indicación de las fuentes que puedan ser de su riqueza y de su futura prosperidad; y si habrá tiempo, conocimientos elementales de estrategia, armería y química militar práctica, aprovechando los productos filipinos.

Parte académica.—Los servidores de la Patria completarán su instrucción, según las aptitudes de cada uno, en las siguientes cátedras, que se darán ya en colegios espe-

ciales, ya en conferencias amenizadas con música, baile, etcétera.

En estas cátedras se procurará aprovechar el tiempo empezando por dar sólo los conocimientos más esenciales y muy extractados huyendo de ampliaciones innecesarias para que aquellos se fijen en la memoria de los académicos y los aprovechen.

Y cuando sobrare tiempo y hay verdadera afición en el discípulo, entonces se le podrá dar toda la ampliación posible.

En la elección de textos, presidirá un criterio amplio y libre, condenando todo exclusivismo ó intransigencia de religión y de escuela.

Legislación y gobernación.—En esta cátedra se darán conferencias sobre las siguientes tesis:

1.^a Estudio de las Constituciones de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra y alguna otra ejemplar, para formar una Constitución sencilla basada en la consagración de los derechos del hombre, y si es posible, en la confederación de las provincias formando estados por comarcas, que podrían ser los siguientes, empezando por el Norte: Estado de Burgos (1) que comprenderá desde Batanes hasta Pangasinan; Estado de Marcelo H. de Pilar, ó sean las provincias de Pampanga, Pangasinan, Tarlak, Zambales, Nueva Ecija, Nueva Vizcaya y distritos adyacentes; Estado de Rizal, que abrazará desde Bulakan hasta Tayabas inclusive, con Mindoro y distritos vecinos; Estado de Aguinaldo, que comprenderá á los dos Camarines, Albay, Sorsogón é islas adyacentes; Estado de López Jaena, con las islas de Panay, Negros, Paragua y vecinas; Estado de Andrés Bonifacio, Cebú con las islas próximas; y Estado de Solimán (nombre del primer Rey de Manila que murió por la independencia), que comprenderá Mindanaw, Joló y otras islas vecinas.

Una Constitución que adoptando todo lo bueno que se encuentra en los Códigos fundamentales de las naciones más civilizadas, presente, sin embargo, una forma enteramente original, que le dé carácter y mérito propios, por que nada hay más digno de conmiseración en literatura que el plagio (2), especialmente tratándose de todo un pueblo joven, que ya se cree digno de figurar entre los civilizados.

(1) Se podrán poner otros nombres que no sean *ilocano, tagalog, vicol*, etc.

(2) La prensa de Europa y América no ha encontrado más defecto en la Constitución aprobada por la Asamblea de Malolos que su poca originalidad, y eso es tanto más de sentir, cuanto porque con ser co-

Tampoco será una servil copia, sino una adaptación muy razonable, producto de un concienzudo estudio de la organización, del carácter, de las costumbres y demás circunstancias psicológicas y étnicas del pueblo filipino, teniendo muy en cuenta aquello de Aristóteles que las leyes se adaptan á las Repúblicas, y no las Repúblicas á las leyes.

2.^a Estudio de los Códigos civil, penal, de comercio, militar y de procedimientos, de las citadas naciones, procurando una justicia sencillísima, breve, barata, y si es posible, gratuita, cuya imparcialidad sea garantizada por el jurado.

3.^a Estudio de las leyes y de la organización de los estados federales, de la provincia y del municipio de los Estados Unidos, de Suiza, ú otros que nos puedan servir de modelo, para conseguir una descentralización que favoreciendo el rápido mejoramiento de la provincia y del municipio, sin largos expedientes y burocratismos, esté al propio tiempo garantizada contra inmoralidades y caciquismos, abriendo canales de riego y nuevas carreteras, construyendo puentes sólidos, estableciendo institutos de enseñanza y hospitales gratuitos, ó siquiera un médico y botiquín municipales; asilo de pobres é incapacitados, casas de maternidad, orfelinatos, montes de piedad, seguro social, cajas de retiro ó de ahorros etc., destinando á la beneficencia las no despreciables cantidades que se emplean en fuegos artificiales para las fiestas de los innumerables patronos de cada pueblo.

Derecho internacional. — Se enseñará el derecho de gentes, leyes de aduanas, reglas de la Cruz Roja, y conocimientos sobre Marina mercante y de guerra.

Ciencia militar. — Se enseñarán completos conocimientos militares, de los más modernos, pero huyendo de todo fárrago innecesario; y se aprenderá lo más útil ó indispensable á Filipinas.

Se encarecerá la suprema necesidad de una severísima disciplina militar, porque es muy indispensable en todo Ejército para su misma existencia y para el éxito de sus operaciones. Se castigará, pues, severísimamente todo desafuero de la soldadesca sin consideración á los grados que tengan los delincuentes; y se tendrá siempre presente que la falta más insignificante la exagera y abulta el enemigo para probar nuestra falsa incapacidad para la

pia de la española, todos reconocen que es mejor que la original, lo cual demuestra que los filipinos son capaces de hacer una magnífica Constitución original, cuando dispongan de más tiempo de lo que antes disponía la Asamblea de Malolos.

independencia. Pero tanto para los militares como para los paisanos, se suprimirá el cepo, los azotes y todo maltrato de obra, y aun de palabra, á un inferior.

También se prohibirá á los militares meterse en política.

Ingeniería, Artes y Oficios.—Este es un ramo muy importante á la que se dará toda la atención y preferencia posibles. Los pueblos no progresan con los charlatanes y empleomanos, sino que su bienestar y prosperidad dependen de la diligencia y honrado trabajo de sus habitantes. Pero para que sus esfuerzos sean más fructíferos, el estudio de las artes y oficios debe prestarles los conocimientos necesarios.

Se procurará enseñar las artes y oficios más útiles, y también los nuevos y desconocidos aun en el país. En ésta y las demás secciones las agrupaciones que lo puedan, deberán pensionar á los más aprovechados, mediante oposición, para que vayan á perfeccionarse en el extranjero.

Comercio é industrias.—También este ramo es muy importante. Conviene estudiar la manera de sacar todo el provecho posible de las riquísimas primeras materias que produce nuestro suelo feraz, estableciendo fábricas que las conviertan en su última fase de aprovechamiento, sin necesidad, por ejemplo, de que el azúcar vaya á ser refinado á China, á fin de que nosotros ganemos lo que ahora va á otra parte.

Y estudiar el establecimiento de nuevas industrias, como la de tejidos, lozas, la de papel que podría utilizar los desperdicios del abacá, etc.

La explotación de nuestras inmensas riquezas naturales, nuestros bosques maderables, etc.

Despertar el espíritu de asociación formando compañías industriales que exploten la electricidad, los tranvías, ferrocarriles, nuestras minas de oro, hierro, cobre, carbón, mármol, etc., presentando proyectos bien estudiados y nutridos de los indispensables datos para atraer á los capitales extranjeros, etc.

Conviene también pensionar jóvenes que vayan al extranjero á estudiar nuevas industrias.

Filosofía y Letras.—Tampoco podemos desatender este ramo, porque hay muchos filipinos aficionados á estas materias. Por tanto, se enseñarán los distintos sistemas filosóficos y religiosos, Moral democrática y Literatura.

Idiomas.—Excusamos ponderar la necesidad de aprender idiomas, como el inglés, lenguaje muy necesario en el comercio y para entendernos con los anglo-sajones; el francés, idioma de la diplomacia y de las ciencias, y el

castellano. nuestro idioma oficial por ahora. Es un gran mérito saber estas lenguas y muy útil para los que las poseen. En cambio, suprimiremos el latín y el griego.

Antigua civilización filipina.—Ya pasó la época en que se creyó necesario exagerar la importancia de nuestra antigua civilización, para reivindicarla de las no menores exageraciones de los frailes en rebajar todo lo filipino.

«Idolatría por idolatría—decía el Dr. Rizal—preferimos la de nuestros padres á quienes debemos el ser, á la de un sucio fraile.»

Aquí tenemos que el mismo Rizal consideraba como *idolatría* nuestra antigua religión tal como nos la transmiten los antiguos escritores.

Pero la *Aurora Nueva* emprenderá estudios más exactos é imparciales huyendo de toda exageración patriótica que pueda comprometer la veracidad científica y la seriedad de sus investigaciones y de sus estudios.

Europeización, Sociología y otros conocimientos.—Habrá también, si es posible, cátedras de Matemáticas, Medicina y Farmacopea domésticas, Historia, Ciencias Naturales, Física, Química, Pedagogía, Taquigrafía, Gimnasia, Dibujo, Pintura, Piano, Esgrima, Tiro, etc.

Se darán también conferencias sobre Europeización, Sociología ú otro cualquier ramo del saber, que se crea necesario explicar; como los indispensables elementos de Agricultura, dando á conocer las excelencias y los precios de las máquinas que sean útiles á nuestros campos, recomendando la necesidad de aprovechar nuestros innumerables ríos, fuentes ó saltos de agua, para abrir canales de riego que tanto necesitan nuestras sementeras y que servirían también con gran economía para mover máquinas azucareras, arroceras, telares, etc., y promoviendo la formación de bancos agrícolas, garantizados y protegidos oficialmente por las respectivas provincias para atraer á los capitales extranjeros.

En la educación de la mujer se enseñarán los conocimientos más necesarios y de inmediata y positiva utilidad con preferencia á los de adorno, por ejemplo, la medicina y farmacopea domésticas antes que el bordado; y se procurará que ella sepa cortar y coser vestidos ordinarios de mujer y de hombre, y cocinar, antes que hacer flores y dibujos.

De modo que la Academia de la Patria vendrá á ser un verdadero Ateneo ó Instituto, donde podrán instruirse gratuitamente los asociados y sus hijos.

Llamamiento á todos.—Vamos á terminar haciendo un llamamiento á todos los filipinos, sin distinción de ideas ni de colores, para que cada cual venga á aportar su con-

tribución de buena voluntad á la reconstitución de Filipinas en la escuela del honor, de la ciencia, de la libertad y del progreso, transformando la arcáica enseñanza oscurantista en otra mucho más simplificada y mucho más útil y modernizada con arreglo á los adelantos del día, oreándola en el oxigenado ambiente de la libertad y de la verdadera ciencia. Unamos nuestros esfuerzos y démonos un estrecho y fraternal abrazo bajo la augusta sombra del patrio pabellón, teniendo siempre presente que de nuestras disensiones intestinas no se aprovecharía nadie más que nuestros enemigos.

La *Aurora Nueva* ha establecido amplísimas bases, en las que cabrán todos los filipinos, menos la malevolencia disolvente

En especial llamamos á la juventud filipina por quien sentimos vivísimas simpatías, porque siempre ha demostrado poseer alma para admirar lo sublime y corazón para sentir lo bello, sublimidad y belleza que se refunden y simbolizan en la sacrosanta idea de la Patria.

Filipinas ante Europa abrirá una sección que se titulará «Boletín de la *Aurora Nueva*», destinada á ser el órgano de las distintas agrupaciones de esta Academia de la Patria. En dicha sección se irán desarrollando estas bases, y se dará cuenta de los progresos de esta Liga educativa (1).

Todos los filipinos que encuentren útil la idea de la *Aurora Nueva*, tendrán el deber moral de formar comités organizadores, (no importa que haya muchos en una misma localidad), sin necesidad de previa autorización, limitándose á participarlo al Consejo Supremo Directivo, para que les ayude y ordene á sus agentes les presten eficaz cooperación.

Las adhesiones y toda la correspondencia destinada al Consejo Supremo Directivo, se enviarán á su agente, Isabelo de los Reyes, Glorieta de Bilbao, núm. 5, segundo derecha, Madrid.

«Boletín de la **AURORA NUEVA**».—Sigue desarrollándose esta Liga académica. El Consejo Supremo ha dado sus órdenes para la organización de Comités provinciales y municipales en Filipinas. También ha empezado á solicitar el concurso de varias Sociedades europeas y americanas, y sus simpatías para la causa de la libertad de Filipinas, y ha recibido ya varias importantes adhesiones en este sentido.

(1) Desde el 10 de Abril de 1900, en que se publicó este proyecto, dicho Boletín ha venido insertando artículos sobre Arte militar, Europeización, Plan de enseñanza, Religión, Crónica de la Exposición de París, Lecturas democráticas, etc.

Respecto á nombramientos nada podemos publicar porque se ha resuelto reservarlos. Sólo diremos que fué proclamado Presidente honorario del Supremo á D. Emilio Aguinaldo en su calidad de Presidente de la República filipina, y que ha sido propuesto para orador del mismo al distinguido doctor y escritor filipino que se oculta bajo el pseudónimo de *Zuán Tagalog*.

La Prensa española ha acogido con simpatías la idea de una Liga entre España y Filipinas; el *Heraldo de Madrid* publicó un artículo en el que apoyó el proyecto. Entre otras cosas decía: «Los Estatutos de la *Aurora Nueva* contienen un meditado plan de estudios para los Institutos y Clubs educativos de Filipinas y un acabado programa de gobierno.»—25 de Abril de 1900.

XI

REVOLUCIÓN EN LAS COSTUMBRES Y EN LAS LEYES: EUROPEICÉMONOS: EL CARÁCTER DE LOS EUROPEOS Y CÓMO ENTIENDEN LA DIGNIDAD.—NUESTRO CRITERIO EN MATERIA PENAL: LA LEY DE PROCEDIMIENTO CRIMINAL DECRETADA POR LOS NORTEAMERICANOS Y EL MODO BÁRBARO CON QUE LA PISOTEAN EN LA PRÁCTICA.

Europeicémonos: El carácter de los europeos; cómo entienden la dignidad (1).—Vamos á escribir con la ligereza propia de los trabajos periodísticos nuestros estudios y observaciones acerca de los usos y costumbres europeos, para iniciar la magna empresa de europeizar nuestro pueblo, y suplicamos á nuestros compatriotas, especialmente á los periodistas, profesores, maestros y maestras, nos presten su eficaz cooperación, segurísimos de que, si logramos nuestro objeto, contribuirán mucho á conseguir nuestra independencia y á elevar el grado de consideración que ahora nos dispensan las naciones extranjeras.

Porque á la errónea leyenda de la inferioridad de nuestra raza con respecto á la europea, ha contribuido mucho el que no todos los europeos y americanos que han llegado á Filipinas, fuesen sabios que profundizasen las cosas; sino que la inmensa mayoría de ellos ha interpretado por incultura toda diferencia que han notado entre nuestros usos y costumbres y los suyos, olvidando que las circunstancias topográficas imponen irresistiblemente ciertas diferencias, que con el secular aislamiento del resto del

(1) Este artículo es el primero de la serie que estoy publicando en *Filipinas ante Europa* (25 de Junio de 1900). Cuando disponga de fondos, los coleccionaré en otro folleto con la continuación de los demás trabajos que aquí quedan también por continuar.

mundo y el obscurantismo en que nos han procurado tener los frailes, se han agrandado sin culpa nuestra.

Empezaremos por dar á conocer la parte moral y el exterior, (trajes, aseo, etc.) del individuo europeo; seguiremos estudiando la familia y el hogar con sus costumbres (matrimonios, nacimientos, funerales, alimentación, visitas, etc.), para terminar después en la sociedad, bosquejando brevemente sus asociaciones, policía, beneficencia, juzgados, jurado, espectáculos, fiestas, etc.

Ya véis si hay materia suficiente para un libro; pero procuraremos ser muy breves en todo, para no cansar á nuestros lectores, dejándoles la tarea de completar estos ligeros apuntes, observando é imitando todos los buenos usos de los europeos y americanos que se hallan en Filipinas.

El europeo, como ciudadano libre, tiene excelente idea de su dignidad y de sus derechos individuales; abriga la convicción de que no es inferior en nada á nadie, y pone todo su empeño en *hacerse valer*.

El filipino, por el contrario, como está educado en la esclavitud por los engañosos frailes, toma la humildad por virtud, y no pocas veces se rebaja, tanto que los extraños abusan descaradamente de él. Y el filipino, para conseguir un objeto que se propone, suele procurar inspirar lástima y por nada acostumbra á decir:—«Tenga usted compasión de mí; mire usted que soy muy pobre».

Pues bien, todo esto es feo, bajo é hipócrita para los europeos, porque éstos entienden que todo hombre que se estime en algo, debe empezar por darse á sí mismo toda la importancia posible, y casi siempre aparentan ser mucho más de lo que son.

Aquí en Europa, aun los más pobres mendigos no suelen decir: «Tenga usted compasión de mí». Consideran como rebajarse el inspirar lástima, y es una ofensa llamar á uno *infeliz* ó *miserable*. A la verdad que no pasa de ser una hipocresía irritante el quejarse á cada paso de su suerte, y el decir, por ejemplo: «Este *pobre* padre de familia...»

Y dicen los europeos: «Al mal tiempo, buena cara.» ¿Para qué rebajarse? ¿De qué sirve quejarse, si con eso no conseguiremos protección, sino que se alejarán de nosotros, temerosos de que les pidamos algo?

Procuraremos, pues, imbuir en nuestros compatriotas el conocimiento de su dignidad, obligándoles á que no se rebajen jamás delante de nadie, y menos delante de los extranjeros, á quienes tratarán siempre de igual á igual sin permitir jamás que ellos nos falten en lo más mínimo y estad segurísimos de que, si sabemos sostener con energía nuestra dignidad desde un principio, ellos no se atre-

verán á despreciarnos como si fuésemos de raza inferior.

Los filipinos, pues, que acepten cargos de los americanos, exigirán como condición indispensable, que sean tratados en todo como los empleados americanos; como por ejemplo, los soldados filipinos exigirán que les hagan dormir en camas (catres), comer, vestirse y calzarse ni más ni menos que los americanos. En Europa, los criados y criadas *comen ni más ni menos* que sus amos, y toman aquéllos como *una ofensa* el que haya alguna diferencia en la comida entre el amo y su criado.

Nada de encogimientos, ni mucho menos de adulación y de rebajaros á vosotros mismos. Así seréis considerados por los invasores como hombres, y no como bestias de carga. Dignidad, dignidad y siempre dignidad.

Aun cuando la guerra no tuviese otro resultado que el de levantar el carácter de los filipinos de la abyección y de la esclavitud en que les han educado los frailes, sus beneficios superarán nuestros grandes sacrificios de hoy. Sí, conviene levantar á toda costa ese carácter y darles una noción verdadera de su dignidad y de su propio valer, porque esto ha de ser el primer escalón de nuestra independencia.

Revolución en las leyes: La ley de procedimiento criminal decretada por los norteamericanos y el modo bárbaro con que la pisotean en la práctica.—Algo ó bastante ya de esto hemos apuntado en la página 131, al formular las bases de la parte académica de la *Aurora Nueva*, y ahora diremos que no todo han de ser censuras á los imperialistas. La prensa de Manila encuentra la mar de reparos en la Ley de procedimiento criminal decretada por los yankees para los filipinos; nosotros por el contrario, la aplaudimos sin reserva por su espíritu humanitario y verdaderamente moderno.

Si bien es verdad que nosotros en materia de Código penal, somos tan revolucionarios y radicales que tocamos en los linderos de la filosofía anarquista.

P. Kropotkin con su libro *La ley y la autoridad* (según las ideas ácratas), no nos ha convencido en cuanto á la necesidad de abolir las penas aflictivas; pero creemos que no se debe tratar con crueldad á los criminales, como los tratan en los presidios y cárceles de Filipinas; esto, en vez de escarmentarles, sólo servirá para endurecerles en sus malos instintos.

Al contrario, conviene tratarles con piedad, procurando despertar en ellos delicados sentimientos de gratitud, de altruismo y de amor á todo lo noble y justo.

No creemos que la prisión debe durar tanto como ahora

dura en Filipinas y aún en los Estados Unidos, y los años del Código penal filipino, en muchísimos casos los convertiríamos casi en meses, y los meses en días.

Mas, á los asesinos y demás criminales por instinto incorregibles, los recluiríamos cuidándolos como locos peligrosos; pero jamás los someteríamos á trabajos brutales como ahora someten á los presidiarios de Filipinas.

En una palabra, según nuestra humilde opinión, debe tratárseles como unos desgraciados, y que la idea de la venganza conviene que desaparezca de nuestra filosofía del crimen.

Todos los defectos que la prensa de Manila encuentra en la ley de procedimiento criminal, de que nos ocupamos, precisamente los encontramos como méritos y como el sello de su modernismo legítimo, como el asegurar la defensa del acusado contra aquellos que se creen más magistrados, mientras sean más crueles ó secos de corazón.

Ahora falta que los yankees armonicen sus hechos con sus leyes, porque si fuesen ellos los primeros en faltar á ellas, sería esto un escarnio irritante.

Y como los yankees administran justicia en la práctica, leed las siguientes noticias que nos trae la prensa de Manila (10 de Julio de 1900):

«Ante una Comisión militar reunida en Ilo-Ilo, Panay, han sido vistas y falladas las causas seguidas contra cuatro individuos acusados por robo y asesinato, siendo sentenciados los dos primeros á diez años de prisión con trabajos forzosos, y los dos segundos, á sufrir la pena de muerte ahorcados; pero en vista de que *no existen pruebas suficientes de su culpabilidad* por estar en contradicción algunas de las declaraciones, les ha sido conmutada la pena de muerte por la de 20 años de prisión con trabajos forzados.

No estamos conformes con eso ni mucho menos, pues no hay ningún tribunal civilizado que condene *sin pruebas suficientes de culpabilidad*.»

Los yankis también ya saben fusilar sin expediente. Dice *The American*, órgano oficial de los yankis en Manila, que estos fusilaron en Zambales á un jefe filipino, llamado Delamote, so pretexto de haber intentado escaparse cuando le conducían.

The Freedom refiere un episodio repugnantísimo ocurrido á las nueve de la noche en plena calle Real de Manila:

«La señorita Josefa de la Rosa iba paseándose con su novio el Sr. D. Francisco Flores, cuando el americano William Cummings, mozo de un bar situado en la calle Real de Manila, se acercó á dicha señorita, llevándosela violentamente á su casa no obstante la resistencia de la

joven y los esfuerzos que para evitarlo hicieron el señor Flores y varios filipinos que por allí pasaban.

Poco después las autoridades se personaron en la habitación del raptor, quien al principio se resistía á abrir la puerta; pero logrando al fin penetrar en ella, vieron á la Srta. de Flores tendida sin sentido, con el cabello suelto y sus trajes desgarrados.

El raptor fué detenido y algunas horas después, según leemos con gran sorpresa, puesto en libertad, y sólo por la protesta de la prensa, fué procesado después »

El hecho es cierto; pero nos irrita más la mansedumbre de Flores y otros presentes que la acometividad del infame raptor.

En esos casos no hay más alternativa que morir ó matar.

Según el yanki *Manila Times*, el coronel Petitt, del 31 de infantería, en Zamboanga, será sometido á un consejo de guerra por haber consentido ó dado orden para que la policía matase á machetazos al detenido Juan Ramos.

Y no acabaríamos nunca si fuésemos á enumerar los muchísimos casos, en que los yankees hacen burla de las leyes en Filipinas.

Ante semejantes hechos, ¿de qué sirve ahora tener una buena Ley de Procedimiento criminal, si no se guarda? Siempre ocurrirá lo mismo donde hay un amo y otro esclavo; por eso maldecimos con toda la energía de nuestra alma cualquier soberanía extranjera sobre nuestro desgraciado país.

XII

REVOLUCIÓN RELIGIOSA: IREMOS CON ROMA SI NOS HACE JUSTICIA.—EL AUTOR NO QUIERE SER OBISPO.—UN VICARIO GENERAL EXCOMULGADO. - AL PAPA HAY QUE ESPERAR ANDANDO.—IGLESIA FILIPINA CON LOS NUEVOS DOGMAS.

La cuestión religiosa.—Recibimos noticias alarmantes para el clero filipino. Se dice que uno de los motivos de la disolución del grupo autonomista en Manila, fué porque el general Otis prohibió al distinguido director de *La Democracia*, Dr. T. H. Pardo de Tavera, quejarse de los entrometimientos de los frailes en el ya embrollado problema filipino. También nos escriben de Londres que pronto irá á Manila un delegado del Papa, no sólo para proteger los intereses de los frailes españoles, sino para relevarles con sacerdotes norteamericanos en los obispados y curatos importantes.

¿Y qué hace, á todo esto, el Clero filipino?

Nosotros iremos con Roma si el Vaticano nombra Obis-

pos y párrocos indígenas y reconoce y sostiene los derechos legítimos de nuestro Clero.

Pero si por el contrario, amparase las ambiciones de los usurpadores, frailes ó sacerdotes norteamericanos, sin vacilaciones de ningún género instaríamos á los clérigos filipinos á que se declaren en cisma.

No podría ser Vicario ni ministro de Dios el que cometiese injusticias.

En presencia del respetable abogado filipino, D. Antonio María Regidor, ha ofrecido á Isabelo de los Reyes título de Obispo protestante, una persona muy autorizada que le habló de esta manera:

—Hemos leído con gran satisfacción su último folleto *Apuntes para un ensayo de Teodicea filipina ó la Religión del Katipúnan*, y aplaudimos sin reserva el propósito de usted de encarrilar en las vías del buen sentido las tendencias de los revolucionarios filipinos de resucitar su antigua Religión, desterrando las supersticiones y abriendo ancho campo para la investigación científica; pero el nombre sólo de *Bathala*, para los que ignoran que no significa más que Dios, les asustaría, suponiendo equivocadamente que ustedes quieren retroceder, cuando precisamente á juzgar por su folleto, la Religión filipina de usted es más avanzada que cualquiera de las que se basan en la tradición, pues su criterio consiste en tomar la tradición como *dato* que se ha de examinar libremente á la luz de la razón, lo contrario de los principios romanistas, según los cuales, la razón debe ser iluminada por la revelación ó tradición.

Aplaudo también la amplitud de su criterio al juzgar buenas todas las religiones; y ya que usted dice que los filipinos no tienen inconveniente en aceptar que Bathala se haya encarnado alguna vez en Jesús, «hombre, según usted, sin igual en la historia y concebido por una virgen ideal», ¿tendría inconveniente en ser Obispo para evangelizar á los filipinos?

Usted ha sido recluso en el terrorífico Castillo de Montjuich por haber defendido virilmente los derechos del Clero filipino en su conocida Memoria presentada al general Primo de Rivera; usted ha sostenido con este objeto ardientes polémicas en la prensa con los obispos de Oviedo y Salamanca; usted, en fin, ha trabajado, aunque en vano, cerca del Nuncio de Madrid, para que el Vaticano reconociese los derechos del Clero filipino, y seguramente todo esto le dará derecho á esperar que el Clero en masa le siga si promoviera un cisma.

Reyes contestó:

Eso es demasiado serio para que lo resuelva sin estudiarlo antes. Yo no quisiera meterme donde no me lla-

man; pero estoy dispuesto á sacrificar hasta mi vida á la defensa de los derechos de todos los filipinos, y nuestros sacerdotes son filipinos también.

Urge, pues, que hable el Papa y declare si está dispuesto ó no á nombrar Obispos y párrocos exclusivamente filipinos.

Con la misma energía con que hemos expulsado á los frailes, combatiremos á cualquier extranjero que se ponga en lugar de ellos para usurpar los inalienables derechos del Clero filipino. (*Filipinas ante Europa*, de 25 Octubre 1899).

Un Vicario general excomulgado.—Cuando triunfó la Revolución filipina é hizo prisioneros á los frailes que servían las parroquias de Filipinas, el gobierno revolucionario propuso á los Obispos españoles que nombrasen Gobernadores eclesiásticos filipinos, á fin de mantener el orden en el Clero, pues los filipinos ya no querían reconocer á los Prelados que no fuesen hijos del país.

Los Prelados españoles convinieron en ello, excepto el Arzobispo de Manila, Fr. Nozaleda, porque esta ciudad fué la única que no cayó en poder de Aguinaldo.

Uno de esos Gobernadores eclesiásticos fué el inteligente, virtuoso y enérgico sacerdote filipino, Sr. D. Gregorio Aglipay, el cual empleó sus prestigios personales para suspender el artículo de la Constitución filipina que establecía la separación de la Iglesia y del Estado; para conservar la disciplina en el Clero filipino, conservar los seminarios, fomentar y completar los estudios que se dan en ellos, y para que se diera buen trato á los prisioneros frailes.

En vista de estos sus grandes servicios, el gobierno de Aguinaldo le reconoció como Vicario general castrense, cosa que despertó las envidias de Fr. Nozaleda, hasta el extremo de excomulgarle diciendo que le usurpa este título, cuando, como ya hemos dicho, dejó de serlo desde el momento en que cesó la soberanía de España en aquel Archipiélago.

Creemos que el Papa debe apresurarse á enviar á Filipinas un delegado de su confianza que sobre el terreno vaya á atender las justas reclamaciones del Clero filipino, pues sabemos por conducto muy autorizado que el sínodo convocado por el Sr. Aglipay acabará por proclamar el cisma y la formación de la iglesia filipina, si el Papa no les hace justicia. (1)

Los mismos periódicos de Manila, que no son partidarios de los revolucionarios, dicen que el Clero filipino está

(1) En efecto, envió al Sr. Chapelle, que en vez de facilitar la salida de los frailes, se la ha prohibido (*Nota posterior*).

incondicionalmente al lado de Aguinaldo; esto es, del Padre Aglipay, hasta seguirle en el caso de rebelarse contra Roma. Uno de esos periódicos es el apreciable colega español *El Comercio*.

Nosotros sostendremos los derechos de nuestro respetable amigo Sr. Aglipay y confiando en su energía que no se dejará atropellar por nadie, aconsejamos al Clero filipino que tan pronto se declare en cisma, revise y rectifique ciertos cánones y creencias puramente utilitarias, haciendo que penetre en ellos la bienhechora luz de la razón y del buen sentido, y el verdadero espíritu de la doctrina de Jesús.

Al Papa hay que esperar *andando*. En Enero último, con motivo de haber recibido el Comité filipino de Madrid del de Paris, encargo de avisar que exigía nuestro Gobierno como condición para la libertad de los frailes prisioneros, el envío de un delegado de Roma á Filipinas, celebré varias conferencias con el Nuncio en Madrid, Sr. Nava di Bontifé, en las que he ponderado las grandes virtudes, saber y capacidad del Clero filipino para ocupar los obispados, presentando al propio tiempo con todo comedimiento, las justas reclamaciones y quejas de los sacerdotes indígenas. Me recibió bien, y yo, por mi parte, le traté con todo el respeto que me imponía mi educación, hasta que me acaloré, cuando llamó indirectamente bandido á Aguinaldo.

Y por única contestación recibí ésta, que verdaderamente desespera.

—Considero impropias del respeto que deben ustedes al Padre Santo, las exigencias de Aguinaldo. Este es como un bandido que exige rescate, antes de soltar á los prisioneros.

Entonces le contesté enérgicamente:

—El bandido es el que se llevó los fondos de las iglesias, que son propiedad de los municipios filipinos. Aguinaldo nada pide para sí, sino que se devuelva el dinero de nuestros templos, y el reconocimiento de los derechos del Clero filipino, si es que el Papa quiere que continuemos siendo católicos.

—Todo eso es irrespetuoso—replicó el Nuncio;—*maten* ustedes, si así lo quieren, á los frailes prisioneros; pero Roma, jamás, jamás se sobajará á Aguinaldo.

—Nosotros no somos asesinos; no pedimos más que justicia, y que vaya una persona de confianza del Vaticano á estudiar sobre el terreno el asunto.

—¡Ni eso! Ni doy cuenta siquiera al Papa de la visita de usted.

—Muy bien. Nosotros nada necesitamos de Roma; pero

es posible que Roma necesite de los sacerdotes filipinos.

Y me retiré después de haberle entregado copia de mi Memoria presentada al general Primo de Rivera, y muchos documentos interesantes sobre la cuestión religiosa.

Sin embargo; un año después tuvo el Papa que ceder enviando al Sr. Chapelle.

Los frailes tienen incontrastable influencia, no sólo en el Vaticano, sino también en el Clero de los Estados Unidos. Hay, pues, que ir pensando en deshacernos de un lastre molesto y completamente innecesario (25 Noviembre 1899).

Iglesia filipina.— Por los anteriores artículos y otros que no reproducimos por falta de espacio, verán nuestros lectores que hemos agotado todos los medios para entendernos con Roma, empleando ya la súplica, ya los anuncios de que con todo dolor nos separaríamos del Padre común del Catolicismo, si desatendía los derechos del Clero filipino. Pero solo hemos conseguido hasta ahora que el Sr. Chapelle haya mandado volver á Cebú al fraile Obispo, á pesar de ser extranjero; al provisor español de Nueva Cáceres, que no salga de aquella diócesis; y á los frailes les detiene en Manila, hasta á su pesar, según nos han dicho ellos.

Y es la hora presente en que no se ha levantado aún la arbitraria excomunión fulminada por un intruso contra el P. Aglipay, que por su patriotismo es el candidato de todos los filipinos para ocupar el Arzobispado metropolitano de Manila.

¿Es que de veras el Papa no quiere atender los sagrados derechos de los sacerdotes indígenas á ocupar exclusivamente los obispados, canongías, parroquias y la dirección de los seminarios de Filipinas? Pues entonces, dejemos á San Pedro que se está bien en Roma.

Y el Clero filipino debe reunirse en un Sínodo, para formar una Iglesia nacional.

Nos ha indignado sobremanera haber visto en el programa político de Mr. Chapelle el propósito de introducir sacerdotes americanos precisamente en las principales parroquias, y el haber leído en *La Patria* que los sacerdotes filipinos fraileros se contentan con algunas parroquias admitiendo á los extranjeros como suplentes; porque acabarán éstos por suplantar á los nuestros; y en vez de reclamar ellos sus derechos innegables á *todo*, parece que se contentan con pedir el pobrísimo beaterio de la Compañía.

Si el Sr. Chapelle consigue su objeto de introducir párrocos americanos, éstos vendrán á ser tan tiranos y tan

usurpadores como los frailes que acabamos de derrocar, y tendremos en ellos nuevos enemigos de nuestra independencia.

Y antes de pasar por esta humillación, por este atropello y por esta injusticia, indudablemente nos será forzoso hacer nuestro rancho aparte.



El Padre Inocencio Herrera,
otro mártir involuntario.

El siguiente artículo ha sido denunciado y por él me han procesado, embargado y obligado á presentarme todos los sábados en el Juzgado, estando mi proceso pendiente aún en la Audiencia de Madrid; por lo cual al reproducirlo aquí ahora, suavizándolo en la forma, para no dar pretexto á que me vuelvan á molestar, hago constar que solo hablo de la Iglesia filipina y que para nada tengo que ver con la Religión de los españoles, á la cual, como á todas las demás, procuro respetar por buena educación.

I.— La cuestión es más bien política que otra cosa, por lo



Clero filipino! vuestra mal entendida mansedumbre no os conducirá más que al patíbulo, como á Burgos, Gómez, Zamora, Prieto, Herrera y Díaz.

Imitad la noble dignidad de vuestro Divino Maestro, y rebeláos contra las hipocresías de los nuevos fariseos que tratan de usurpar vuestros derechos.



cual nosotros no creemos en la necesidad de reconocer la autoridad del Papa, ni su infalibilidad, porque ni una cosa ni otra se hallan en los evangelios que encierran la verdadera doctrina de Jesús, ni en los escritos de los Apóstoles. Sino que muy por el contrario, escribió San Pablo terminantemente: «Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto: Jesucristo». (1.^a Cor. 3-11);—Emperoviniendo Pedro á Antioquía, *le resistí en la cara, porque era de condenar*». Gál. cap. 2, vers. 11.

Los Papas presentados con la pompa de los reyes de la tierra son diferentes de Aquél que no tuvo donde reclinar su cabeza, y si ahora los quisiéramos investir con la infalibilidad propia sólo de un Dios, á la verdad, esto no podría aceptar mi pobre inteligencia, máxime si recordamos con cuánta frecuencia reprendió Jesús á San Pedro.

El Hijo del Hombre reprendió á Pedro cuando le faltó fe al caminar sobre las aguas (S. Mateo cap. 14, vers. 28, 29, 30 y 31); cuando altaneramente Pedro le dijo que le seguiría hasta la muerte, siendo así que había de negarle tres veces (S. Lucas, cap. 22, vers. 31, 32, 33 y 34); cuando el apóstol no quiso dar sus pies para ser lavados (Ibidem); cuando el mismo hirió á Malco, (S. Juan, cap. 18, v. 11); cuando estaba celoso de S. Juan, Jesús le dijo: «¿Qué á tí?—Dios reprendió también á Pedro cuando no quiso comer de los animales que le ofrecía llamándoles inmundos: (Hechos, cap. 10, v. 15); y cuando este apóstol se oponía á que Jesús padeciese, «entonces él, volviéndose dijo á Pedro: Quitate de delante de mí, Satanás; me eres escándalo; porque no entiendes lo que es de Dios sino lo que es de los hombres». S. Mateo, cap. 16, v. 23 y San Marcos, cap. 8, v. 33.

¿Dónde está, pues, aquí la infalibilidad de Pedro, y mucho menos, la de sus sucesores?

El Redentor dijo á sus apóstoles: «Mas vosotros, no queráis ser llamados Rabbí (maestro); porque *uno* es vuestro Maestro, el Cristo; y *todos vosotros sois hermanos*. (Mateo, c. 23, v. 8). Y vuestro padre no llaméis á nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos. (Ib. v. 9)».

25. «Entonces Jesús llamándoles (á sus apóstoles) dijo: Sabéis que los príncipes de los gentiles se enseñorean sobre ellos, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad.—26 Mas entre vosotros *no será así*; sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor;—27 Y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo. (Mat. cap. 20) »

Esto es lo que dijo Jesús y por consiguiente es imposible conceder á San Pedro y menos á sus sucesores ningun-

na superioridad sobre los demás. San Cipriano escribe terminantemente que «los demás apóstoles eran lo que Pedro era, y participaban, como él, del mismo honor y del mismo poder». (*De unitate Ecclesiae*).

Los católicos sólo fundan la supremacía de Pedro en esto que le dijo Jesús: «Mas yo también te digo, que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo, cap. 16, v. 18).

Pero esto no quiere decir que Pedro sea la piedra angular, porque sólo lo es Jesús, (Mateo, 21. 42; Marcos, 12. 10; Lucas, 20. 17; 1^a Pedro, 2-6 y 7).

Sino que, Jesús quiso decir que era una de las piedras ó *columnas* como los otros apóstoles, (Gál. cap. 2, ver. 9) sobre las cuales se edificaría su iglesia, como el mismo San Pedro, en su 1.^a epístola, v. 5, considera á todos los buenos cristianos como piedras vivas, diciendo: «Vosotros también como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables á Dios por Jesucristo.»

Mientras vivieron los apóstoles, no había tal Papa. No lo dicen los evangelistas, ni San Pedro mismo ni San Pablo, que tuvo ocasión de decirlo al enumerar los oficios de la iglesia, como profetas, apóstoles, evangelistas, doctores y pastores. Nunca San Pedro ejerció de Papa. pues ni presidió el Concilio ecuménico en Jerusalem, al que asistió como otro cualquier miembro, sino Santiago; ni en Antioquía, ni en el día de Pentecostés.

Ni en los cuatro primeros siglos de la Cristiandad aparece la supremacía del obispo romano.

San Agustín, siendo obispo de Hipona, escribe: «Los obispos de Africa reconocían tan poco al de Roma, que castigaban con excomunión á los que recurriesen á su arbitraje.»

San Gregorio I dijo que ninguno de sus predecesores en el patriarcado quiso llevar el título de *Obispo universal*, porque esto hubiera profanado el carácter de patriarca; y amenazó con la excomunión al que se atravesase á llevar este título. Pelagio II lo considera también como impío y profano.

El sexto Concilio de Cartago prohibió llevar el título de Pontífice á los obispos.

No acabaríamos nunca si fuésemos á citar textos.

Y sería ofender la sacratísima memoria del más Justo de todos los hombres, confundir su ministerio de amor con el odioso papel que en nombre del Papa representaría Mr. Chapelle en Manila. si protegiera las causas injustas traicionando despiadadamente á los sacerdotes filipinos en su candor y excesiva buena fe.

Veamos, pues, si ya es tiempo de decir:

—Basta ya de sufrir candorosamente atropellos y formemos sin vacilaciones una Congregación propia, una iglesia filipina, conservando del Romanismo todo lo bueno que tenga, pero desechando todas las picardías que la diabólica astucia de algunos ha introducido para corromper la purísima Moral y la sacratísima Doctrina de Jesucristo, de tal modo que ya se puede decir que el Cristianismo de Filipinas nada tiene ya de Cristo, como que ciertos impostores prohíben hasta leer directamente su Evangelio, y exigen que ellos nos sirvan de intérpretes, como si Jesús necesitara de intérpretes tan caprichosos, como de mala fe. Si; tal Cristianismo no es más que un conjunto, nada artificioso en verdad, de caprichos de teólogos que razonan, no con la inteligencia, sino con la imaginación, para hacernos ver negro lo blanco y vice-versa.

Aconsejamos á los sacerdotes filipinos que sostengan con energía sus derechos y que no muestren servilismo ni timidez, para que inspiren respeto al Delegado del Papa. Ellos nada tienen que temer, porque los frailes ya no volverán á levantar cabeza, ni ellos mismos se atreverían a volver á sus curatos, porque el pueblo les expulsaría violentamente.

Y el Papa no tendrá más remedio que ceder, porque de lo contrario, se quedaría sin ovejas. Tenemos la razón y la fuerza, y aun cuando no tuviesemos más que ésta, el Papa nada podría hacer contra nosotros. Precisamente, un periódico católico de Madrid, *El Imparcial*, ha dicho estos días que cuando sobreviene una lucha violenta, la fuerza moral, aunque sea grande, si no está encarnada en una fuerza material de resistencia y empuje, acaba en impotencia. Todo el inmenso poder espiritual del Pontificado, no pudo resistir, en la persona de Bonifacio VIII, las audacias de Nogaret y la bofetada de Sciarra Colonna.

Aprestáos, pues, á la lucha, y no vayáis á echarlo todo á perder con pusilanimidades. El Papa ya está á punto de ceder. Antes el Nuncio de S. S. en Madrid Sr. Nava di Bontifé me decía altaneramente que el Papa no enviaría Delegado á Filipinas, aunque matásemos á los frailes prisioneros, y antes de un año, envió al Sr. Chapelle.

Siquiera los más tímidos, que guarden un silencio noble y neutral; pero que no vayan ¡por Dios! con vergonzosas lisonjas al Sr. Chapelle (25 de Mayo de 1900).

II.—La religión de Jesús es la más extendida y la más admirable de cuantas se conocen hasta el día. Predicada por humilde hijo de un carpintero, se conserva al través de diecinueve siglos y se halla triunfante por toda la faz de la tierra, habiendo conseguido el milagro de que la

cruz, que era signo de muerte vil, se convirtiese en el principal adorno de la corona de los reyes y de los pechos de los beneméritos de la patria.

Pero se observa que las primeras naciones del mundo como Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, son cristianas protestantes; Rusia, es cristiana cismática; esto es, que son cristianas; pero sin esos exclusivismos egoistas y nada cristianos, ni esos oscurantismos embrutecedores de ciertas personas; son cristianos, pero con el Cristianismo puro de Jesús, bebido en sus nativas fuentes que son los Evangelios, y rechazando esas burdas mixtificaciones con las cuales se convertiría esta religión en paganismo grosero y en simonía repugnante.

También entre las naciones católicas hay grandes diferencias; el catolicismo progresista de Francia y países vecinos del centro de Europa, es muy diferente de cierto catolicismo intransigente y retrógrado; y aun en la misma Francia y España, se consideran como las más atrasadas las comarcas neas de Bretaña y del país vasco.

Y á pesar de considerarse España como un pueblo atrasado por su intolerancia religiosa, todavía el catolicismo de esta nación es muy progresista en comparación con el que los frailes han enseñado á los pobres filipinos, á quienes han venido embruteciendo lastimosamente.

La doctrina de Jesús, tal como está en los Evangelios con su sencillez encantadora, es la más humanitaria, la más santa, la más espiritual, la más justa, la más sabia, la más avanzada en aquellos tiempos de Jesús y aun ahora, es la que más podría satisfacer la sed de justicia y de amor de los socialistas y aun del anarquismo que tanto horror inspira á los que sólo lo conocen de nombre.

Pero, ¿dónde está aquella Religión de la más sublime caridad y de la justicia más pura de Cristo-Jesús en las enseñanzas de los frailes de Filipinas y en la conducta de Mr. Chapelle?

Nosotros queremos que nuestros sacerdotes sean cristianos; pero cristianos puros, sin sofisticaciones de doctrina; sacerdotes á quienes no espante la luz del progreso, sino que iluminen las inteligencias con su ciencia, con su altruismo y con su santidad; pero no sacerdotes que nos embrutecen, alejándonos del divino Maestro, en vez de acercarnos á sus santos Evangelios para que satisfagamos nuestra sed de ciencia en los purísimos manantiales de sus doctrinas santísimas.

Cuando llegó Jesús al mundo, los fariseos, que eran los sacerdotes del pueblo judío, tenían ya lastimosamente prostituída la Religión de Jehová, presentando á Este como hambriento de sangre humana y tomándole por

bandera para que su pueblo, que hacían creer como escogido de Dios, se enzarzase en terribles guerras con otros pueblos; explotaban la buena fe de los creyentes con sus hipocresías y mentiras, haciendo de la religión un escabel de sus desmedidas ambiciones; fulminaban excomuniones y exterminio á los que se atreviesen á desenmascararles; en una palabra, convirtieron la Religión en medio de satisfacer su orgullo y su avaricia, volviéndola egoísta, exclusivista y embrutecedora.

Y no solo los fariseos, sino todos los sacerdotes de todas las religiones de entonces, como los brhmanes de la India, los saduceos, los samaritanos, los egipcios, los griegos, en fin, todos los sacerdotes conocidos, practicaban las mismas artes de convertir la religión en ciencia oculta, para monopolizarla y emplearla mejor en explotar la excesiva credulidad de las gentes.

Entonces vino Jesús, el mayor revolucionario que ha conocido el mundo, tanto más temible cuanto porque predicaba con sus santos ejemplos: Jesús abrió su corazón y sus brazos á toda la humanidad, sin distinciones de ningún género, y aseguró con intrepidez que el samaritano, á quien los judíos tenían en entredicho, podía aún ser más prójimo que el más considerado levita (de familia sacerdotal), si aquél tuviese mejor corazón que éste. (San Lucas, cap. 10 vers. 29 al 37.)

Cuando sus discípulos prohibieron á un extraño que echase fuera demonios en nombre de Jesús, el divino maestro, dando una muestra de poseer alma más sublime que la de los egoístas sacerdotes de aquellos tiempos, les dijo: «No se lo prohibáis, porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.» (San Marcos, 9. 38-40 y San Lucas, 9. 49-50.) También cuando sus discípulos le pidieron castigar á los samaritanos por no haber querido recibirle, les contestó aquellas memorables palabras saturadas de la más dulce caridad: «El hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.» (Luc. 9, 55.) Y los apóstoles siguieron después estas santas enseñanzas de Jesús de extender la gracia de Dios á los gentiles. San Pedro dijo: «Por verdad hallo que Dios no hace acepción de personas; sino que de cualquiera nación que le teme y obra justicia, se agrada.» Hechos, 10, 34-35. Porque Dios le había encargado que no considerase indignos á los gentiles, diciendo: «Lo que Dios limpió, no lo llares tú común.» Hechos, caps. 10 y 11.

Triunfó entonces Jesús por la inmensa caridad que respiraban sus santas enseñanzas; pero ahora nuevos fariseos en Filipinas han vuelto á embrollar y prostituir la religión de amor de Jesucristo y han establecido excomu-

miones para los que se atrevan á discutir y desenmascararles; y en vez de salir denodadamente á sostener sus doctrinas como siempre lo hizo Jesús, aún delante de Anás y Pilatos, se limitan á prohibir la lectura de los libros y periódicos en los que se les invita á una leal discusión, porque saben muy bien que lo que es pura picardía no tiene defensa posible.

Cuando abofetearon á Jesús por decir la verdad, contestó entonces: «Si he hablado mal, dá testimonio del mal, y si bien, ¿por qué me hieres» (San Juan 18. 23.)

Y apostrofó á los malos sacerdotes diciendo: «¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas! que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben.—¡Ay de vosotros, doctores de la ley! que habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrásteis, y á los que entraban impedisteis.» Lúc. c. 11.

Eso es, los nuevos fariseos no sólo no quieren instruirse por pereza, sino que impiden á los filipinos á estudiar libros modernistas y liberales, haciendo creer que contienen veneno, y los embrutecen enseñando que la fe consiste en creer lo que no ven, cuando debiera ser creer lo que ven con los ojos de la razón.

Y ¿qué diríais de un impostor que para evitar que se descubran sus engaños, hace creer que el que se separe de sus falaces doctrinas, no tendrá salvación? ¿Qué diríais si luego os dijese con toda frescura:—Mirad, queridos borregos, que los cristianos y toda religión diferente de la mía dicen que podéis también salvaros con la inventada por mí; pero yo os digo, que sólo por mi nave se puede arribar al puerto de salvación: En caso de duda, pues, ¿no es mejor ó más seguro embarcarse en mi buque que en el de los otros? ¡Ah, malvado—exclamariáis.—Sólo con semejantes embustes puedes defender tus descaradas invenciones para explotar á los crédulos! El hombre es castigado ó recompensado por sus obras y no porque lo digan.

¿Y si os dijese ese impostor: Dios prohíbe hacer esto; pero si me compráis un papel en que os lo autorizo, podréis hacerlo sin pecar? Diríais, naturalmente, que eso es una inaudita blasfemia que no se encuentra ni aun en las teogonías de los salvajes más canibales.

Cuidado, católicos filipinos, que si no oreáis y modernizáis vuestras arcaicas doctrinas, armonizándolas con las conquistas del progreso, así como ya hay en Europa arzobispos católicos darvinistas (pero sin las exageraciones de Hæckel) y el elocuente dominico francés P. Didon (1) antes de morir, clamaba últimamente por la libertad,

(1) «En medio del rebaño humano—decía el P. Didon en el co-

perdereis más pronto de lo que pensáis vuestros nutridos rebaños, porque el protestantismo por una parte os quitará prosélitos, y por otra los filipinos masones ó excépticos en materias de religión, tienden á desterrar todas las creencias religiosas por considerarlas contrarias al progreso y la libertad, como lo demostró la Asamblea de Malolos al votar la separación de la Iglesia y del Estado; y algunos respetables filipinos aconsejan la indiferencia en tales asuntos. (1)

Pero nosotros cremos nuestro deber salir siempre á la defensa de los derechos de todo filipino, y no podemos mirar indiferentes que Mr. Chapelle y los frailes abusen de la credulidad de nuestros pobres clérigos, arrebatándoles sus obispados y parroquias para darlos á los frailes y á los yankees romanos.

III. — ¡Dios existe! En verdad no concibo como haya personas que no crean en El. Nos lo está diciendo continuamente la maravillosa grandiosidad del firmamento con sus soles, sus planetas, sus constelaciones, sus cometas y otra infinidad de inmensas moles estelares, que gravitan ó vuelan con unas leyes tan sorprendentes y exactísimas, que cuando me dijeron momentos antes del último

legio de Alberto el Grande en París—al través de la muchedumbre pasiva y conducida al látigo por falsos monitores, entre la turba ruidosa inclinada á tierra por hábito de servidumbre (estas palabras parecen escritas expresamente para los clérigos filipinos), entre los partidos encarnizados, repletos de vendidos, de hipócritas y de cobardes, ferozmente egoistas y sedientos de cruenta tiranía, yo quiero ver á mi discípulo ingente en su derecho y en su fuerza, en su valor y en su bondad trazando su senda, abriendo su surco sin tender la mano sino á los que como él se conduzcan. Y luego yo trataría de despertar en el alma de mis discípulos no sólo el gusto, la atracción ó el sentimiento, sino la *pasión ardiente por la libertad*; una de esas pasiones que se convierten en culto, que añaden al amor tranquilo una fiebre heroica, capaz, en sus accesos, de todas las luchas y de todas las victorias. Penetraos de esta convicción ardiente, trabajad en dar á vuestro país el poder material que se impone en la hora trágica en que es menester salvar la justicia y el derecho».

Así habla un fraile francés. Ahora oigamos cómo habla un fraile de Filipinas. El franciscano Bustamante dice: «El indio que se separe del lado de su carabao (para estudiar), se hace traidor á Dios y á su Rey.» ¡¡¡Ah!!! ...

(1) Con motivo de mi procesamiento he tenido el gusto de recibir expresiones de simpatía de los filipinos que están esparcidos por España y Extranjero empezando por nuestro conspicuo Plenipotenciario Sr. Agoncillo; pero casi todos están unánimes en que tal vez no merezcan nuestros clérigos mis sacrificios porque desde un principio—dice mi querido amigo Lete—debieron haber mandado á paseo al Sr. Chapelle y estaba terminada la cuestión. Acaso—añaden otros—todavía ellos mismos excomulgarán á usted.

eclipse, si podría no ocurrir, yo contestase enérgicamente: «No puede fallar ni un segundo siquiera; pueden ser imperfectos nuestros relojes, pero las leyes de la Naturaleza son exactísimas».

Y si cogemos uno de esos más pequeños puntitos brillantes del cielo, esta tierra por ejemplo, cuántas maravillas no encierran los tres reinos de la naturaleza, y cuántos mundos microscópicos no contiene una gota de agua.

¿Y es posible que todo esto sea obra de la casualidad y que no exista un Ser Supremo que lo haya creado y lo regule con su divina providencia?

Contemplad el espectáculo de un hombre que se muere, penetrad en los cementerios é interrogad á esos pobres despojos de los que fueron, y os dirán que toda la vanidad humana es impotente para suprimir la idea de Dios, llámese Madre Naturaleza, Supremo Hacedor, Gran Arquitecto, Bathala, Brhama, Jehová, Alá ó como se quiera. Es pueril la cuestión de nombre para una tan gran idea.

Sí; tengo una gran idea de Dios, á quien en todo momento invoco como á un padre cariñosísimo, y á quien todas las noches adoro agradecidísimo de rodillas, sin que jamás me haya avergonzado de ello; pero un Dios que sólo me prohíbe lo malo; que no impide que perfeccione mi inteligencia con el estudio, sino que lo desea; y que no coharta la libertad que El me ha dado, mientras no la emplee más que en hacer el bien y en predicar la verdad.

¿Y quién es mi santo de devoción, el santo milagrero á quien pida la consecución de deseos, más ó menos justos, con determinado número de Padrenuestros y tal ó cual oración también milagrera?

¡Ah! En eso está la diferencia entre mis ideas y las de ciertos filipinos que, olvidando casi por completo á Dios, *idolatan* á la Virgen y á otros santos, que se dicen milagrosos, dando la preferencia á las imágenes más viejas y feas, como si la Divinidad tuviese el mal gusto de preferir lo feo á lo artístico, y hasta se ha dado el increíble caso de que por el Arzobispado de Manila se instruyese expediente en el siglo XVII por el pleito entre el cabildo de Manila y los dominicos que se disputaban el supuesto milagro de la victoria de los españoles sobre los holandeses, atribuyendo á la imagen de la Guía y á la del Rosario, respectivamente, siendo así que ambas esculturas son de la misma María Santísima.

La idea de Dios llena por completo toda mi alma y toda mi inteligencia, y sólo me queda veneración para los santos.

Dios llena con su esencia maravillosísima á todo el Universo, es la bondad misma, el poder supremo, la om-

nisciencia infinita, que ni nuestra pluma es capaz de definir, ni siquiera nuestra pobre inteligencia, de concebir.

Ya he dicho que para mí es baladí la cuestión del nombre de la Divinidad, siendo mi religión personal, universal ó cosmopolita, librepensadora, sin exclusivismos ni más definidores que mi entendimiento y mi conciencia.

Pero veamos lo que Jesús y sus apóstoles enseñaron acerca de la Divinidad.

Dios es uno solo, pero «tres son los que le dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo (Jesús) y el Espíritu Santo y estos tres son *uno*.» San Juan 1.^a Epístola Universal, c. 5, v. 7; Mateo c. 28, v. 19.

Hay repartimiento de dones, de ministerios y de operaciones, mas es el mismo Espíritu, el mismo Señor y el mismo Dios el que obra todas las cosas en todos. 1.^a Corintios c. 12. vs. 4, 5 y 6.—Un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros. Efesios, capítulo 4, vs. 4, 5 y 6.

Así como el triángulo es el símbolo de la solidez ó del poder, de las líneas regulares ó de la hermosura, en la Trinidad evangélica vemos simbolizada toda la perfección de Dios, la conjunción, la ponderación y la unificación de la Omnipotencia que creó el Universo, con la Abnegación sublime de Jesús que murió por redimir á la humanidad y á toda la creación, y con el Espíritu que nos alimenta con su amor inefable y que nos guía con sus divinas luces.

¡Cuidado! Dios es uno solo. En cuanto Poder que nos ha creado y nos asiste en todo con su amorosa providencia, le llamamos cariñosamente Padre celestial, á quien pedimos la satisfacción de todas nuestras necesidades y cuya misericordiosa protección invocamos en todos los momentos de nuestra vida (léase la oración dominical que nos enseñó Jesús). En cuanto se humanizó para redimirnos, le llamamos Hijo porque dicha humanidad procedió de su misma Divinidad; á El confesamos nuestras caídas, imploramos arrepentidos su perdón y le rogamos que siga intercediendo por nosotros ante el tribunal de su misma justicia, poniendo en su inexorable balanza la inmensidad de su misericordia. Y en cuanto Amor eterno que nos atrae hacia sí mismo, es decir, hacia Dios para nuestra santificación, y en cuanto Verdad sublime que ilumina nuestras inteligencias, le llamamos Espíritu Santo. Pero todo es un mismo Dios.

Así concibo yo con mi sentido común la Trinidad y la Unidad de Dios. A mi Padre celestial pido confiadísimo la satisfacción de todas las necesidades de mi familia y las del Universo entero; de mi dulce Redentor imploro arre-

pentido clemencia para mis debilidades, y al Espíritu de amor doy cordial agradecimiento por los continuos beneficios que recibo de su inagotable bondad.

¿Qué necesidad hay—me pregunto ahora—de acudir á tal ó cual Santo para abogar por mí, como si Dios fuese un rey ó un magnate humano, que para dispensar sus favores y administrar justicia, necesitan que se entrometan favoritos más ó menos nobles? ¿Qué necesidad tendré, si yo sé que la omnipotente y sabia Providencia de Dios, vela amorosamente por mí y por todas sus criaturas? ¿Máxime, endiosando á los Santos y olvidando á El por completo?

El mismo Jesús dijo: «A tu Señor Dios adorarás, y á El sólo servirás» (Luc. c. 4, v. 8.) «Nadie viene al Padre sino por mí» (Juan, c. 14, v. 6). «A los que á mí vienen yo no les echo fuera.» (Juan, c. 6, v. 37). «Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os haré descansar» (Mateo, c. 11, v. 28 y 29). «No hay más que un Mediador entre Dios y los hombres. Jesucristo hombre» (Pablo 1.^a Tim. c. 2, v. 5). «Un abogado tenéis con el Padre, á Jesucristo» (Juan, c. 2, v. 1).

Y cuando en las bodas de Caná de Galilea, Maria Santísima se acercó á su Divino Hijo, como para interceder, diciendo que no tenían vino los contrayentes, á su misma Madre, Jesús dijo: «¿Qué tengo yo contigo mujer? Aún no ha venido mi hora.» (Juan, c. 2, v. 4). Y en efecto, cuando llegó su oportunidad, no necesitó que alguien le suplcase para que él convirtiera el agua en vino.

«A Jehová tu Dios temerás y á El servirás» (Deuteronomio, c. 4, v. 13). «Al sólo sabio Dios, honor y gloria por los siglos. Amen». (1.^a Tim. c. 1, v. 17).

Cuando Cornelio se postró de rodillas ante San Pedro, éste le dijo: «Levántate, yo mismo soy también hombre» (Hechos, c. 10, v. 26). Y lo mismo dijo San Pablo, cuando el pueblo le tributaba honores divinos: «Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres» (Ibidem, c. 14, v. 11). Y cuando San Juan se arrodilló delante de un ángel, éste le dijo: «Guárdate, no hagas, adora á Dios» (Apocalipsis, c. 19, v. 10).

Yo venero profundamente á los Santos y á todos los hombres virtuosos; pero aseguro que es un crasísimo error el anteponerlos á Dios. ni siquiera podemos confundirlos con El en nuestros cultos. En el Rosario, que es la oración favorita de las filipinas, vemos la proporción de la preferencia que dan á la Virgen con respecto á Dios, esto es, contiene diez Ave-Marías por un sólo Padre-Nuestro.

¿Qué idea de la Trinidad y de los Santos han enseñado los frailes á los filipinos?

Lo veréis: Los frailes han endiosado y multiplicado á los santos milagreros, para que se multipliquen las misas y demás donaciones y cuestaciones públicas para solemnizar sus festividades. Es más, de cada Virgen han hecho mil invocaciones diversas. Y mientras las Iglesias de Filipinas están pobladas de imágenes de monjas y frailes santificados, rara es la Iglesia donde se vé el símbolo de la Trinidad; y en estas pocas Iglesias, se relega á lo alto de algún altar, como un adorno cualquiera.

¿Y qué es la Trinidad para la mayoría de los filipinos? Es una deidad, á quien se reza un trisagio en castellano (aunque no entiendan este idioma; como tampoco entienden otras oraciones en latín que suelen rezar) en tiempo de tempestad, para que nos libre de un cerdo de fuego (el rayo), que se chupa los sesos de sus víctimas.

Porque el Dios Padre es un anciano de mal genio, que no hace más que enojarse; el Dios Hijo es ese pobre á quien por nuestros pecados le matan todos los años los malvados judíos; que estando de cuerpo presente en Viernes Santo, sufre horriblemente su cabeza si alborotamos ó sacudimos el suelo; ese mismo buen Señor, que de noche suele ir á hacer ejercicios gimnásticos haciendo piruetas en árboles *sagrados* de manga ó baliti (reminiscencia del paganismo); que varias veces suda aceite, que tiene la virtud de curar dolores de vientre, etc., etc. Y el Espíritu Santo es, ó son esas palomas adornadas con listones, y que sueltan en su festividad en ciertas Iglesias.

En cambio, todos los filipinos saben de memoria los estupendos milagros que se atribuyen á San Vicente Ferrer, San Antonio, San Pascual el Bailón, et., etc.

Decidme ahora si tengo motivo para predicar una santa revolución en la Iglesia filipina.

IV.—No terminaré sin rectificar tres gravísimos errores que los frailes enseñaron á los filipinos: 1.º sobre la confesión; 2.º sobre los ayunos, y 3.º sobre la vida futura.

Sólo me confieso á Dios, pues en la Biblia no he encontrado ningún pasaje que me ordene que lo haga á los hombres, sino que según el Salmista. «Confesaré, dije, contra mí mis rebeliones á Jehová». (Salmo, c, 32 v. 5).

La Religión Católica manda á los fieles que se confiesen arrepentidos, pero cuidándose mucho de no acusar los hechos de otros, lo cual es pecado; y sin embargo, en Filipinas los confesonarios se convierten en tertulias de beatas que van á entretener á los confesores con cuentos de su casa ó la del prójimo y lo más grave es que todas las conspiraciones en aquellas islas, verdaderas ó supuestas, han sido descubiertas desde el confesonario. Esto se puede comprobar con las mismas crónicas escritas por frailes.

En cuanto á los ayunos, opinan muchos que el que hizo Jesús, no era ninguna abstinencia expiatoria, porque El no tenia qué expiar, sino consecuencia natural del estado de angustia en que se encuentra un hombre cualquiera: es la *desgana*, que llaman los filipinos, de toda persona apenada, porque el Redentor dijo terminantemente: «Y en cualquier ciudad donde entráreis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante». Luc. c. 10, v. 8 «No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, es decir, lo que del corazón sale.» (Mat. c. 15, 1.^a Corintios c. 10. vs. 25 al 27; Rom. c. 14, v. 14.)

Sólo deseo que se supriman los ayunos en Filipinas, porque por el clima y por la frugal alimentación del filipino, son fatales; casi todas las beatas y beatos de allí padecen de perturbación mental por esto, y también es terrible la enfermedad que llaman «traspaso del hambre.» Hasta el Papa ha exceptuado de esta obligación á los filipinos; pero no faltan frailes que sostienen aún los ayunos.

Por criminal que haya sido cualquier reo, cuando va á recibir la muerte á que sea condenado, es digno de compasión: de aquí el dicho de «odia el delito, pero compadece al delincuente» y se necesita ser muy fiera para no compadecerle en ese tremendo trance.

Pues bien, si esto ocurre entre los hombres que tienen todavía instintos tan sanguinarios hasta el punto de que no han abolido aun la bárbara pena de muerte, ¿qué no ha de compadecerse Dios, que es la suma Bondad y la Misericordia infinita de su pobre criatura cuando ésta va á morir, entregándole toda su misma vida por sus faltas?

Ante el lecho de muerte de cualquiera que haya sido muy malvado, nadie concibe sentimientos de venganza, sino que todo en él se respira un ambiente de perdón y de santidad.

No hay ninguna falta ni acto bueno que no reciba de Dios su castigo y su recompensa durante la vida, y lo que deje de pagar el hombre, todo lo pagará ya con su muerte, avalorada con los infinitos méritos de nuestro divino Redentor. Claro está que según la mayor ó menor culpabilidad de cada uno, así serán las penas morales y físicas que precedan á su muerte, las cuales penas se pueden condensar en un sólo instante ó repartir en varios días ó meses, según la rapidez ó prolongamiento con que sobrevenga la muerte. Esas penas precursoras de la muerte son, y nada más, el infierno que en términos metafóricos dijo Jesús. Todo lo demás, esto es, infierno con fuego *material* que quema los *espíritus*, ó infierno *moral* que tiene su sitio *material* en el centro de la tierra, ó la inconcebible crueldad que revelaría la eternidad de las penas,

crueldad que no se compadecería con la suma Misericordia de Dios; todo esto no puede concebir mi pobre inteligencia. Tampoco Orígenes y muchos sabios modernos creen en el infierno.

«Teniendo esperanza en Dios que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos, la cual también ellos esperan.» San Pablo, Hechos c. 24 v. 15.

No hablemos siquiera del Purgatorio, respetando siempre las opiniones de cada cual, porque ni Jesucristo ni los apóstoles hablaron de él, sino que sus doctrinas lo contradicen precisamente. Si es verdad lo que dice San Juan en su primera Epístola universal, c. 1, v. 7, que «la sangre de Jesucristo, hijo de Dios, nos limpia de todo pecado.» ¿qué necesidad, pues, tenemos de Purgatorio ni de Infierno? Sólo se admitió el Purgatorio como dogma por la Iglesia católica hasta 1439, y según los protestantes, para aumentar las rentas del clero.

Temblad, malvados, que ante Dios que es Juez inexorable, ningún ápice de pecado dejará de ser castigado en esta vida hasta que venga la muerte; sin embargo, no desesperéis, que después de haber expiado vuestras culpas, no con dinero, sino con penas personales é intransferibles, la muerte os abrirá los amorísimos brazos de su inagotable misericordia y seréis otra vez hijos suyos, porque tampoco puede sobrar ni un ápice de pena, y Dios es infinitamente más misericordioso que los hombres.

Si hubiese verdaderamente Purgatorio, el bandido Dimas habría pasado por él; más Jesús dijo: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso». (Lúcas, capítulo 28, v. 43).

Fué una excepción, me dirán. Y entonces les contestaré: Dios que es la purísima Justicia, no hace odiosas excepciones como los hombres.

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no pierda, más tenga vida eterna. Porque Dios no envió á su hijo al mundo, para que condene al mundo; sino para que el mundo sea salvo por él.» S. Juan c. 3, versículos 16 y 17.

«El que cree en Dios, tiene vida eterna; y no vendrá á condenación, más pasó de muerte á vida.» San Juan, c. 5, v. 24.

El hombre, pues, al morir, en medio de todas sus angustias de espíritu y de cuerpo, en medio de sus dolores físicos y de la inmensa pena que sufre ante la idea de separarse de la vida y de sus seres queridos, deben alentarle la dulcísima esperanza y la firme seguridad de que Dios le está esperando para ceñir su frente con la corona

de su misericordia, después de haber pasado todas las miserias y todas las penalidades de esta vida.

Ahora si aumentáramos á estas sus tremendas angustias la horrible idea de que podría caer además en un infierno ó un purgatorio, presentando á Dios más cruel que los hombres, máxime si eso tiene por objeto explotar la desgracia del moribundo y la de su pobre familia, á la verdad que me pasmaria la clase de sentimientos de los que tal hicieran.

V.—Por falta de espacio tuvimos que suprimir sendos párrafos y artículos enteros; pero con lo poco que hemos podido decir, demasiado se comprende que hay mucho que reformar en las creencias y en las reglas de vida del Clero filipino, so pena de ser ahogado por la impetuosa corriente del progreso y de la actual Revolución, si persiste en el estancamiento.

Respetable Clero filipino: asociados, como en Europa todos los sacerdotes del Clero bajo se asocian independientemente de los Obispos (1). En España, cada parroquia es una fuerte asociación entre el Párroco, sus coadjutores, las hermandades y sus feligreses, por lo cual, ni los Obispos, ni los Gobiernos, pueden atropellarles impunemente. Y en Filipinas, todo el secreto del poder de los frailes, jesuitas y paules, consistió en su estrecha unión.

Deberíais deslindar los campos y formar dos partidos: uno cristiano, de los postergados por Roma, para formar decididamente una Iglesia filipina con la alianza de los protestantes, pero jamás sometiéndolos á ellos como superiores. Y otro católico, que envíe á Roma una comisión que recabe del Papa todas las concesiones posibles.

Ambos partidos deben nombrar, para formar sus Juntas directivas, á los más enérgicos é ilustrados; y sin duda, cuando el Papa vea á dos partidos respetables, se apresurará á atender nuestras justas reclamaciones, porque nadie se rebaja haciendo justicia. De no hacerlo así, seréis otra vez esclavizados por los extranjeros y abandonados por los filipinos influyentes.

Interesáos también en elevar el grado de consideración que debéis inspirar al público con una santidad de costumbres, con cristiano altruismo y con entusiasta amor al progreso y al estudio, cuidando de no imitar la avaricia, el obscurantismo, los escándalos y la brutalidad de los frailes, si no queréis ser envueltos en la maldición que cayó sobre ellos.

(1) La Asociación sacerdotal de Barcelona acaba de protestar contra el Obispo de aquella diócesis por sus entrometimientos catalanistas, y mereció los aplausos del Gobierno y de la opinión.

CARTA-RESUMEN Á MR. MC-KINLEY

Honorable Presidente: Si vos me habéis dispensado el honor de leer las anteriores páginas, os suplico tengáis por retirada toda frase que en el calor de la improvisación y del impresionismo periodísticos se me haya escapado y que pueda molestaros.

Ruégoos se fije solamente en mi recta intención de plantear el problema filipino en sus verdaderos términos.

Y resumiendo el contenido del folleto, fijaré estos hechos:

1.º La agresión no ha partido de los filipinos, ni jamás hemos caído en el delirio de pensar en la posibilidad de vencer á la poderosísima República norteamericana; y por consiguiente, en todo momento debe estar siempre muy alto y satisfecho el honor de vuestro valiente Ejército.

2.º Nosotros no hemos hecho más que lo que hacen las hormigas cuando una planta gigantesca pisotea su casa. Pero eso sí, peharemos hasta morir por defender nuestro suelo, la honra de nuestras mujeres y el porvenir de nuestros hijos, porque si no lo hiciéramos, seríamos dignos de vuestro mismo desprecio. Mas, no pensamos en morir, sino que estamos confiadísimos en la inquebrantable justicia de Dios, que nos da todas las grandes ventajas que proporciona el pelear en nuestra casa, mientras envía á vuestro Ejército clima insufrible y enfermedades mortíferas, y á vuestra escuadra naufragios y otras desgracias.

3.º No aceptamos la autonomía, porque es una solución de mala fe por parte de los filipinos y de los norteamericanos, y eternizaría la guerra y nuestras desdichas.

4.º Que por los ríos de sangre y de oro que habéis derramado ya, por las ruinas de nuestros pueblos y por las lagrimas de tantas familias desoladas por la guerra, debéis ya poner fin á ésta aceptando el plebiscito que os proponemos, fundándonos en el mismo espíritu democrático de vuestra inmortal Constitución; plebiscito que os permitiría retiraros honrosamente de Filipinas ó quedaros en definitiva con dicho Archipiélago, si es verdad que la mayoría proclama vuestra soberanía, como equivocadamente os han hecho creer. Los filipinos en armas se someterían caballerescamente al resultado.

5.º Podríais también adelantáros á reconocer noblemente nuestra independencia bajo vuestro protectorado; y bajo esta base, nosotros deseamos más que vos, una paz duradera y cordial.

De lo contrario, *César, morituri te salutant.*

ISABELO DE LOS REYES.

Madrid, 15 Julio 1900.

FIN.

OBRAS
DE
ISABELLO DE LOS REYES

DE ACTUALIDAD

¡Independencia y Revolución! En Filipinas, rústica 4 pesetas; cartoné 5 pesetas, extranjero 3 y 4 francos respectivamente.

La sensacional Memoria sobre la Revolución de 1896-97, por la cual el autor fué recluso en el célebre Castillo de Montjuich. En Filipinas 3 pesetas y extranjero 2 francos.

La Religión del Katipunan, en Filipinas 1 peseta, extranjero medio franco.

Folk-Lore Filipino, premiada con medalla de plata en la Exposición de Madrid en 1886; dos tomos, 7'50 pesetas.

Historia de Ilocos, premiada con medalla de oro; dos tomos, 5 pesetas.

Memoria sobre los productos comerciales de Filipinas, premiada en la Exposición de Manila.

Las islas Visayas en la época de la conquista; 2'50 ptas.

Prehistoria de Filipinas; 2'50 ptas.

Artículos varios sobre etnografía, historia y costumbres de Filipinas; 3'75 ptas.

Ilocanadas; 2'50 pesetas.

Versiones alemanas de algunas de estas obras.

É ininidad de folletos en tagalog é ilocano, entre ellos el *Evangelio de San Lucas*, que fué el primer evangelio que se ha traducido á este último idioma.

Se venden en las principales librerías de Manila y en Madrid, en casa del autor, Glorieta de Bilbao, 5, segundo derecha.

Filipinas ante Europa

Revista ilustrada, defensora de la independencia de dicho Archipiélago; director, Isabello de los Reyes.

M.E.C.D.